

- De la autora Best Seller con la Serie Mi Locura -

Una **R.Cherry**
rosa
para
Mary



Bookit

Una R.Cherry
rosa
para
May



Una rosa para May

Una rosa
para May
R.Cherry



1.^a edición: Febrero 2018

Copyright

© R.Cherry 2018

© Editorial LxL 2018

www.editoriallxl.com

dirección@lxleditorial.com

ISBN: 978-84-17160-05-0

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del CODIGO PENAL).

Diríjase a CEDRO (Centro Español De Derechos Reprográficos) Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 917021970 / 932720447. Los personajes, eventos y sucesos que aparecen en esta obra son ficticios, cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Impreso en España – Printed in Spain

Diseño cubierta – Rachel's Design

Maquetación – Rachel's Design

A mis Cherrys, por hacer este sueño realidad.

Agradecimientos

Habrá quien crea que escribir unos agradecimientos es sencillo, pero, al final, después de tantos te quedas sin saber qué decir. Pero bueno, vamos a ello.

Como siempre quiero agradecer a mis Cherrys, mis lectoras voraces, el hecho de que siempre, y digo SIEMPRE, est n ahí para apoyarme. Por el cariño que me dan, por la ilusión con la que viven publicación tras publicación y por seguir ahí.

A mi padre y mi hermana por ser la mejor piña del mundo, por cuidarme, quererme y apoyarme en esta locura hecha sueño, porque s , a pesar de los años, esto sigue siendo un sueño que cada vez es más real. A mi nonne Lucía, y a mi bola MJ, porque sin ellas no acabaría de ser yo al completo.

Gracias a ti, mi poquito mucho, mi amor, por ser la luz que me guía cuando lo demás se apaga, por tirar de mí hacia la cima cuando ya no s  cómo seguir, por ser mi Collins personal, Mi Vikingo, mi bailarín, mi fotógrafo y mi Carter, gracias por inspirarlos a todos, y los que est n por venir.

A LxL Editorial, por haberme dado un hogar literario y contar conmigo para todo, cuidando de mis niños como si fueran los suyos. Pero, sobre todo, quiero dar las gracias a mi amiga, a mi editora y, sobre todo, a mi churry y vikinga. GRACIAS, Angy, por no bajar los brazos, por luchar siempre conmigo, por nuestros consultorios J.F, que acaban siendo una locura, y todas esas horas de WhatsApp.

Y a ti, por estar leyendo estos agradecimientos, con ganas de tirar adelante y conocer la historia de María.

Prólogo

No me puedo creer que al final Victoria haya aceptado venir antes a Boston con José, pensaba que no podría disfrutar de ella los pocos días que iban a estar aquí, por suerte pudo adelantar el trabajo que había en Cellos. Suspiro, los nervios me llenan por dentro, haciendo que un ligero cosquilleo me recorra de pies a cabeza y acabe posándose en mi estómago.

—¿Estás preparado? —le pregunto.

—Eso creo. —Sonríe de medio lado.

Espero que reaccionen bien, no les he avisado de que iba a estar él, igual que él tampoco sabía nada hasta hace apenas unos minutos. Va a ser una gran sorpresa, lo único que está fallando en el plan es que su avión va con un retraso importante, pero bueno, mientras lleguen... Todo lo demás carece de valor. El móvil emite un leve sonido, un mensaje, supongo que suyo.

—Victoria acaba de aterrizar.

—Genial.

—Sí. —Esbozo una mueca tonta.

—¿Tienes ganas de verla? —me pregunta.

—¡Claro! Me muero de ganas, además, no conozco al famoso José, y ya quiero hacerlo.

—Seguro que ambos son tan agradables y buenos como me has comentado.

Me da un poco de rabia no haber podido encontrarme con Victoria y José antes, siendo una de sus mejores amigas debería de haberle conocido la primera, o al menos hace ya un tiempo. Supongo que al no llevar mucho juntos, Vic tampoco ha querido hacerse muchas ilusiones y es por eso por lo que no me lo ha presentado.

—Eso espero —murmuro.

—Estoy seguro de que así será, ya lo verás.

Acaricia mi espalda con delicadeza, lo que me hace que sonría, siempre me hace sentir mejor.

Unos minutos después veo aparecer a la pareja feliz, cogidos de la mano y alegres como los que más. Me gusta verla así, ya era hora de que se olvidara del pedante de Larry, no se merecía a alguien como él. Lo perdió

prácticamente todo por culpa de ese gilipollas, estuvo destrozada, y solo yo fui capaz de permanecer a su lado a pesar de los menosprecios y las tonterías de él. Aún no comprendo cómo Victoria no pudo darse cuenta de todos y cada uno de los engaños de ese sinvergüenza, hizo con ella lo que quiso y más. Durante unos segundos, la veo esbozar una amplia sonrisa.

—Oh, mira, es Victoria —exclamo—. ¡Sorpresa!

Entonces se queda pasmada, ni siquiera camina, parece estar en pause hasta que la maleta se le escapa de las manos.

1

Unos meses antes...

Victoria no deja de llamar, se está poniendo casi más nerviosa de lo que me está poniendo a mí. Dejo el teléfono descolgado, aún no he acabado de meter los últimos álbumes de fotos en las cajas y está a punto de llegar. ¿Quién me mandaría a mí decirle que le ayudaría a recoger sus cosas? Soy demasiado buena, o tal vez demasiado tonta y por eso acabo siempre metida en los líos de los demás. Pero bueno, no podía dejarla sola después de lo que ha pasado con Larry.

Resoplo, cierro la caja con cinta adhesiva para que no se abra durante el camino, y es entonces cuando llamo a Victoria, quien probablemente esté arrancándose cada uno de los pelos de su cabeza.

—¿Cómo estás, Victoria?

—¿Por qué no me has cogido el teléfono? ¿Es que no has visto que te estaba llamando?

—Estaba acabando de guardar tus cosas.

—Bueno, podrías haberme contestado, me tenías de los nervios —me explica—. En media hora te paso a buscar por casa y nos vamos, salgo en nada, ¿de acuerdo?

—Perfecto, pero...

—¿Pero?

—¿No vas a esperar a la señora Roggers?

—No, ahora es cosa de Larry, y espero que tire todas sus cosas a la basura —espeta—. No creo que vaya a cogerle el teléfono.

—Bueno.

—Nos vemos en un rato.

—De acuerdo.

Nada más colgar me siento en el antiguo sofá de la señora Rogger, por suerte Lory me está cubriendo en la floristería, aunque parece que no puede vivir sin mí, es dejarla sola y no para de escribirme. Esperemos que no lo pase tan mal cuando esté dirección a San Francisco, o no habrá quien la ayude.

Me muero de ganas por irme a dormir, aunque sean un par de horas, se me

están cerrando incluso los ojos. Llevo más de seis horas conduciendo y apenas he parado a descansar, ¡vaya locura esto de ayudar a Victoria! Cuanto más lo pienso, más me doy cuenta de que no debería haber salido tan pronto, ni debería estar conduciendo tantas horas seguidas. Pero ella necesitaba un apoyo, alguien que la acompañara en la transición hacia su nuevo hogar y su nueva ciudad. Aunque ahora soy yo quien necesita mínimo un litro de café en vena, por lo que será mejor que me detenga o acabaré provocando un accidente.

Unos cuantos kilómetros más adelante me encuentro con una gasolinera y una cafetería, solo espero que puedan servirme todo el café que voy a necesitar para acabar el viaje. Después de haber pasado una noche horrible en un motel de carretera, quiero poder llegar a casa lo antes posible para descansar como es debido.

—Buenos días. —Me sonrío la mujer que hay tras la barra.

—Buenos días.

Me siento en una de las mesas que hay junto al ventanal, para poder vigilar mejor el coche mientras me da un poco de sol. A ver si así me despejo con la ayuda del desayuno o el sueño acabará siendo un problema con el que no quiero tener nada que ver. Rápidamente una de las chicas que había al final del salón se acerca para tomarme nota.

—Bienvenida al West Road. —Me saluda cordialmente—. ¿Qué va a querer tomar?

—Un café con leche doble y un plato de tortitas con sirope de vainilla, por favor.

—Perfecto, marchando ese buen desayuno.

Un café que ya me había tomado antes, y ahora este, espero que sean suficientes para poder llegar a casa lo más pronto posible.

Frente a mí, en otra de las mesas se sienta un hombre que llama mi atención nada más aparecer. Tiene el pelo castaño claro y unos ojos más oscuros que la noche, parece algo misterioso, incluso peligroso, cosa que me gusta. No puedo evitar observarle, lleva unas gafas de aviador negras sobre el pelo, no dejo de ojearlo, hay algo en él que hace que toda mi atención se centre en su persona. Cuando alza la vista, me encuentro abducida por esos pozos oscuros y seductores que tiene, ¿quién será? Mi móvil emite un ligero sonido, sacándome del ensimismamiento en el que estaba metida.

Victoria:

¿Cómo vas?

May:

Bien, acabo de parar en una cafetería.
La verdad es que estoy muerta de cansancio,
pero bueno, hay que reponer fuerzas.

Victoria:

Muchas gracias por todo, May. No sé qué habría hecho sin tu ayuda, no habría podido conseguirlo, gracias.

May:

No tienes que dármelas, tonta.
Me contesta poco después.

Victoria:

Sé que no siempre te lo digo, pero
eres de las personas más importantes de mi vida,
y agradezco sobremanera el tenerte a mi
lado día a día,
a pesar de todo.

Sonríó al ver su mensaje. Cuando Victoria llegó a San Francisco nos hicimos amigas nada más conocernos. Estaba en la cafetería de Rachel, y gracias a ella me topé con la que ahora es mi mejor amiga.

Bueno, en realidad sí que tiene que dármelas, aunque solo sea un poco. He dejado mi negocio abandonado para poder acompañarla y he gastado mi tiempo libre en guardar sus cosas mientras ella seguía luchando para no poder perder lo único que realmente le quedaba; su trabajo en Cellos Boston.

Victoria:

Cuando llegues, por favor te lo pido, no te olvides de escribirme, ¡que te conozco!

May:

Claro, cuando entre por la puerta de casa, si me acuerdo, te escribo.

Victoria:

¡Acuérdate!

Bloqueo el teléfono y lo guardo en el bolso, justo en ese momento aparece la camarera con lo que había pedido.

—Aquí tiene —dice a la vez que lo deja sobre la mesa.

—Gracias.

La chica asiente y se marcha, cuando quiero volver a inspeccionar al chico, visualmente hablando, no está. Ni siquiera me he dado cuenta de que se ha levantado y se ha marchado, así sin más.

Después de varias horas más y dos llamadas de desesperación por parte de Lory, llego al May's Flowers, parecía estar totalmente perdida cuando me llamó. Cuando llegan los primeros encargos de bodas acaba colapsándose por completo, y no sé por qué.

—A ver, ya está aquí.

Un profundo dolor empieza a repiquetear en mi cabeza, la presión del viaje y el escaso descanso están haciendo estragos en mí.

—¿Qué pasa?

—Los ramos, ramilletes, centros de mesa, coronas...

Lo sabía, tiene un serio problema, no sabe controlar sus nervios.

—¿Qué pasa con ellos?

—No sé cómo hacerlos.

—¿Cómo qué no?

Niega con la cabeza, y por un momento me doy cuenta de que ni siquiera soy capaz de pensar con la claridad suficiente para sobrellevar esta caótica situación, pero me toca hacer un esfuerzo y sacar la poca lucidez que me queda.

—A ver, Lorraine, por Dios...—murmuro—. Llevas ya dos años trabajando aquí, ¿por qué dudas tanto?

Alza los hombros como una niña pequeña.

—Haces unos ramos preciosos, deberías estar muy orgullosa de ellos.

—May... Para un día tan importante no quiero cagarla, esa novia tiene que tener las mejores flores el mundo.

—Por eso viene aquí, y eres tú quien les dará forma, tienes una sensibilidad especial para esas cosas, por eso trabajas conmigo.

Asiente, sabe a la perfección que tengo razón y que no puede rebatirme algo así, por lo que se pone manos a la obra. Hay veces que es tan insegura que me hace perder los nervios, cosa que no puedo permitir, aunque a más de uno se le agotaría la paciencia a la primera de cambio y eso no puede ser.

—Venga, Lory, que tú puedes —le animo.

—Gracias.

—Y ahora... ¡a trabajar! No hay tiempo que perder.

Le doy un leve empujoncito para que no se quede quieta, hay veces que necesita un buen chute de energía, porque si no, se queda a modo de estatua. Suspiro, me parece a mí que hoy no habrá descanso ni nada parecido hasta la noche. Me pongo con Lory en la mesa de confección, coge su libreta y hace un pequeño esbozo de lo que tiene pensado hacer con las flores que ha elegido la novia.

—Oye... —murmura.

—¿Sí?

—¿Puedo preguntarte algo?

—Claro, adelante.

—¿Cómo está tu amiga?

—¿Victoria?

—Ajá. —Asiente.

—Bien, amoldándose a su nueva vida y a San Francisco, supongo que le costará un poco, pero bueno, es lo que le toca ahora.

—Pues sí.... —murmura—. Esperemos que le vaya todo genial.

Asiento, la verdad es que sé que Victoria será capaz de rehacer su vida en la nueva ciudad, aunque eso conlleve nuevas amistades, círculos e incluso hombres. Algo me dice que allí será lo feliz que necesitaba ser en Boston.

—Estoy segura de que así será.

Mientras ella sigue a lo suyo, yo salgo al mostrador para atender a una chica que había entrado cuando pasamos a la mesa de confección. Al irse la clienta un escalofrío me recorre. Es él, le veo y solo puedo frotarme los ojos sin creer lo que pasa frente a mí.

2

Madre mía, el mundo se ha vuelto loco, ¿qué hace él aquí? Debería estar bien lejos con alguna de esas mujeres que formaban parte de esa famosa lista que él mismo confeccionó con cada uno de sus ligues y que dejó en casa de Victoria. ¡Vaya hijo de puta! Cierro las manos en puños y doy un golpe en el mostrador, por lo que aparece Lory, asustada.

—¿Qué pasa? —pregunta.

—Si te lo digo no te lo crees.

No aparto la mirada de él, parece que ni siquiera se ha fijado en el local, por suerte, voy a echarle por encima la corona de flores que llevaría en su entierro, porque iba a ahogarle y bien. Tendría la venganza que mi amiga no puede llevar a cabo desde San Francisco.

—A ver —dice en voz baja.

—¿Ves a ese tío?

Señalo a Larry, es entonces cuando Lory asiente y sonrío.

—Claro, no estoy ciega. —Ríe.

—Pues ese es el exprometido de Victoria.

—¿Qué dices? ¡No me lo puedo creer! —exclama.

—Pues sí, ese es Larry.

—Vaya pintas...

Larry ha cambiado mucho, pero lo único que no ha variado es su cara de mala persona y altivo. Antes siempre iba bien vestido, con su traje impecable y su maletín, era arrogante y pedante, todo lo que hiciera quedar mal a Victoria era lo que a él le gustaba, acababa echando por tierra su trabajo. Ahora lleva un jersey dos tallas más grandes y unos vaqueros desgastados, también grandes, ni siquiera ha sido capaz de peinarse o arreglarse ligeramente esa barba de varios días que le sienta fatal.

—No me puedo creer que Victoria haya estado en algún momento con ese... Bueno, con eso.

Antes de que todo este lío empezara, Victoria se pasó varias veces por la floristería a comprar algunas flores y a verme, por lo que Lory pudo conocerla y saber algo más de ella. Victoria es una mujer con una elegancia sublime, con clase y tan encantadora como trabajadora.

—Ni tú, ni nadie, aunque en su defensa tengo que decir que no siempre llevó esas pintas, en realidad creo que es la primera vez que le veo con tan mala apariencia.

Sé cómo es Larry, y algo tiene que pasarle para que vaya así vestido, siempre ha sido el «más» del mundo entero, el que mejor lo tenía todo y el que poseía la voz de la sabiduría a cada cosa que salía de su boca. Es el hombre que más asco me ha dado en toda mi vida, y eso que jamás pensé que podría odiar a nadie como le odio a él. Después de haber menospreciado a mi amiga durante años y haberla hecho creer que no valía para nada, la dejó tirada, desperdició cada minuto de su amor y su bondad y se fue sin ni siquiera pedirle perdón por cada uno de los malos actos que tuvo hacia ella. Pero bueno, supongo que eso era de esperar, tras tantos años juntos, siempre hay algo que se ve a simple vista, algo que no gusta pero que supongo que al estar dentro, se vuelve invisible, no eres capaz de darte cuenta de lo que en realidad te rodea. Por suerte o por desgracia eso es lo que le ocurrió a Victoria, Larry se lo arrebató todo, incluso un cachorro, ese hombre no puede tener corazón, si lo tuviera no le habría separado de ella. Aún recuerdo lo enamorado que estaba el perro de Victoria, era su propia sombra, parecían uno solo.

—No pensará entrar, ¿no?

—Eso espero.

—¿Y si lo hace? —pregunta.

Espero que no lo haga, no tengo ganas de problemas con nadie, y si entra los tendré tanto con él como con Victoria cuando se entere de lo sucedido. ¡No quiero ni siquiera pensarlo!

—No sé —murmuro.

—¿Derecho de admisión?

—Ni que fuera esto una discoteca —digo en voz baja—. Le atenderás tú.

—¿¡Yo!?! —exclama.

—Claro, ¿por qué no?

—¡Porque no!

—A ti no te conoce, Lory, no te dirá nada —le aseguro—. Además, te adelantaré parte de la faena. —Le guiño un ojo—. Así que tú no me conoces de nada, ¿entendido?

—Entendido.

—Así me gusta.

Al entrar en la sala de confección escucho que la pequeña campana que cuelga sobre la puerta suena, avisando de que alguien ha entrado en mi humilde y pequeño local, ¿será él? Me asomo cual ninja, intentando no ser vista y averiguar quién es. No puedo distinguir su cara pero sé perfectamente que es él, ya no solo por la ropa, sino por sus gestos, ¡será palurdo! ¡Cómo le odio!

—Buenas tardes, ¿está María? —pregunta yendo directo al grano.

—Buenas tardes —responde tratando de ser todo lo cordial que puede—. Claro. —Sonríe.

¿Qué cojones está haciendo? ¿Es que no recuerda lo que acabamos de hablar? ¡No debería haberle dicho que estoy aquí! Dejo ir un leve gruñido a la vez que arrugo una hoja de papel. ¡Será...!

—Soy yo. —Le tiende la mano—. ¿En qué puedo ayudarle?

—¿Cómo? —pregunta desconcertado—. ¿Me estás tomando el pelo?

—No, claro que no, señor —se disculpa—. ¿En qué puedo ayudarle? —repite.

—Quiero hablar con María, por favor.

—Ya le he dicho, señor, que la única María que trabaja aquí soy yo —insiste—. Si solo ha venido para esto y no es conmigo con quien quiere hablar, le rogaría que abandonara mi negocio.

Termina con una sonrisa más falsa que una moneda de tres euros, a la vez que le observa directamente con la vista fija en la suya.

—No puedo creer lo que está pasando —gruñe entre dientes.

—Sí lo desea le enseño mi identificación. —Ríe—. Solo yo me llamo María, la antigua dueña también se llamaba así, supongo que es a ella a quien busca.

¡Está loca! ¿Cómo va a enseñar un carné con mi nombre? Se daría cuenta de que la chica de la foto realmente soy yo y no ella.

—No, no hace falta —espeta molesto—, ya vendré otro día.

—Si quiere se lo repito, pero creo que no hace falta. Si solo va a hacerme perder el tiempo con su visita, agradecería que no volviera —dice cordial—. Gracias.

Y sin decir nada más, Larry desaparece tras la puerta, igual que lo haría una sucia rata de cloacas. ¡Vaya sinvergüenza! Suerte que hemos sido rápidas, un minuto más tarde y nos habría pillado maquinando contra él.

—Tú estás fatal —murmuro—. ¿Y si te hubiera dicho que sí, que le

enseñarás el carnet? ¿Qué harías hecho?

—Bueno... Seguro que viendo tu foto del DNI podría pasar por ti tranquilamente.

—No sé yo...

—A ver, la cuestión es que se ha largado y no creo que vuelva después de todo.

—Yo no estaría tan segura.

Larry siempre ha sido un hombre muy perseverante, hasta que no consigue lo que se le ha metido entre ceja y ceja, no para. Solo espero que lo de hablar conmigo no sea más que una tontería pasajera. Suspiro, ¿debería contarle lo ocurrido a Victoria?

—¿En qué piensas? —me pregunta Lory mientras termina uno de los ramilletes.

—No sé si debería explicarle a Victoria algo sobre lo que acaba de pasar con Larry.

—Bueno... Es complicado.

—No creo que ahora sea un buen momento para decirle nada de su ex, fugado a las Maldivas con alguna guarrilla y que ha vuelto para buscarme a mí en vez de a ella.

—Ya... Sería raro —murmura.

—¿Raro?

Hago una mueca, ¿por qué debería ser extraño que Larry viniera a verme? Supongo que a ella no quiere verla, pero aún así no lo entiendo.

—Sí, a ver —empieza—, le deja con una larga lista de mujeres y ahora, tras su marcha, aparece buscándote a ti —me explica—. Suena, cuanto menos, curioso.

Frunzo el ceño, ¿en serio ha dicho lo que he escuchado? No me lo puedo creer.

—¿En serio, Lory?

—A ver, que ya sé que entre ese remilgado y tú no podría pasar nada, pero si lo meditas aunque sea un poco, da que pensar.

—Victoria me conoce mejor que tú —espeto molesta—. Sabría que jamás haría algo así.

—Ya, ya, no pretendía ofenderte, jefa, solo que si quisiera darle vueltas, podría hacerlo.

—Bueno... Ya veremos qué hago.

Un par de horas más tarde, ya estoy llegando a casa. Por suerte, Lory se ha quedado haciendo el cierre en la floristería, así que podré descansar un poquito más de lo que creía que haría. Mañana tenemos un día muy duro, hay encargos nuevos, otros que van ligeramente atrasados y otros que aún no se han terminado y que hay que entregar mañana mismo. Dejar a Lory trabajando con Megan suele ser un desastre, pero bueno, era la única opción que tenía para poder ayudar a Victoria.

Cuando llego a casa, maleta en mano y más cansada que yo que sé qué, me encuentro con Ketty, mi cachorra mestiza de bóxer a la que adoro como si fuera mi propia hija. Es la alegría del hogar, siempre tiene cariño para quien entre en casa. Salta, ladra y me lame hasta la cara, tirándome incluso al suelo.

—Hola, preciosa —digo con una voz poco normal, como si le hablara a un bebé, no puedo evitarlo—. ¿Me has echado de menos? —le pregunto a sabiendas de que no me responderá—. ¡Claro que sí! Tú siempre me echas de menos, igual que yo a ti.

Le beso mil veces, como hace ella conmigo, la quiero más que a nadie en este mundo, y eso que tengo a mucha gente a mi alrededor. Había echado muchísimo de menos su compañía, tenerla así y sentir su gran cariño, es un amor de perra y eso que no hace ni dos años que nos conocemos, pero ya no podría vivir sin ella, en la actualidad es lo más bonito que tengo en mi vida.

—Pequeña, para, por favor.

La aparto, pero no hay manera de que me deje tranquila. Río, lo que me hace perder fuerza y ella aprovecha para volver a lamerme toda la cara. Me siento y termino de retirarla hasta que hace lo mismo que yo y se coloca a mi lado.

—Así me gusta.

Le doy un besito junto a las orejas y otro sobre la mancha blanca que viste su cuello, destacando sobre el color caramelo que tiene en el resto del cuerpo. Saco el teléfono para avisar a Victoria, quien lo más seguro es que me haya llamado mil veces y ahora mismo esté de los nervios. Entre que se me ha olvidado de avisarle y demás, tiene que estar atacada.

—¡Por Dios, María!

—Lo sé, he estado en la floristería con Lorraine y no tenía batería —me excuso.

—Pues podrías haberlo cargado —refunfuña.

—Ya...

—Bueno, en realidad ya me había supuesto que estarías con Lorraine, después de estar varios días sin aparecer por allí, es normal, ¿se ha vuelto a colapsar?

—Totalmente.

—Yo no sé qué haces trabajando con una chica así, pero bueno.

—Tiene un talento especial, supongo. —Sonríó—. Bueno, Vic, te tengo que dejar, que voy ir a darle una vuelta a Ketty, tengo mono de salir a correr con ella.

—De acuerdo, ve con cuidado, anda.

Y cuelgo, sin más, no contándole lo que ha pasado con Larry. Algo en mí me ha pedido que no lo haga, y así he seguido mi corazonada.

3

Vuelve a amanecer un nuevo día y a pesar de haber dormido como un tronco, parece que me hayan dado una paliza, me duele todo el cuerpo. Pero eso no ha sido excusa para quedarse en la cama y no ponerme en pie e irme a la floristería. Hay demasiado que hacer como para dormirse en los laureles o quedarse un ratito más en la cama. ¡No podemos fallar! Por suerte, de mi apartamento al local no hay más de quince minutos, ya que está en una zona bastante concurrida y bien comunicada con el transporte público, así no tengo que coger el coche prácticamente para nada, lo tengo nuevo de no usarlo.

Aún son las siete y media, me da tiempo de pasarme por la cafetería de Rachel para tomarme un café bien cargado que acabe de quitarme el sueño que aún llevo encima, me siento tan cansada que no sé si ando o me arrastro para poder llegar a los sitios.

Nada más entrar me encuentro a Rachel con una enorme sonrisa de oreja a oreja que me alegra el alma, a pesar de no tener fuerzas ni siquiera para moverme sin parecer un zombi.

—Buenos días, hermana. —Me saluda nada más entrar.

No sé cómo puede sonreír a estas horas de la mañana, y eso que ella ya debe llevar aquí un rato. Con un ligero movimiento de cabeza la saludo y me siento en uno de los taburetes que hay frente a la barra, dejando el bolso colgado en uno de los ganchos que hay bajo esta. No hay casi nadie, solo dos personas, lo más seguro es que todo el mundo empiece a llegar dentro de nada.

—¿Un café? —pregunta enérgicamente.

—Un litro, por favor.

—¡Marchando! —exclama—. Hermanita, te veo mala cara.

—Tan solo estoy cansada, el viaje me ha dejado hecha un trapo...

—Entonces el litro de café te irá de perlas.

Sonrío a sabiendas de que no piensa hacerme un litro de café, sino me lo tendría que traer en un tanque, porque vamos... Lo que ahora mismo necesito es una transfusión de cafeína en vena, para quitarme todo el cansancio que tengo. Observo cómo se mueve de un lado a otro, con su energía de siempre. Es tan parecida a nuestro padre que hay veces que cuando la miro veo el

rostro de él. Les adoro, son lo mejor que podría haberme dado la vida y estoy muy orgullosa de ambos. Si no hubiera sido por ellos, jamás hubiera salido adelante con la floristería, no habría tenido agallas suficientes para hacerlo, pero siempre han estado ahí, apoyándome como nadie lo ha hecho.

—¿Cómo ha ido con Victoria? —me pregunta—. Papá me dijo que ya estabas de vuelta, bueno en realidad, ya te veo aquí.

—Sí, llegué ayer por la noche, la verdad es que conseguimos llevarlo todo. —Sonríe—. Me llamó antes de irme a dormir.

—Me alegro de saber que fue bien.

—Sí, aunque será difícil que termine de amoldarse a su nueva vida. Pero lo hará, estoy segura. —Hago una mueca—. Larry se comportó como un auténtico hijo de su madre, podría haber sido un poco más considerado con la chiquilla, pero no... Para qué, si puede usarlo todo en su beneficio...

—Vaya capullo...

—Pues ya ves.

—Encima se llevó a su cachorro, la dejó prácticamente sin nada, hundida. Por suerte parece que el hecho de marcharse a San Francisco le ha hecho bien, sabrá seguir adelante sin tener la sombra de Larry siempre persiguiéndola, desde allí podrá luchar por su perro y por todo lo que era suyo y que ese desgraciado se llevó sin tener nada en cuenta salvo su propio interés.

—Seguro que sí, se adaptará bien allí y se olvidará de lo que le ataba a Boston.

Me prepara el café que le había pedido y se adentra en la zona de cocina. No solo hace cafés, sino que también sirve bocadillos, pastas que le traen cada mañana a primera hora e incluso ensaladas. Estoy muy orgullosa de tener a una hermana tan trabajadora y emprendedora como lo es ella, se ha dejado la piel por su negocio, igual que yo, supongo que así es como nos enseñó nuestro padre a ser, luchadoras, más que nadie.

—Toma —dice sirviéndome un bocadillo.

—No hacía falta.

—Claro que sí, tienes que desayunar, me juego lo que quieras a que no has comido nada antes de salir de casa.

—Cierto —murmuro.

—Te conozco, María.

—Lo sé, lo sé. —Le doy un mordisco al bocadillo.

Está delicioso, sabe cuánto me gusta el tomate en el pan, debe ser por la mala costumbre que tenía la abuela de echarle tomate a todo, ¡bendita costumbre! Gracias a eso, tanto Rachel como yo aprendimos a comer más hortalizas y poco a poco las verduras. Ojalá estuviera con nosotras, habría disfrutado de todo lo que hemos conseguido desde que se marchó.

—¿Cómo estás tú? —pregunta—. Hemos hablado de Victoria, pero de ti lo hacemos poco.

—Yo estoy bien. —Sonrío.

—¿Sí?

Asiento un par de veces. Claro que estoy bien, pero eso no quita que de vez en cuando sienta un pequeño vacío que mi corazón se niega a llenar. Demasiado tiempo sola, a nadie le gusta llegar a casa y que nadie te reciba, salvo tu perro.

—¿Y tú? ¿Cómo se encuentra Michael?

—Bien, siempre bien, con esa sonrisa que prevalece en sus labios a pesar de que no todo le vaya como le gustaría. —Ríe.

Su marido siempre ha sido algo peculiar, sonrío a pesar de todas las cosas, aunque todo le vaya mal, es capaz de sacarle algo bueno a lo que le ocurre, y eso está genial, ya que Rachel a veces es un poco negativa y nerviosa en según qué situaciones.

Después de un buen desayuno, Rachel me prepara otro café y me marcho para la floristería, ya es hora de abrir y de adelantar todo el trabajo que pueda antes de que llegue Lory como un terremoto y lo revuelva todo. Por suerte, hoy entra una hora más tarde, hasta las diez no tendrá que estar aquí.

Le doy un largo sorbo al café, a la vez que entro en la sala de confección, ¡a por ello! Espero no cagarla con los ramos, aunque debería dejar el encargo de Lory para que lo hiciera ella. Mi móvil suena, no le hago apenas caso, hay demasiado que hacer como para perder el tiempo en algo que no es realmente importante. Debe de ser algún mensaje de Facebook. Diez minutos después, aparece Lorraine con una sonrisa de oreja a oreja y una bandeja de Donuts con diferentes glaseados y toppings. Le da un mordisco a uno de ellos, mientras abre la puerta y entra.

—Buenos días. —La saludo.

Me responde con un ligero movimiento de cabeza, ya que aún tiene parte del bollo en la boca. Deja su bolso en el armario que hay detrás de la mesa, le da un trago a una botella de agua y se sienta a mi lado.

—¿Cómo va? —me pregunta.

—¿Tú no deberías estar en casa?

Hace una mueca, mientras sigue comiéndose el Donut, esta chica no tiene remedio, va a todas partes como un huracán.

—Sí, pero he pensado que no estaría mal venir antes y echarte una mano.

—Bueno...

En realidad no sé si preferiría estar sola o que haya venido, porque entre una cosa y otra siempre acabamos liándonos. A Lory le encantan las bromas, hablar con todo el mundo, y a mí me gusta la perfección, el trabajo bien hecho y entregar las cosas a tiempo. Hay veces que no concordamos del todo, pero bueno, somos el yin yang, la una complementa a la otra, o eso intentamos.

—Agradecería que te ocuparas del encargo que no terminaste ayer.—Pues me pongo a ello ahora mismito.

—Perfecto. —Sonríó—. Esas flores y tú sois la mejor combinación que se podría haber hecho.

—Gracias, May.

—Venga, a trabajar —la insto.

—¿Has desayunado? —me pregunta.

Asiento un par de veces.

—Sí, me he pasado por la cafetería de Rachel hace un rato y me he comido un bocadillo y un café.

—Entonces bien.

Veo cómo le da un mordisco a otro de los bollos, sin dejar de mirarme. Hago una mueca, no me gusta nada de nada que coma en la sala de confección, lo acaba ensuciando todo, y aunque haya venido antes, no puedo dejar que siga comiendo aquí o se acabará llenando todo de hormigas y bichitos que luego irán a las flores y las estropearán.

—Acaba de comerte eso fuera, anda —le pido—, ya sabes que no quiero que comas aquí.

—Voy —contesta con la boca llena.

No dejamos de trabajar, terminamos incluso alguno de los encargos que teníamos acumulados y que Lory y Megan no acabaron durante los días en los que estuve fuera con Victoria. Son una mala combinación, las dos son culos inquietos, no paran de hacer tonterías y acaban perdiendo el tiempo. Me paso una mano por el pelo y me siento unos segundos, dándole un trago al

café que acabo de ir a buscar a la cafetería de al lado, vaya día de trabajo. Suspiro, lo peor de todo es que esto no ha hecho más que empezar y solo tengo ganas de descansar. Suerte que durante el mediodía podré, aunque sea, desconectar media hora mientras como, de todo el jaleo que tenemos aquí. Le doy un último sorbo a la bebida. Cuando tiro el vaso a la basura, escucho que alguien entra.

—Voy —murmura Lory.

—No, tranquila —le digo—, ya voy yo. —Cierro la puerta a mi espalda.

La sangre se me hiela al verle, ni siquiera me salen las palabras. ¡Mierda! ¡Mierda! ¡Y más mierda! Intento volver dentro pero es justo en ese momento en el que se da la vuelta, fijando sus ojos en mí, haciendo que me quede paralizada. «¡Joder! ¡Vaya porquería!», pienso para mis adentros. Los nervios afloran, igual que lo hace mi rabia y mi mala leche.

—Sabía que aún seguías aquí —se mofa.

No digo nada, me limito a apretar la mandíbula, las manos me sudan y las irrefrenables ganas de ahogarle empiezan a arder en mí. Le voy a matar con mis propias manos y le recordaré todo lo que le ha hecho a mi amiga y la escoria que es.

—¿Se te ha comido la lengua el gato, María?

—A ti ya veo que no, y tal vez debería haberlo hecho para que dejaras de decir gilipolleces —siseo.

—Vaya... No veas cómo está la gata —dice mirándome de arriba abajo.

Hago una mueca, no puede darme más asco.

—Me repugnas, Larry —gruño.

—Me alegro. —Sonríe falsamente.

Cada vez me da más y más rabia. Aún no entiendo cómo Victoria pudo estar con un gilipollas como este. No aparto la mirada de él, no me fio ni un pelo, y mucho menos después de lo que le hizo. Doy la vuelta al mostrador y abro la puerta.

—Fuera —murmuro amenazante.

—¿Cómo que fuera?

—¿Es que eres sordo? —bufo.

—No, claro que no.

No deja de mirarme, con esa falsa felicidad en su rostro que me molesta sobremanera, no puedo creer que exista gente así en esta vida. Todos aquellos con alma negra deberían desaparecer.

—Dime dónde está. —Exige.

—¿De verdad crees que voy a decirte algo?

Su mirada pasa de la tranquilidad a la rabia, hay algo distinto en él, su semblante ha cambiado en apenas unos segundos, parece el de un loco. Aprieta sus manos, cerrándolas en puños, lo que hace que un escalofrío me recorra de pies a cabeza, creando un gran nudo en mi garganta que hace que ni siquiera pueda coger aire con normalidad. Intento mantenerme fuerte y erguida, sin que me intimide.

—Márchate.

—No hasta que no me digas lo que quiero saber. —Alza la voz, amenazador.

Se acerca a mí cada vez más, puedo ver la locura en sus ojos, no parece una persona cuerda, sino alguien que ha perdido el rumbo de su vida. La respiración se le acelera y deja ir un gruñido, bufa contra mi rostro y solo puedo mirar hacia otro lado, aguantando el llanto provocado por el nerviosismo.

—No voy a decirte nada —consigo pronunciar.

Eleva una de sus manos y por un momento temo por mi integridad. ¡Y Lory sin ni siquiera darse cuenta de lo que está ocurriendo aquí fuera!

—¡Vete! —susurro.

Mis ojos se llenan de lágrimas, el miedo se hace con el control de mi cuerpo, haciendo que hasta mis piernas empiecen a temblar.

—Vas a decírmelo —gruñe en mi oído.

Niego con la cabeza, no le diré nada, aunque tenga que sufrir las consecuencias. Justo cuando creo que va a golpearme, alguien le coge por la muñeca, impidiendo que llegue a tocarme, aunque su rostro está muy cerca del mío, lo suficiente para a sentir que respira como un toro bravo preparado para atacar en cualquier momento.

—Te está diciendo que te vayas —gruñe un hombre a su espalda.

Tira de él hacia un lado cuando Larry intenta zafarse de su mano, pero no consigue nada, solo hace que pueda ver quién es el hombre que le sujeta por el brazo. ¿Qué hace él aquí?

4

Larry se gira hacia el hombre que aún le sujeta, le mira con rabia, con esa mirada de loco que tiene y que a mí me eriza el vello cada vez que se cruza con la mía. Suspiro, cojo aire e intento apartarme sin que se dé cuenta, por miedo a que pueda golpearme cuando le suelte. El ex de mi amiga deja ir una sonora carcajada y niega con la cabeza una y otra vez.

—¿Y tú eres? —pregunta intentando zafarse de su agarre.

—Eso a ti no te importa —gruñe.

Le sujeta aún con más fuerza de lo que ya lo hacía, tira de él haciendo que caiga al suelo, dándose un buen golpe.

—Te denunciaré, gilipollas —espeta Larry.

—Perfecto, pero ahora, márchate —murmura—. Como ya te ha dicho ella.

Le escupe junto a los zapatos, intentando mancharlos, pero no lo consigue, por lo que el hombre esboza una sonrisa de medio lado que me resulta tremendamente irresistible. Su marcada mandíbula llama mi atención, igual que la peca que tiene junto a la oreja izquierda. Se pasa la mano por su indomable cabello y vuelve a observar a Larry.

—Más te vale que no te vea otra vez por aquí.

—¿O qué?

—No te dará tiempo a denunciarme.

El semblante de Larry cambia, está más enfadado que nunca pero también hay un atisbo de terror. Se pone en pie tan rápido como puede, se estira la ropa, la cual era casi la misma que ayer y se marcha lanzándome una última mirada.

—Gr...Gracias —consigo decir.

No hace caso a lo que digo, se limita a observar la manera en la que Larry huye como la sabandija asquerosa que es a la vez que cierra la puerta de la floristería. Le doy la vuelta al mostrador y miro al hombre. Es el mismo al que vi en la cafetería de carretera en la que paré a la vuelta de casa de Victoria.

—¿Necesita algo? —le pregunto.

—Venía a por un ramo —explica.

¿Qué hace un tipo cómo él comprando un ramo como los que preparamos aquí? Es curioso. Sonríe a la vez que asiento, saco una pequeña agenda en la que tenemos algunas muestras.

—Mire —abro la agenda—, aquí tiene algunos ejemplos de lo que hacemos. —Le muestro las fotografías.

—Quiero un como este, pero con rosas rojas y blancas.

—De acuerdo.

Apunto lo que me ha pedido.

—¿Cuántas rosas quiere de cada?

—Cuatro.

—Perfecto.

Le hago un pequeño boceto de cómo quedará el ramo con una distribución de rosas equilibrada.

—Muy bien.

Fija sus ojos en mí, haciendo que un escalofrío me recorra. Esos pozos oscuros me invitan a querer saber más sobre el misterio que oculta este hombre.

—¿Cuándo podré venir a buscarlo?

—Esta tarde. —Sonríe.

—Genial. —Asiente—. Quiero también dos rosas aparte, individuales.

—De acuerdo. —Miro el reloj—. Si me espera un momento, se las preparo. —Sonríe—. Por las molestias.

No dice nada, se limita a observarme, hasta que entro en la sala de confección. Lory me mira, tiene los auriculares puestos, era por eso por lo que no ha escuchado nada de lo que ha ocurrido ahí fuera.

—¿Y esa cara? —me pregunta.

—Luego te cuento.

—No, cuéntamelo ahora.

—Lory... —murmuro—, hay un cliente fuera esperando, ahora no.

—Bueno, vale.

Le preparo las dos rosas que me había pedido, con todo el cariño del mundo, bajo la atenta mirada de mi compañera. Cuando salgo, el hombre ha desaparecido y ni siquiera ha sido capaz de dejar una nota. Él sabrá... Tal vez no me haya escuchado y por eso se ha ido así sin más.

—¿Qué pasa? —pregunta Lory a mi espalda.

—El cliente, se ha largado.

—No le habrás caído bien. —Ríe.

—Déjate de tonterías.

—Es raro.

Ni siquiera he escuchado cómo ha abierto la puerta de la floristería para marcharse, y eso que se oye la campanilla que cuelga encima de esta. Hago una mueca, me parece tan sumamente extraño que soy incapaz de comprender por qué se ha ido. Suspiro y me dejo caer en una de las sillas que hay alrededor de la mesa de confección, me siento muy cansada, aun habiendo estado prácticamente todo el rato sentada.

—Bueno, ya volverá.

—Eso espero, ha encargado un ramo y dos rosas.

—Volverá —intenta animarme—. Por cierto, May... Se te ve débil —me dice preocupada.

—Estoy algo cansada.

—¿Y si vas al médico?

—Tal vez sea solo un pequeño bajón, o cansancio.

Alzo los hombros, la verdad es que no es normal la poca energía que estoy teniendo últimamente.

—Bueno... No sé, May, no te había visto así antes.

—Será el trajín, tú tranquila.

Hace una mueca y niega, pero al final acaba dándose por vencida y decide volver al trabajo. Tenemos mucho por terminar.

Al final he salido algo más tarde, aún no he comido y no me quedan ni quince minutos para poder picar algo y volver al trabajo. Entro en uno de los bares-restaurantes que hay al lado de la floristería, no tengo tiempo de ir más lejos, y mucho menos si quiero poder descansar un poco mientras espero a que me traigan lo que he pedido. Saco el móvil y le escribo un mensaje a Victoria, a ver qué tal le va por San Francisco, hace horas que no se conecta.

May:

¿Cómo te encuentras? ¿Has terminado de colocar las cosas?

Victoria:

Bien, May, estoy bien.

Ha respondido demasiado escueta para lo que suele ser ella.

May:

A ti te pasa algo, no me engañes.

Victoria:

Estoy bastante cansada,
el ánimo lo tengo por los suelos,

pero supongo que es normal.

May:
Hasta que te adaptes a tu nueva vida supongo que sí.
Ya verás como todo se pondrá en orden.

Victoria:
Seguro que sí.

May:
Yo voy a ver si como algo.

Victoria:
¿Ahora?

May:
Sí, hija, sí.

Victoria:
Bueno, entonces será mejor que te deje.

May:
En realidad, así me entretienes.
No puedo evitar admitirlo.

Victoria:
Ya te vale...

Contesta segundos después, por lo que decido preguntarle a ver qué tal le ha ido el día de hoy.

May:
¿Cómo te ha ido hoy?

Victoria:
He estado vaciando cosas de cajas, como haré hasta la semana que viene.

May:
Al menos Robert te ha dado bastantes días de fiesta.

Victoria:
Ya... Eso sí, me irá bien.

Me apena haberla dejado allí sin compañía, aunque ya es mayorcita para cuidarse sola, pero ahora que no tiene a nadie que la ayude...

Decido llamarla.

—¿Cuándo empiezas?

—El lunes que viene.

—Está bien. —Sonrío—. Si necesitas que vuelva a ir, solo tienes que decírmelo.

—No te preocupes, May.

Claro que me preocupa, tiene mucho trabajo, lo bueno es que los chicos de la mudanza le están llevando todos los muebles y los montarán ellos mismos.

—Estoy segura de que debes estar bastante ocupada.

—Bueno... La verdad es que tenemos varios encargos, ha sido un poco

caótico.

—¿Y eso?

Le explico lo ocurrido en mi ausencia, todos los pedidos atrasados, el lío que tenían Megan y Lory, quien tiene que venir esta tarde para que así podamos acabar cuanto antes.

—Pues vaya...

—Ya, a ver si terminamos.

—Bueno, tú tranquila, ya verás que lo termináis todo a tiempo.

—Eso espero.

—Ya verás que sí.

—¿Te han dicho ya que sitio ocuparás? —pregunto, cambiando de tema.

—No, no, Robert no me ha dicho nada, supongo que no tardará.

—Cuando sepas algo, me informas, siento curiosidad por saber qué tendrás que hacer en el nuevo Cellos.

—Lo único que espero es que se me haga ameno.

—Ya verás que sí.

Sonrío para mis adentros, Victoria se merece tener una nueva vida con la que disfrutar y volver a ser libre.

—No será igual que antes...

—Pero bueno —le interrumpo—, no tienes que buscar un antes, tienes que crear un nuevo ahora.

—Tienes razón.

—Siempre la tengo. —Dejo ir una carcajada.

—La verdad es que sí —acaba asumiéndolo—. Gracias, May.

Dos horas después, no ha vuelto el hombre que encargó las flores, por lo que empiezo a sospechar si realmente vendrá a por su ramo. Tal vez le supo mal lo ocurrido y decidió encargarse algo que luego no iba a querer. Aunque ya le vale... Podría haberse ahorrado el hacerme perder el tiempo, iba a regalarle las rosas, para tener un detalle con él, pero como venga... No se las regalaré. Dejo ir un bufido. Cada vez estoy más enfadada, «vaya sinvergüenza», me digo a mí misma. Aún no me puedo creer que me haya engañado así de fácilmente.

—May, ¿esto para dónde va?

—Es de los encargos de Lory —le contesto.

Megan es una chica muy agradable, pero hay veces que no se entera ni de la mitad de las cosas que le dices, por lo que hay que repetírselo, y se hace un

poco pesado tener que decir las cosas el doble de veces. Pero bueno, hay que tener paciencia con ella, no lo hace conscientemente.

—De acuerdo. —Hace una mueca.

Asiento dos veces y me pongo a mirar la agenda, aún tenemos algunos encargos algo atrasados, pero por suerte hemos podido avanzar bastante.

—¿Te pasa algo?

—Bueno.

—Eso es que sí.

—Digamos que algo así.

Se sienta a mi lado, pidiéndome que le cuente lo ocurrido. Omito el hecho de que el atacante era Larry, no conoce a Victoria y tampoco tiene por qué saber nada de su vida, no tenemos la misma relación que Lory y yo.

—Vaya...

—Pues sí.

—¡Qué rabia!

—Debería de haberle dicho que pasara a buscarlo todo esta tarde, en vez de marcharme a prepararle las rosas.

—Y ¿se ha largado así tal cual?

—Sí...

—Pues vaya cara tiene...

No debería fiarme de la gente, bueno, en realidad no lo he hecho, simplemente he entrado a prepararle las rosas y ha desaparecido cuando he salido.

—Se ha quedado más ancho que pancho.

—Pues has tenido suerte de que no te haya robado nada.

—¿Y por qué debería haberme robado?

—No sé, ¿no decías que tiene unas pintas un poco oscuras?

—Lo cierto es que...

Antes de que pueda decir nada más, la puerta se abre y aparece él, con esos cabellos despeinados, una camiseta verde militar que le queda algo ceñida a su musculado pecho y que resalta su piel bronceada.

5

Me quedo mirándole como una auténtica boba, tiene algo que me resulta tremendamente irresistible, no sé el qué, pero esa aura misteriosa que le rodea hace que quiera saber más sobre él. Fijo mis ojos en los suyos, en esos dos pozos negros tan profundos como hermosos, en su alborotado cabello, en la tez ligeramente bronceada y en esos músculos marcados a base de horas en el gimnasio. Es muy guapo.

—Buenas tardes —murmura con una bonita sonrisa de medio lado.

—Ehm... —dice Megan a la vez que me mira con los ojos muy abiertos.

—Buenas tardes.

Me coloco frente a él, detrás del mostrador, e intento esbozar una sonrisa. El enfado ha desaparecido por completo y ahora ya no queda nada de eso, ha venido a por las flores, y aunque pareciera sospechoso de no volver, lo ha hecho.

—¿Está ya el ramo?

—Ajá. —Asiento.

Le doy un codazo a Megan para que vaya a buscar el ramo, sin apartar la mirada de él, ni siquiera sé cómo se llama, pero no tardaré en averiguarlo.

—Perdone, señor...

—Jones —añade.

—Perfecto.

Le digo el precio para que pueda pagar y llevarse las flores que había encargado.

—Aquí tiene, señor Jones. —Le tiendo el papel.

—Gracias.

—Ahora le traerán su ramo y sus rosas.

—Gracias, María —susurra mientras deja el dinero sobre el mostrador.

Un escalofrío me recorre de pies a cabeza, erizando mi vello. Sonrío, me ha hecho gracia que haya dicho mi nombre en español, poca gente me llama así, en realidad, solo las personas cercanas lo hacen. Me quedo sin palabras al ver que me observa, cómo fija esos ojos oscuros en los míos y atraviesa mi alma como si fuese a ver todo lo que esconde.

—De nada, señor Jones.

Sonríe de medio lado, haciendo que mi cuerpo se encienda, sería capaz de deshacer cada uno de los bloques de hielo que hay en Groenlandia. Trago saliva, hasta la boca se me había secado, ¿cómo no lo iba a hacer teniendo a un hombre como él delante de mí y con esa sonrisa? Cojo aire, mientras sigo apuntando algunas cosillas en mi blog de notas, básicamente para poder disimular. Megan aparece con lo que le había pedido que fuese a buscar, trae las rosas en una mano y en la otra el ramo, me lo da. Reviso que esté todo bien antes de entregarle su pedido.

—Aquí tiene.

—Perfecto.

Me deja el dinero encima del mostrador, lo guardo en la caja y, antes de que pueda decirle nada, ya se ha dado media vuelta para marcharse.

—Nos volveremos a ver.

Y esa simple frase, que suena a promesa, se graba a fuego en mi mente. No aparto la mirada de él, esperando un último vistazo atrás y, si lo hace, estoy segura de que volverá tarde o temprano. Gira levemente la cabeza y ahí está, esa última mirada antes de desaparecer.

—Sí. —Hago un gesto, victoriosa.

—¿Qué dices? —pregunta Megan.

—Nada, nada. —Me aguanto la risa.

Con mis manos de mantequilla, cojo la libretilla donde lo apunto todo y de repente se me cae hacia adelante, al otro lado del mostrador. «Mierda», pienso para mí misma, siempre se me tiene que caer todo. Voy a por ella y me encuentro con una pequeña tarjeta gris, la cojo y la dejo sobre la libreta.

—D. Jones, seguridad privada.

Vaya, vaya, así que seguridad privada. Cojo rápidamente el móvil mientras las chicas vuelven al trabajo, me siento en el taburete que hay junto al mostrador e intento buscar a Jones. ¡Quiero saber quién es! Encuentro una página web donde se habla de Drew Jones, con algunas fotos e información sobre su trabajo. Así que Drew... Es un hombre muy atractivo, pero no habría imaginado que se dedicaba a eso, aunque viendo el estilo que tiene es lo que más le pega. Suspiro, algo me dice que no voy a pasarlo muy mal intentando averiguar quién es este hombre, porque no voy a estar tranquila hasta que no lo sepa. Sé que es una tontería mía, pero no puedo evitarlo cuando algo me llama la atención como lo ha hecho él, hasta que no lo consigo, no paro. Quiero saberlo todo sobre Drew.

—Te veo un poco empanada —dice Lory.

Pasa junto a mí, me da un golpecillo en el hombro, se sienta a mi lado y me mira, esperando a que le diga qué es lo que ronda mi mente.

—Cuéntame —insiste.

—El hombre que vino esta mañana, el de las rosas, tiene algo oscuro y misterioso que llama mi atención sobremanera.

—¿Te gusta?

—No, es solo curiosidad.

—Ya, curiosidad...

—¡Claro! ¡Qué va a ser sino!

—Pues... —acerca una de sus manos entre mis piernas— un calentón.

Deja ir una sonora carcajada a la vez que le digo que no con la cabeza, esta chica está cada vez peor de la azotea.

—Seguro que tengo razón y quieres que ese hombre misterioso te empotre contra la pared hasta que te parta.

—Bueno, tampoco le diría que no —murmuro, aguantándome la risa.

No me iría nada mal un revolcón improvisado, o dos, o tres... Ya que estamos pidiendo, pedimos bien, que no sea que llegue menos. Pero no tendré esa suerte, no. Suspiro y miro de nuevo la tarjeta.

—No sabes tú nada. —Me da un golpecillo con el codo en el brazo.

Deja ir una sonora carcajada y vuelve al trabajo, tenemos demasiado que hacer como para seguir durmiéndonos en los laureles así como así. Me da la sensación de que llevo días trabajando las veinticuatro horas seguidas sin ni siquiera descansar ni dos minutos. Cuando llegue a casa voy a entrar en la cama inmediatamente.

Dos días después, hemos finiquitado todos los encargos que no estaban siquiera planificados como debían haberlo estado. Estas dos no pueden quedarse solas porque al final no terminan el trabajo que tienen encargado. Debería hacer algo por remediarlo, pero lo cierto es que en algunos momentos son mi debilidad. Miro el reloj, las horas pasan como si nada, aunque el cansancio pesa igual o incluso más, por suerte, el fin de semana volverá dentro de no mucho y podré descansar como Dios manda. Pienso pasarme todo el día en la cama, descansando, durmiendo o leyendo. Hace demasiado que no cojo un buen libro y la verdad es que me muero de ganas de que llegue el momento. Se podría decir que tengo mono de algo que me aisle de toda la realidad que me rodea, es lo bonito de los libros, la capacidad

que tienen de hacer que nos olvidemos de aquello que nos ocurre para centrarnos en lo que pasa en la historia. Suspiro, ¡quién tuviera uno de esos maromos! Tan perfectos, fuertes, bien dotados, dulces y muy muy apasionados. Ojalá existieran, a más de una nos darían una alegría.

Veo cómo Drew abre la puerta, esta vez va vestido con unos vaqueros negros algo ceñidos y rotos a la altura de las rodillas, acompañado de un jersey azul marino que se le ajusta perfectamente a sus fuertes brazos.

—Buenas tardes, María. —Me saluda.

Siento que todo mi cuerpo se ve sacudido por un escalofrío que me recorre de pies a cabeza cuando su boca pronuncia mi nombre.

—Buenas tardes —murmuro como una auténtica tonta—. ¿En qué puedo ayudarle?

—Ayudarte, por favor —me pide.

—Ayudarte.

—Necesito cuatro rosas, dos rosas y dos rojas.

—¿Juntas?

Le miro fijamente, esos ojos tan oscuros y penetrantes que tiene me atraviesan el alma, tocan mi corazón y crean un cosquilleo imparable en mi sexo. Me muerdo el labio superior a la vez que escribo lo que me ha pedido.

—Por separado, las quiero individuales.

—Ajá —digo mordiendo el tapón del bolígrafo.

Su vista se posa en mi boca, se relame y poco después carraspea. Cosa que me sienta como el mejor de los halagos.

Entro en el interior de la sala de confección, me recoloco el pelo, que lo llevaba un poco despeinado, estiro el vestido, entonces me miro en el espejo y me doy cuenta de lo poco *sexy* que tengo que parecer ahora mismo con este saco de patatas que llevo. Me acerco a Lory y le doy la vuelta con la silla.

—Déjame tu cinturón.

—¿Qué puñetas te pasa en la cabeza?

Le tapo la boca, para que no alce la voz. No quiero que Drew escuche nada de lo que está diciendo.

—Calla, calla —murmuro.

—¿Calla qué? —Alza la voz.

—¡Qué te calles, coño! —siseo.

Acabo de quitarle el cinturón y me lo lío a la cintura, ajustando el vestido dándole un poco de forma.

—¿Vas a decirme ya qué pasa?

—Ahí fuera está Drew.

—¿El buenorro de las rosas?

—Ese mismo.

Hace una mueca, deja ir una sonora carcajada y poco después se tapa la boca.

—Llévate el cinturón y haz que te lo quite.

—Oh, cállate.

Sonrío, cojo la pequeña tarjeta que se dejó y que guardaba en uno de los bolsillos del vestido y le doy vueltas hasta que se da cuenta de que la sujeto entre mis dedos.

—Te la dejaste el otro día, Drew.

La pongo sobre el mostrador y la muevo hasta que llega al final de este.

—Quédatela. —Sonríe de medio lado—. Y llámame cuando esté preparado.

—De acuerdo.

Sin decir nada, se pone sus Ray-ban de aviador y sale de la floristería como si nada, con esa sensual mueca que tiene su boca.

6

Cuando llego frente a la puerta de mi casa, tras haber recorrido el largo pasillo que comunica con el resto de apartamentos, me doy cuenta de que hay algo no cuadra. La puerta tiene una fuerte rascada en la parte de la cerradura, cosa que me asusta y mucho, ¿han entrado a robar? ¿Y si le han hecho algo a Ketty? El terror se hace con el control de todo mi cuerpo. Abro tan rápido como puedo, las manos me tiemblan, el corazón se me ha descontrolado y mi mente se imagina lo peor. No viene a recibirme, lo que me hace pensar en lo peor del mundo, ¿y si la han matado? Cientos de lágrimas se agolpan en mis ojos, como le hayan hecho algo, me muero. Ella es lo único que tengo cuando llego a casa, es mi amiga, es mi hermana, es mi bebé... Como la hayan herido, encontraré al que le haya hecho esto, lo perseguiré hasta que le encuentre y lo mataré con mis propias manos. Porque si hay algo que quiera más que a mi propia vida, es la de ella.

Dejo el bolso en la entrada, angustiada y al borde del llanto, cuando empiezo a escuchar un gimoteo lleno de pena. Es Ketty, miro por todas partes, pero no la veo por ningún lado, han revuelto algunas cosas, pero no veo que se hayan llevado nada. Entro en mi habitación, algunos cajones están abiertos, pero tampoco falta nada, o eso parece a simple vista. Las puertas del armario empiezan a moverse, está ahí dentro. Cuando las abro, la perra salta encima de mí, muerta del miedo me empieza a lamer toda la cara y no deja de temblar.

—Ya está, mi bebé...

La pequeña no deja de aullar y temblar ente mis brazos, verla así me parte el alma, no puedo evitar echarme a llorar con ella. Por suerte, no han llegado a hacerle nada, tan solo la han encerrado dentro del armario.

Beso su pequeña cabeza a la vez que la acaricio. Tengo que llamar a alguien, no puedo quedarme aquí sola, y mucho menos no avisar a las autoridades. Salgo de la habitación, dejando a la perra sobre la cama, pero la pobre no puede evitar perseguirme y pedir un poco más de atención. Saco el teléfono como puedo, aguantando las lágrimas, intentando calmar los nervios que tienen el control de mi cuerpo. Marco el número de Rachel, suenan varios tonos, pero no lo coge.

—Mierda... —digo entre dientes.

Aprieto la mandíbula y tras el *pí* del contestador vuelvo a hablar.

—Rachel, llámame en cuanto escuches este mensaje, es urgente...

Cojo aire y lo dejo ir a modo de suspiro. «Piensa, piensa», me digo. Busco el número de Lory, pero tampoco hay respuesta, por lo que desesperadamente llamo a Megan, quien ni siquiera responde.

—Joder, joder, joder...

Niego con la cabeza, ¡no puede ser! ¿Es que todo el mundo tiene el móvil en silencio o apagado? «No puede estar pasándome esto a mí», pienso.

—¿A quién puñetas llamo yo ahora?

La pequeña tarjeta de Drew se cae de uno de los bolsillos del vestido, chocando contra una de mis zapatillas. Solo le puedo llamar a él, pero... ¿qué pensará si lo hago? Aunque la verdad es que ahora mismo no estoy como para analizar lo que él pensará si le llamo. Necesito a alguien a mi lado, no quiero quedarme sola en casa, y mucho menos después de lo ocurrido. Marco su número, lo guardo en la agenda y le doy a la tecla verde, a la vez que siento cómo mi corazón se descontrola.

—Jones —contesta.

Los nervios hacen que todo lo que siento se vuelva más y más grande, tengo miedo de lo que pueda ocurrir y me avergüenza lo que pueda decirme. Tal vez me tome por loca, pero es la única opción que me queda. Mi voz no quiere salir.

—¿Hola? —pregunta al no oír nada.

—Ehm...

—¿Quién es? —cuestiona confuso.

—Soy May.

Al final consigo hablar, poco, pero por lo menos es algo. Carraspeo y espero a que responda.

—¿May?

—Sí.

—Oh, María, ¿no? —pregunta—. La chica de la floristería.

—Ajá...

¡Qué vergüenza, ni siquiera se acordaba de mí! Niego con la cabeza, mis mejillas se enrojecen como un semáforo, lo que me hace sentirme aún más nerviosa.

—¿Estás bien? —se preocupa.

—Bueno...

—¿Qué te ocurre? ¿Dónde estás?

Parece estar realmente intranquilo, su voz se ha vuelto más grave y alta de lo que era hace apenas unos minutos.

—María, contéstame —me pide, o mejor dicho, me ordena.

—Eh... Estoy en mi casa... —contesto—. Alguien... Alguien ha entrado en mi apartamento, lo han revuelto todo...

Trago saliva, cierro los ojos y sigo acariciando a la pequeña, quien tiene la respiración algo más calmada que antes.

—¿Te han hecho algo?

—No —murmuro—, no me han hecho nada, he llegado después de que ocurriera, me lo he encontrado todo... patas arriba.

—Mándame tu dirección en un WhatsApp e iré hacia allí, no te muevas, ¿vale?

Asiento a pesar de que sé que no me está viendo.

—De acuerdo.

Algo en Drew hace que pueda confiar en él, apenas sé nada sobre su vida, pero hay sensaciones que no engañan, y a mí me dicen que puedo fiarme. Además, aunque no quisiera, solo él podría venir a ayudarme, ya que mis amigas y mi hermana están en paradero desconocido.

—Drew...

—¿Sí?

—Gracias.

—Ahora nos vemos, May, tranquila.

No sé cuánto tiempo ha pasado desde que hablé con Drew, apenas habrán sido unos quince minutos, y ya está llamando al timbre. Me siento nerviosa, inquieta, como desde que he llegado, pero teniéndole en mi apartamento todavía más, si cabe. Llama a la puerta, haciendo que Ketty se vuelva loca. Cuando le abro, la perra intenta lanzarse encima de él como una fiera. Le gruñe más enfadada de lo que jamás había visto, le ladra sin control, haciendo que incluso me asuste.

—¡Ka! Calla, ya, mujer, calla. —Tiro de su arnés.

—Tranquila, no pasa nada.

—Claro que pasa... Ketty, ¡ya está!

La llevo hacia la habitación de invitados, tiro de ella, que no deja de gruñirle como si estuviera poseída. La meto, cerrando de golpe para que no se

salga, solo espero que no empiece a romper todo lo que hay en el cuarto.

—¿Has llamado a la policía?

—No... Aún no lo he hecho, estaba esperando a que llegaras... Estaba demasiado nerviosa y... Bueno no sabía que hacer...

Hace una mueca, parece distinto, más delicado y atento, no tan arrogante y malote como lo parecía las veces que le he visto.

—Bueno, ahora ya estoy aquí. —Sonríe.

—Gracias por venir, de verdad.

—No hace falta, además, estaba por la zona.

Llamo a la policía, pero de poco sirve, me toman declaración, igual que a Drew, que por estar en la casa podría haber estado relacionado, a pesar de que les dejo bien claro a los policías que he sido yo misma quien ha llamado a Jones para que venga a ayudarme con lo ocurrido. Pero ellos erre que erre, sin dar su brazo a torcer, quieren saber todo lo que ha pasado desde que ha llegado a casa hasta que lo han hecho ellos. Investigarán lo poco que han encontrado, aunque en realidad eso ha sonado más para que me calle la boca que para realmente saber quién ha estado en mi apartamento. Por suerte, la perra ha dejado de ladrar en el momento en el que esos dos hombres se han marchado, y es que por alguna razón se ha quedado algo más relajada. Debe de estar muy agobiada con todo lo que ha tenido que vivir, sin poder entender quién es el que ha entrado y por qué estaba aquí. Siempre ha sido una perra muy protectora, y lo más seguro es que a partir de ahora todo se vuelva mucho peor. Suspiro, solo nos queda esperar a ver qué dicen los agentes sobre lo que encuentren.

Me dejo caer sobre el sofá, le doy un sorbo al café que he preparado y le doy una taza a Drew, quien aún sigue conmigo.

—No sé cómo podré agradecerte lo que has hecho.

—Tal vez regalándome unas rosas, por ejemplo.

Ríe, y ese simple gesto es el que me arranca una sonrisa después de haberme pasado el día trabajando, y parte de la tarde y la noche asustada. Esa dulce melodía llena de matices es capaz de acunar mi atemorizada alma y de calmar mi corazón.

—María, no me apetece un café, la verdad...

—Y ¿qué te apetece?

A mí me apetece él, a pesar de no conocerle, de que está en mi casa porque le he llamado porque alguien había entrado en esta. Pero supongo que

tenerle aquí y que encima caiga de cena, no puede ser.

—Un buen vino, con algo de cena.

—¿Italiano? —pregunto sonriente—. Yo invito.

Otra dulce carcajada se escapa de su boca aceptando el agradecimiento en forma de pasta y vino. Sonrío, pensando que sería mucho peor el tener que conocerle, pero la verdad es que todo ha pasado tan deprisa que ni siquiera sé cómo ha ocurrido.

—Entonces, ¿vas a aceptar mi propuesta?

Se pone de pie para poder dejar la taza en la cocina, pero antes de eso me lanza una última mirada y una respuesta que no esperaba.

—Una lástima que esa propuesta no haya sido indecente.

7

El fin de semana llega como un rayo, desciende a la Tierra y vuelve al cielo durante una tormenta. Lory no ha dejado de llamarme en toda la tarde, quedamos en que saldríamos esta noche con Megan a un garito no muy lejos de mi piso, pero la verdad es que ahora mismo solo me apetece quedarme en casa con Ketty, descansar y dormir en plan marmota hasta que me despierte ella por la mañana cuando quiera ir a pasear. No hay mejor manera de pasar el viernes. Escucho que alguien llama al timbre y la perra empieza a ladrar como una loca, sin control alguno, hay veces que parece que haya perdido la cabeza.

—Solo es Lory, pequeña.

Le doy un golpecillo en el lomo y la hago que se pare junto al sofá, aunque no parece muy segura de querer quedarse ahí. Es un culo inquieto, no puede estarse quieta ni un solo segundo, y mucho menos si hay alguien que conoce al otro lado de la puerta.

—Voy. —Alzo la voz alargando la vocal.

Cuando abro, Ketty se tira encima de Lory, le quiere como si fuera su tía, y eso me encanta. En realidad, hay a poca gente a la que le haga ascos, aunque la otra noche le ladrara a Drew. Estoy segura de que fue por culpa de todo lo que había pasado durante la tarde.

—¿Cómo estás? —me pregunta preocupada.

Estuvimos hablando durante horas la otra noche, pero aun así, hay cosas que no le he contado, igual que a Victoria, que no sabe nada de lo ocurrido.

—Bien, tranquila... Con el susto aún en el cuerpo, pero bueno —murmuro—, supongo que es cuestión de tiempo que se me acabe pasando el miedo a estar sola.

—Si quieres puedo quedarme esta noche contigo.

—Claro, sería genial. —Sonrío—. Si no, me ha dicho Rachel que me pase por la suya a dormir, pero la verdad es que no tengo ganas de ello... Tiene a su marido y a su pequeño, ¿qué pinto yo allí?

—Bueno... Eres su hermana, May, es normal que te quiera tener cerca, sobre todo después de lo que pasó la otra noche.

Suspiro, Lory alza los brazos y me envuelve en ellos. Ahora que no está

Victoria, ella es la única amiga que sabe prácticamente todo lo que me pasa, y aunque no hacíamos un trío perfecto, siempre hemos estado juntas.

—Entonces, ¿qué dijo la policía?

—Investigarán a ver si hay algún indicio y poco más... Como no se han encontrado más que mis huellas y las de Drew, no pueden hacer nada.

—¿Drew? ¿El buenorro que viene a la floristería? —pregunta abriendo los ojos como platos.

Asiento un par de veces, a la vez que observo cómo su cara pasa de estar normal a la sorpresa.

—Y ¿cómo es que hay huellas de Drew?

—Cuando os llamé a Rachel, a Megan y a ti y ninguna me respondió, decidí llamarle a él, era al único que podía acudir.

—¿Y tus padres?

—No están en Boston.

—Vaya, vaya... Suena interesante —dice pícara.

Pongo los ojos en blanco a la vez que niego con la cabeza. Suerte que luego la que piensa mal soy yo... Dejo ir un bufido, no tiene remedio.

—Y ¿qué tal?

—¿Qué tal el qué?

—¿Cómo es en la cama?

—¿De verdad crees que me lo he tirado? —murmuro, a la vez que le doy un trago al té que tengo en la taza.

—Puede.

Rápidamente se tapa la boca, como si se arrepintiera de lo que ha dicho, pero sé que en realidad no es así. Le encanta montarse sus propias historias y enterarse de todo lo que le pasa al resto del mundo.

—Pues no, no me lo he tirado.

—Pues vaya... ¡Qué decepción!

—Oh, cállate.

—Entonces, ¿qué pasó?

—Nada, simplemente le llamé, vino a estar conmigo y luego le invité a pedir algo de cena aquí en casa.

—¿Y ya está?

Asiento y vuelve al ataque.

—¿Ni un beso? —niego—. ¿Ni un piquito?

—¡Que no, Lory!

—Pues vaya —repite.

Lorraine sería perfecta para esos programas de cotilleos en las que van los tertulianos y sueltan lo primero que se les pasa por la cabeza, sería la mejor de todos ellos, es más, deberían ponerle un programa para ella sola.

—¿Ya sabes que te vas a poner? —pregunto cambiando de tema.

Alza los hombros y entra al salón su maletilla de ruedas. Porque sí, además de ser una cotilla, también es una exagerada y una indecisa de la vida, le cuesta muchísimo decidirse de hacer, vestir o comprar algo, incluso a la hora de la comida.

—¿Y tú?

—El vestido gris.

Esta noche saldremos a darlo todo, a olvidarnos de lo que pasó en casa y, sobre todo, a lo que ha estado ocurriendo las últimas semanas en la floristería, con todo el trabajo, la visita de Larry y compañía.

—¿El ajustado?

—Ajá.

Entra a la habitación de invitados, pone la maleta sobre la cama y empieza a rebuscar a ver qué es lo que ha traído. Voy con ella, al igual que lo hace Ketty, quien incluso se sube a la cama para poder observar qué hay dentro.

—¿Vestido o falda? —pregunta.

—¿Qué has cogido?

Saca todas las posibles combinaciones, que no son pocas, por poco se trae el armario entero a cuestas y el zapatero a modo de bolso. Niego con la cabeza a la vez que me siento en la cama.

—Como no te decidas pronto vamos a llegar muy tarde, y ya verás cuando Megan nos vea, nos fulminará con una de esas miradas que tiene.

En estos momentos echo aún más de menos a Victoria, antes éramos las tres quienes salíamos para allá y para acá, a pesar de que no siempre se llevaba bien con Lorraine, y es que tienen caracteres muy parecidos, al final siempre acababan chocando de una forma u otra. Pero bueno, terminaban arreglándolo y disfrutando de las noches que pasábamos juntas, sobre todo después de que Larry desapareciera de su vida.

—Pues lo más seguro es que acabe pasando eso.

—¿Por qué no te piensas las cosas antes de venir?

—Pues porque así tengo tu ayuda. —Ríe.

—Nos ahorraríamos mucho tiempo si lo hicieras, pero claro..., como

necesitas que esté yo ahí como si fuera tu hermana mayor..., pasa lo que pasa.

—¡Ay, déjame!

—Ve a cambiarte, anda.

Después de ver todo lo que había traído y de decidirse, por fin, a vestirse con una falda de tubo negra con un *body* borgoña, conseguimos salir de casa y llegar al *pub* irlandés en el que pasaremos la primera parte de la noche. Megan nos espera en la entrada, con cara de pocos amigos, al final nos hemos retrasado más de lo que debíamos y parece algo enfadada. Yo también lo estaría, aunque más con Lory, que es quien no se decidía a salir con lo que se había puesto.

—Por fin —musita.

Al entrar nos sentamos en una de las mesas que hay al fondo del local. El olor a cerveza y a humedad inunda mis fosas nasales, transportándome a la vieja Irlanda. Hay bastante gente, en realidad hemos tenido suerte de que nos hayan pasado tan pronto, porque los últimos días que hemos venido estaba tan a rebosar que hemos tenido que esperar fuera.

—Suerte que estaba David, ¿verdad? —Sonríe Lory.

Y es que David es uno de esos chicos que siempre tiene en la recamara por si le apetece una noche de pasión y desenfreno. El pobre muchacho mueve el agua al son de los tacones de Lory, y eso a ella le viene de perlas, por lo que en cierto modo se aprovecha de él y de su bondad o, mejor dicho, de los calentones que le provoca mi amiga.

—Pues sí, la verdad es que sí. —Sonríe Megan.

Asiento, a la vez que miro a la barra, con la gente que hay hoy, no creo que vengan a servir a las mesas, así que me tocará acercarme. No creo que ninguna de estas dos sea capaz de traer la bandeja con la bebida sin que se le caiga algo por el camino.

—Aunque... —añade Meg.

—¿Aunque qué?

—¿No crees que estás jugando mucho con él?

—Pues no, él sabe lo que hay y si aun así sigue, es porque quiere —contesta algo altiva—. No le estoy poniendo una pistola en la cabeza para que venga a mi casa cada vez que chasqueo los dedos. —Ríe.

—Ya, eso es verdad —admite Megan.

Las miro, no sé cuál de las dos es peor, aunque cuando se juntan y beben

entonces ya sí que se vuelven como un huracán incontrolable, por lo que tendré que ir con cuidado de lo que se toman o lo que dejan de tomar.

—Aaaamiga —deja ir una sonora carcajada Lory—, ahí está el *quid* de la cuestión.

—Bueno, chicas, ¿qué vais a tomar?

—Lo de siempre —responden las dos al unísono.

Me pongo de pie, en realidad no sé por qué les he preguntado, si siempre que venimos a tomar algo y a cenar aquí todas tomamos lo mismo. Lo único que van variando son las copas después de la cena. Al llegar a la barra miro a todo el mundo, los camareros parecen realmente agobiados, hay mucha gente, por suerte el local es bastante espacioso y hay mesas suficientes.

—Buenas noches, May —Me saluda uno de los chicos, Johan.

—Buenas noches, Jo. —Sonrío.

Johan es uno de los gerentes del local, aunque siempre ha ocupado el puesto de camarero, adora la acción, ¿y qué mejor forma que estando en la barra de su bar? Creo que no hay nada que me estrese más que eso.

—¿Qué tal estás, guapa?

—Pues la verdad es que bien, voy tirando. —Río—. ¿Tú cómo estás? Parece que esta noche se va a llenar y mucho.

—Sí, esta noche vamos a estar a tope. —Hace una mueca—. El resto todo perfecto, y mucho más ahora que te veo.

Me guiña un ojo, Johan siempre ha sido muy adulator, aunque nunca ha ido a nada más, supongo que tan solo quiere ser agradable.

—Gracias. —Intento sonreír—. Quiero lo de siempre, ¿te acuerdas?

—Un Sam Adams, una LB Turkey y una ensalada del chef con ternera, ¿correcto?

Asiento, a ver si se acuerda igual de bien de la bebida.

—Y para beber, dos Murphy's y una O'Hara's tostada, ¿a que sí?

—¡Sí! Todo perfecto.

—Genial, pues te sirvo la bebida y en media horita como mucho, tenéis la cena.

Mientras me prepara lo que he pedido, miro a la gente, cada vez viene alguien distinto, y hoy es una persona a la que ya conozco. Veo cómo Drew aparece por la puerta con dos amigos más, hablando tranquilamente, con esa bonita sonrisa que tiene en los labios, hasta que fija sus ojos en los míos. Entonces, su expresión cambia.

8

Contesta a algo que le han dicho sus amigos y vuelve a fijar su vista en mí, sonrío de medio lado y me guiña un ojo, provocando que una risilla nerviosa se escape de mi interior. Les señala una mesa libre a sus acompañantes y se acerca a donde me encuentro. No puedo evitar mirarle de arriba abajo, se ha vuelto a peinar ligeramente ese tupé que siempre lleva despeinado, y se lo ha echado hacia atrás. Viste con unos vaqueros negros algo desgastados por la parte de la rodilla, una camiseta verde militar y una chaqueta de cuero.

—Vaya, buenas noches —digo, alegremente.

—No esperaba verte aquí.

—Yo tampoco, la verdad... —admito.

Observo esos ojos oscuros como la noche que me atrapan y me incitan a hacer las locuras más perversas de este mundo. Me muerdo el labio inferior, es imposible no hacerlo teniéndolo delante, cualquiera desearía a un hombre así.

—¿Cómo estás? —pregunta algo preocupado.

—Bueno... —Me paso una mano por la nuca—. Bien, ahí ando, intentando superarlo.

—Me alegra oír que estás bien. —Sonríe.

—Sí...

Antes de que pueda decirle nada más, aparece Lory con su desparpajo y su locura ya más que habitual, me toma por el brazo y mira a Drew.

—Hola, soy Lorraine, pero puedes llamarme Lory —se presenta, pícara—. Me suena mucho tu cara, ¿te he visto antes?

Me aguanto la risa al ver cómo se está haciendo la tonta para poder hablar con Drew. Le doy un ligero codazo, para que se deje de tonterías.

—En la floristería, Lory, ha venido varias veces.

—Oh, es verdad. —Asiente—. ¿Has venido solo?

—No, he venido con unos amigos.

Hace una mueca de decepción, y poco después vuelve a hablar.

—Vaya...

—¿Por qué? —pregunta Drew.

—Había pensado que tal vez podrías venirte a nuestra mesa a tomar algo con nosotras, también está Meg, una amiga.

Miro a Lory, ¡está loca! Hay veces que es más bocazas de lo que debería, ya podría haberse quedado calladita, aunque es una buena oportunidad para poder conocer mejor a Drew.

—Bueno, puedo hablar con mis amigos, a ver qué les parece la idea.

—De acuerdo. —Sonríe.

Cuando Lory se marcha a la mesa para no dejar sola a Megan, él se acerca un poco más a mí, para poder hablarme al oído y que me entere de lo que me dice. Ya que la música ha empezado a sonar y esta algo alta.

—Creo que no nos hemos presentado como deberíamos, ¿no? —pregunta.

Mi corazón se desboca al sentirle tan sumamente cerca, y al notar cómo su respiración roza mi piel.

—Tampoco te sientas obligado a venir a tomar algo con nosotras... Tan solo ha sido una idea loca de Lory.

—¿Y tú? —pregunta—. ¿Quieres que vaya?

Sin apartar la mirada de la suya, asiento.

—Entonces está hecho. —Sonríe de medio lado, derritiéndome por completo.

—May —me llama Johan—, aquí tienes.

Me da la bandeja para que pueda llevar todo a la mesa, pero antes de que pueda cogerlo, Drew acapara de nuevo mi atención.

—Por cierto, soy Drew Jones.

Me extiende la mano, y cuando voy a cogerla tira de mí y me da un beso en la mejilla, haciendo que esta se enrojecza como un semáforo.

—María Estévez. —Sonríe como una auténtica tonta.

—Es un placer, María.

Vuelve a besarme en la mejilla y, sin que pueda coger la bandeja, me la quita y la lleva él hasta la mesa en la que se encuentran Lory y Megan.

—Aquí tenéis, chicas.

Me guiña un ojo y tras eso se marcha junto a sus amigos.

—No veas cómo está el camarero —espeta Meg.

—No, nena, no es el camarero —dice Lory—, es el nuevo ligue de nuestra querida jefa.

Desvía la mirada hacia mí y abre los ojos como platos, lo que me hace soltar una carcajada que la escucha hasta Johan.

—¿¡Qué dices!?

—Lo que escuchas —añade Lorraine.

—No es mi ligue, simplemente es un cliente y nos hemos encontrado.

—Ya... Y será que no vas dando palmas esperando a que venga a nuestra mesa.

Le lanzo una mirada fulminante de esas que atravesarían hasta el mismísimo Chuck Norris y pongo los ojos en blanco. No sé quién es peor de las dos, solo sé que no debería haberlas juntado.

Algo menos de una hora después, ya hemos terminado de cenar, igual que han hecho los chicos, quienes ya están sentados alrededor de nuestra mesa. Lean y Jeff son bastante agradables, no dejan de hablar con las chicas mientras Drew no aparta la mirada de mí. Haciendo que todo mi ser hierva, mi corazón se vuelve loco y mi sexo arda en deseos de conocer al suyo, de sentir cómo nos hace sufrir de placer.

—¿Habéis probado la O’Hara’s roja? —pregunta Jeff, dándole un sorbo a la suya.

—Yo sí —contesta Lory, quien es prácticamente experta en cervezas, le encantan, y siempre que venimos se toma una distinta, además de su ya O’Hara’s tostada que de costumbre.

—¿Y qué tal? ¿Te ha gustado?

—A mí me gustan todas, la verdad, aunque la O’Hara’s es mi favorita, en cualquiera de sus vertientes.

Le doy un largo trago a mi Bloody Mary, porque, ¿qué mejor cóctel que uno que lleve mi nombre? Se me había quedado la boca seca, porque eso es lo que él provoca, lo provoca todo. Suspiro, necesito que me dé un poco el aire, por lo que tras disculparme me pongo en pie y salgo del *pub*. Me echo la chaqueta por encima, las manos se me enfrían al momento. En la misma acera en la que se encuentra el *pub* hay unos bancos, por lo que aprovecho para sentarme en uno de ellos. No sé qué tiene Drew que hace que con una sola mirada me quede sin respiración, y realmente no sé qué es lo que debería hacer. Escucho cómo alguien se acerca, miro hacia atrás, con la esperanza de que sea él, pero no, estaba equivocada.

Cuando siento que ya tengo algo más de firmeza en las piernas y que puedo ser capaz de aguantarlas bien cerradas aun teniendo a Drew cerca, me pongo de pie y entro de nuevo en el Beantown. Saludo a Josephine, una de las camareras que están al cargo de Johan.

—¿Todo bien?

—Perfecto, guapísima —responde.

—Me alegro. —Le doy un abrazo.

Tras eso me dirijo al baño, por suerte está completamente vacío. Me miro en el espejo, recoloco el vestido, me lavo las manos, apoyándolas sobre el mármol, y cierro los ojos. Hasta que la puerta se abre, haciendo que me sobresalte y pegue un bote que casi toco el techo. Miro a través del reflejo del espejo que tengo en frente, y veo que es Drew quien me observa con esos ojos oscuros, tan peligrosos como seductores. Un escalofrío me recorre de pies a cabeza, las piernas me tiemblan, pero intento seguir pareciendo entera, porque estoy segura de que este hombre es como un depredador a punto de atacar.

—May...

Se acerca a mí, me toma por la cintura y antes de que pueda hacer nada, soy yo quien hace que de media vuelta y quede pegado al lavamanos. Me pongo de puntillas, ya que aun llevando tacones, Drew es bastante alto, y no soy capaz de llegar a su boca. Sujeta mi cintura, para que no pueda separarme de él, aunque ahora mismo no es precisamente lo que quiero. Tal vez esto no debería estar pasando pero... ¿y qué? ¡Al cuerno las opiniones! ¿Es que una mujer adulta no puede tener una aventurilla sin que la juzguen? Pues sí, sí que puede, y eso voy a hacer.

—Verte con ese vestido me vuelve loco —gruñe en mi oído.

Sonrío al ver que me observa, cómo su lado más primitivo y salvaje sale cuando sus ojos se encuentran con los míos, cuando su piel roza la mía y le ruega que no se separe. Rodeo su cuello con mis brazos y, sin esperar ni un solo segundo más, le beso, ansiosa, como hacía tiempo que no hacía. Nuestras lenguas se unen, danzando a un mismo son, dejando ver una pequeña muestra de lo que nos espera esta noche.

—Eres sencillamente deliciosa, María —susurra.

—Puedo enseñarte cuánto más lo soy. —Sonrío, pícara—. Si quieres.

Drew sonrío a la vez que asiente, no puedo evitar pensar en todo lo que puede llegar a ocurrir si viene esta noche a casa. Me siento ansiosa, y por qué no... estoy demasiado encendida como para volver a esa mesa y fingir que no pasa nada. Cuela una de sus manos por la parte baja de mi vestido, haciendo que quede un poco subido, lo suficiente como para que pueda ver y acariciar el tanga de encaje que me he puesto solo por si algo así ocurría.

—Esto es para mí —murmura.

Hace que de un paso hacia atrás, quedando arrodillado frente a mí. Con dos dedos se cuela por dentro de la delicada tira del tanga y lo baja hasta que queda a la altura de mis rodillas. Puedo sentir mi sexo clamar su atención, cómo cada centímetro de mi piel que él toca arde como el infierno.

—Vamos fuera —me pide.

—Ven a mi casa, di que no me encuentro bien y que tengo que volver.

—Me apetece jugar un poco más contigo, María.

Mis mejillas se encienden, pero aun así acepto el reto, aunque sea durante unos minutos, además tendría que hablar con Lory para que no viniera a mi casa a dormir. Tengo que hacérselo entender de una forma u otra.

Al salir del baño me doy cuenta de que es la única que se ha percatado de ello, por lo que le hago un gesto para que se calle. Drew me lleva cogida de la mano, como si fuera una niña pequeña a punto de cruzar un paso de cebra.

—Eh, guapa, ven a bailar conmigo —escucho que me dice uno de los borrachos babosos que hay en la zona de la barra, a la vez que tira de la mano que tengo suelta.

Este no es un local de baile, pero supongo que ha bebido tanto que ni siquiera sabe dónde está. Sin que nadie se lo espere, Drew se da la vuelta y le planta un buen puñetazo en su mejilla izquierda.

—Será mejor que bailes pero hacia el hospital, borracho de mierda.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Lory asustada cuando llegamos a la mesa.

—Nada, un hombre había bebido demasiado y quería algo que no iba a tener —resumo.

—Pero ¿estás bien?

—Sí, ¿no has visto el golpe que le ha dado Drew?

Todos asienten, perplejos, y aunque el hombre no ha llegado a hacerme nada, estoy segura de que de haber ido sola, habría intentado algo más.

—Lory, no me encuentro muy bien... Creo que voy a marcharme a casa —le explico en voz alta para que todos se enteren—. Drew muy amablemente se ha ofrecido a acercarme en su coche para que no tenga que ir andando sola por la calle.

Abre los ojos como platos, solo ella me entiende cuando hablamos en clave, si en la conversación aparece el «andando sola por la calle» es porque sabemos que algo más va a ocurrir.

—De acuerdo, tu tranquila, mañana paso a verte.

—¿Vamos? —pregunta Drew.

—Sí, nos vamos.

9

Ni siquiera nos hace falta llegar a casa para comernos a besos, durante el fugaz trayecto en coche, no ha dejado de observarme con esa mirada tan penetrante y sensual que tiene. Tiro de una de sus manos hasta que entramos en el ascensor, donde me arrincona contra una de las paredes. Sus manos no dejan de moverse encima de mi ropa, no veo el momento en el que me quede sin nada y sea mi piel lo que acaricie. Un poderoso bulto empieza crecer en sus pantalones, por lo que sonrío, victoriosa.

—No sabes las ganas que tengo de devorarte —susurra nada más cerrar la puerta de casa.

—Pues no las aguantes más. —Le tiento, hasta que siento cómo Ketty choca contra mis piernas y empieza a saltar.

No para quieta, va de un lado para otro, da un salto, corre a por su hueso de jamón y lo trae dejándolo en el suelo.

—Nena, por dios... —le digo, echándola hacia atrás.

Es adorable, me encanta tenerla conmigo, pero hay veces que es demasiado brusca y acaba haciéndome daño. Cuando ve a Drew, empieza a gruñirle, está realmente enfadada, ¿qué demonios le pasa a la perra esta?

—Ketty, para. —La cojo por el collar, lo que hace que se vuelva aún más agresiva—. ¿A mí me vas a gruñir? —Me pongo frente a ella.

Es entonces cuando empieza a darme besos como una loca sin apartar la vista de Drew, quien simplemente nos mira.

—Vale, ya está... Yo creo que te relaciona con el día en el que entraron y por eso se pone así.

—Seguramente. —Sonríe—. La pobre tuvo que pasarlo realmente mal durante esa tarde, recuerdo cómo la vi y... pobrecilla.

Drew intenta acariciarla, pero antes de que pueda hacerlo se gira bruscamente con una mirada asesina de las suyas, además de levantarle el morro para morderle, por suerte es rápido y echa la mano hacia atrás.

—Será mejor que la deje. —Ríe.

Me pongo de pie, se pega a mi espalda y no puedo evitar sentir su duro miembro rozar la parte alta de mi cintura. Posa una de sus manos en mi vientre y va bajando hasta que llega a posarse encima de mi sexo, el cual cada

vez arde con más fuerza, preparado para el momento en el que haga mis deseos realidad.

—Espera, espera —murmuro.

Cojo a Ketty y la encierro en la habitación de invitados, por suerte, Lory ha dejado las cosas medianamente ordenadas y no creo que haya problema en que se quede sola dentro de esta.

—Ahora mejor —susurra contra mi oído.

—Pero aún se puede mejorar.

—¿Tú crees?

Asiento un par de veces, mordiéndome los labios. Este hombre hace que mis bragas se vayan corriendo y antes le hagan una reverencia invitándole a tomar posición entre mis piernas. Y aunque me gusta sentirme así, me hace tener miedo por lo que pueda suceder en un futuro. Desabrocho los dos botones de sus vaqueros, y también le quito el cinturón, pero no llego a bajárselos. Poco a poco voy levantando su camiseta, hasta que acabo quitándosela y tirándola encima del sofá. Paseo mis manos por su fuerte pecho, bajando por sus brazos, hasta que cojo una de sus manos y las coloco sobre mi cintura, del resto se encarga él. Sonríe seductoramente, sin apartar los ojos de mí. Coge el bajo del vestido y lo va subiendo hasta que acaba por deshacerse de él. Me mira de arriba abajo, como si me fuese a devorar, y en realidad, es eso lo que más deseo en estos momentos.

—Madre mía... —murmura.

—¿Qué?

—Eres preciosa —susurra en mi oído—. Estás para comerte enterita y no dejar nada de nada.

Hace que gire sobre mis propios talones y me proporciona una cachetada que hace que dé un paso hacia adelante. Besuquea mi cuello, lo lame, e incluso lo muerde, a la vez que con las manos acaricia mis pechos, los cuales no están nada mal. Me insta a caminar en dirección a la mesa del comedor, me deshago de los tacones, pero entonces se agacha a por ellos.

—Déjatelos —me pide.

Me coge en volandas y me coloca encima de la mesa, apartando las sillas a un lado, me pone los tacones y se lanza a mi boca. Nuestros besos se vuelven cada vez más húmedos, sensuales y salvajes. Intento bajarle los pantalones, aunque es él quien termina haciéndolo, igual que me quita la ropa interior. Acaricia mis muslos, me toma por la cintura y hace que quede en el

borde de la mesa, se arrodilla ante mí y empieza a besar mis piernas, desde los tobillos hasta el interior de estas, llegando a la altura de mi sexo.

Ronronea con una sensualidad que debería ser delito, posa una de sus grandes manos sobre mi monte de Venus, cubriéndolo por completo. Cuela uno de sus dedos, al ver la humedad que ha provocado deja ir un profundo gruñido digno de una bestia.

—Cierra los ojos, May, que vas a volar.

Hago lo que me pide, a la vez que me dejo caer encima de la mesa, abandonándome a los sentidos, a cómo guiará mi placer con sus manos. Pero entonces, en vez de jugar con ellas, cuela su lengua entre mis pliegues, azotando mi pequeño botón. Un escalofrío me recorre de pies a cabeza al sentir cómo no deja de lamerme de arriba abajo, a la vez que adentra uno de sus dedos. Sujeto su cabeza en el sitio perfecto, haciendo que todo mi cuerpo se tense. Se detiene al sentir cómo mis piernas se estiran, se pone de pie y se relame con los ojos fijos en mí. Alza una de sus cejas y sonrío de medio lado, deshaciéndome. Mi corazón late con fuerza y mi respiración se ha vuelto agitada, nerviosa.

—Eres deliciosa, nena. —Me besa.

Se pone en pie, observándome desde las alturas, mientras no deja de tocarme, haciéndome perder la cabeza, provocando que todo mi vello se erice. Estiro el brazo, lo suficiente como para poder masajear su miembro, hasta que no puedo aguantar más. —No quiero eso —digo dándole un golpecillo en su mano.

—Y ¿qué quieres?

—Esto. —Sujeto su miembro con una de mis manos.

Deja ir una sonora carcajada que me embriaga, dejándome extasiada. Saca un condón del bolsillo trasero de su pantalón, dejando a la vista una gran erección completamente preparada para entrar en mí y hacer estragos en todo mi cuerpo. Se coloca el globito y algo de lubricante, a pesar de que está más que claro que no iba a necesitarlo, él lo echa.

—Joder, María —gruñe nada más adentrarse.

Dejo ir un profundo gemido que hace que Drew empiece a bombear ferozmente, haciendo que sienta una fuerte presión en el vientre que me hace pensar en que de un momento a otro me va a partir en dos. No imaginé que fuese a ser tan grande... Dejo ir un leve quejido cuando me embiste hasta el fondo.

—Madre mía... —Jadeo entre suspiros.

—¿Qué, María?

—¡Que no pares!

Sonríe, lobuno, preparado para seguir con su salvaje ataque.

—No voy a hacerlo —susurra contra mi oído.

Me toma por la cintura y empuja cada vez con más fuerza, hasta que me gira como si no fuera más que una muñeca, dejando mi pecho pegado a la mesa, aprieta mi piel sin dejar de moverse, hasta que dejo de sentir una de sus manos que con un rápido movimiento acaba cogiéndome del pelo. Tira ligeramente de él, lo suficiente como para que gire la cabeza y le mire.

—Quiero verte la cara todo el rato —sentencia.

Coloco las manos contra el tablero de la mesa, apoyándome con los antebrazos, suelta la coleta que me recogía el pelo y que ahora ya no es más que una maraña con poca forma. Sale de mí, dejo ir un profundo gemido cuando vuelve a entrar de una sola estocada, haciendo que todo mi cuerpo tiemble.

—Dios... —gruño entre dientes.

El ritmo cambia, se vuelve más lento y delicado, lo que provoca que todo se vuelva aún mayor. A Drew se le escapan varios quejidos y jadeos que hacen que cada vez me ponga más.

«Madre mía, creo que me va a dar algo».

—Joder, joder... —murmura Drew.

Se aparta, lo suficiente como para poder observarme. Me doy la vuelta, su mirada sigue siendo tan salvaje como al principio, incluso más. Muerdo mi labio inferior y me pongo de puntillas para poder llegar a besarle. Entonces me coge en brazos, haciendo que le rodeé con las piernas su cintura. Sin que me lo espere, vuelve a adentrarse entre mis pliegues, me lleva hacia la habitación y, antes de abrir la puerta, hace que mi espalda choque contra esta. Busco la maneta, mientras no deja de besarme, tan apasionada como lentamente. Creo que me voy a deshacer entre sus brazos si sigue así.

Me deja sobre la cama, haciendo que quede totalmente tumbada y él entre mis piernas, se arrodilla en el suelo, tirando de mí para que quede justo en el borde. Separa con cuidado mis piernas, se relame y es entonces cuando vuelve al ataque. Adentra uno de sus dedos, a la vez que no deja de lamer mi pequeño botón, muerdo mi labio inferior. «¡Joder! ¿Por qué se le da tan bien?». Dejo ir un profundo gemido que me rasga la garganta, intento

moverme para que no siga con lo que está haciendo, pero no puedo hacer nada contra sus fuertes y grandes manos, que me sujetan para poder seguir comiéndome. Alza la vista y puedo ver cómo sonrío travieso. Niego con la cabeza, ni siquiera me sale la voz, pero no seré capaz de aguantar mucho más con él entre mis piernas. ¡Madre mía! El orgasmo cada vez está más cerca, mis piernas tiemblan y se tensan, y él que lo sabe, sigue a su rollo, aumentando el ritmo para que no sea capaz de resistirme a todo el placer que me llegará en unos minutos.

—Para, por Dios...

Niega, sin ni siquiera separarse, su lengua es el arma más mortífera de esta Tierra, porque como siga así dos segundos más, acabará por matarme. El momento está llegando, pero la cosa no acaba ahí, sino que empieza a acariciarme con sus dedos y entra de golpe en mí, rompiendo todas y cada una de mis barreras, provocando que la oleada de placer que se acercaba, rompa y me lleve consigo.

—Madre mía... —consigo decir.

Drew sonrío lobuno, no se detiene, haciendo que cientos de gemidos se escapen de mi interior sin que pueda hacer nada por remediarlo. Aun habiendo acabado, cada uno de los quejidos y gemidos hacen que todo vuelva a nacer de nuevo, incluso el deseo de verle correrse por mí.

Me sujeta con aún más fuerza que antes, clavando sus cortas uñas en mi piel, enrojeciéndola, pero no me importa. Estamos tan unidos que incluso nos movemos al mismo son, quiero verle deshacerse de placer igual que lo he hecho yo. Me arrastro ligeramente, hasta apoyarme en el cabecero de la cama y hago que pueda entrar mejor que antes.

—Vamos, Jones —gruño.

Dos minutos después, suelta mi cintura para agarrarme por el pelo sin dejar de bombear en mi interior y, tras eso, deja ir un gutural alarido que me eriza el vello. Siento cómo su cuerpo se tensa y echa hacia atrás la cabeza, dejándose ir por completo.

10

Me desperezo, y es entonces cuando me doy cuenta de que Drew sigue durmiendo en la cama, a mi lado, tan perfecto como cuando está despierto, o incluso más. Parece un ángel. Sonrío, cuando le conocí no pensé que fuese a ocurrir algo así, en aquel bar de carretera cuando volvía de estar en casa de Victoria.

—Buenos días —susurra al abrir los ojos.

—Buenos días, guapo. —Le beso en una mejilla y tras eso vuelvo a taparme.

Él se levanta, se pone los vaqueros que vestía anoche y me mira.

—¿El baño?

—Al fondo del pasillo.

—Perfecto. —Sonríe.

¿Será este el hombre perfecto del que tanto hablan las leyendas? Ese que se despierta de buen humor y aún más hermoso de lo que era cuando se fue a dormir. Suspiro, ojalá todos fueran así, o aunque sea la mitad de buenos que él. Mi móvil suena, es Victoria que me ha escrito un mensaje.

Victoria:

Buenos días, ¿o debería decir tardes?

May:

¡Buenos días, reina!

¡Madre mía! ¡No me había dado cuenta ni siquiera de la hora que es! Hemos dormido como auténticas marmotas, ya verás Lory cuando se entere... Suerte que al final se marchó a su casa como hablamos, y no ha llegado esta mañana.

Victoria:

¿Cómo va la mañana?

May:

Bueno, no me puedo quejar...

Añado un muñequito llorando de la risa.

Victoria:

Vaya, ¿y eso?

May:

Me acabo de levantar.

Dejo ir una carcajada, estoy segura de que ella se ha despertado sobre las ocho de la mañana, le es imposible levantarse más tarde. Aunque eso no quiere decir que no se esté el día en la cama.

Victoria:

¡No veas! Yo me he despertado ya hace rato y ahora estaba sacando cosas de cajas... ¡Qué pereza!

May:

Pereza porque no estoy yo allí para hacerte el trabajo, ¡mala!

Victoria:

Cierto, cierto...

May:

Ya te vale... Me parece muy de mala amiga.

Niego con la cabeza, esta chica nunca cambiará. Es buena, inteligente, elegante, es una joven con grandes valores y, aunque haya veces en los que me de rabia, la sinceridad es uno de ellos y la tengo que querer con eso.

Victoria:

Hombre... ¿Por qué te crees que te invité a venir?

May:

A ver qué sueltas.

Victoria:

Porque eres la mejor amiga que jamás he podido tener, May, por eso.

Mis ojos se llenan de lágrimas, a pesar de ser una pesada, y de que he tenido que cargar más cajas que en toda mi existencia, me he deslomado y me he cruzado el país entero dos veces, ella siempre es y será parte esencial en mi vida, aunque estemos lejos.

May:

Eres tonta... Ains, ya sabes que a mí no me puedes decir esas cosas, que a la mínima me pongo a llorar...

Victoria:

Tú sí que eres tonta, jaja. Bueno, María, te dejo, seguro que tienes cosas que hacer, y yo más.

May:

No te canses, anda.

Suspiro, algo entristecida, me apena no contarle a Victoria lo ocurrido con el sinvergüenza de Larry. Suerte que apareció Drew y le frenó, si no, no sé qué habría ocurrido, lo más seguro es que me hubiera acabado pegando si no le decía lo que quería saber. Aún no comprendo cómo Victoria pudo aguantarlo.

—¿Estás bien? —pregunta Drew.

—Ajá... —digo no muy convencida.

—Eso no me suena muy bien.

Se sienta a mi lado, metiéndose en la cama y apoyándose en la pared, alza un brazo y me indica que me acerque a él. Me abraza, y simplemente me dejo cuidar aunque sea durante un momento y por un extraño. Porque sí, aunque sea cliente de la floristería y me lo haya tirado, sigue siendo un desconocido.

—¿Me contarás lo que te ocurre algún día?

—Algún día, Drew... Ahora no.

Acaricia mis brazos con una delicadeza pasmosa, entrelaza sus dedos en mi pelo, lo peina con cuidado de no hacerme daño y, la mano que le queda libre, la usa para acariciar mis piernas hasta que llega a mi rostro y hacer que le mire.

—Creo que ya sé qué puedo hacer para arreglarlo.

Me besa dulcemente en los labios y acuna mi cara, sin apartar esos ojos negros de los míos. Agradezco que sea así, otro se habría largado anoche nada más terminar, y él no lo ha hecho. Aunque, bueno, no sé si es porque quiere que esto vaya a algo más o simplemente le apetece repetir, que también podría ser.

—Dime.

—¿Qué te parece si voy a por algo de comer y lo hacemos juntos aquí?

La verdad es que me sorprende su propuesta, encantada acepto, no tengo ganas de cocinar y mucho menos de quedarme en casa sola con el tiempo que hace. Las nubes han cubierto el cielo de Boston y de un momento a otro se pondrá a llover.

—Me parece genial.

—¿Sí?

Asiento un par de veces, por lo que sale de la cama y se pone en pie, se viste y se marcha como si nunca hubiera estado aquí.

Ya es más de la una del mediodía, no sé cómo hemos podido dormir tanto, mira que me gusta, pero no tengo ni idea de cómo he aguantado tantísimo. Entonces, me acuerdo de que Ketty no ha salido.

—¡Mierda, mierda! —exclamo.

Me pongo las deportivas y una sudadera, bajaré con el pantalón del pijama mismo, ya que como es negro tampoco se nota mucho que no son unas mallas. Cuando abro la puerta de la habitación en la que estaba, me encuentro con un auténtico asesinato, Ketty ha matado al peluche de Buscando a Nemo que había encima de uno de los somieres, pero bueno, es normal, al tener la costumbre de estar siempre conmigo y que no nos separemos. Le pongo el arnés y la correa, salgo corriendo tan rápido como puedo, tanto que incluso llego a volar por encima de las escaleras.

—Ya está, pequeña... —le digo a la pobre, que no se ha hecho nada en casa.

Suerte que está bien enseñada, pero encima es más buena que ninguna. A

más de uno le gustaría tener a su perro tan bien educado, a pesar de los daños colaterales que hemos tenido con el peluche.

Nada más salir a la calle, alguien me empieza a llamar al móvil, lo saco del bolsillo como puedo, y es que Ketty no deja de tirar como una loca. Lo quiere oler todo. Miro la pantalla antes de cogerlo y me doy cuenta de que es Lory.

—Bueeeenos días —exclama al otro lado del teléfono.

—Buenos días —digo apenas sin ganas.

—¿Qué te pasa, morena? ¿No te has zampado al morenazo?

Dejo ir una sonora carcajada, sin apartar la mirada de Ketty, quien ahora saluda a un cachorrillo de bóxer adorable.

—No me pasa nada, solo que me acabo de levantar y tenía que pasear a la pequeña y ha estado mucho rato aguantando.

—Bueno... —murmura—. Pero vamos a lo que interesa, ¿qué tal con Drew?

Bufo, como le explique lo que ha pasado esta noche en mi cama se vuelve loca e intenta robármelo, que no sería la primera vez que cuando acabo con un chico va ella como un buitre a la carroña.

—Demasiado bien —le resumo—. ¿Vosotros cómo acabasteis la cosa? ¿Alguno se extrañó de que nos marcháramos?

—Hombre, pues todos. —Ríe.

—¿En serio?

—*Sep* —contesta rápidamente—. Pues nada, estuvimos tomando algo en el *pub*, fuimos luego a otro local y Meg se aburrió.

—¿Y?

—Y nada, no hace mucho que Lean y Jeff se han marchado.

Mi mandíbula se desencaja como si fuera la de un dibujo animado, ¿en serio ha dicho lo que acabo de oír?

—¡Serás perra! —La mujer que lleva al cachorro me mira con cara de asustada, por lo que bajo el tono de voz—. ¿Te los has tirado a los dos?

—¿Qué clase de pregunta es esa?

—Pues es la que es, Lorraine Willis.

—Pues claro que me los he tirado —dice tan tranquilamente.

—¿A los dos?

—No, Jeff se ha quedado sentado en la cama leyendo un libro mientras Lean me hacía de todo, ¡no te jode!

—Qué mal hablada eres...

—Y más que puedo ser. —Ríe.

Niego con la cabeza, no tiene remedio alguno. Acabo de pasear a Ketty para que haga sus cosas y me meto en el portal.

—Bueno, luego hablamos, que voy a subir por si vuelve Drew, que ha ido a por algo para que podamos almorzar.

—Muy bien, reina, vuelve a tirártelo, a ver si te quita esa cara de muerta que me llevas últimamente.

11

He estado esperando a Drew durante horas, pero no ha vuelto en ningún momento y ni siquiera ha sido capaz de llamarme, cosa que me enfurece sobremanera. Me siento en el sofá con Katy, que me sigue a todas partes. Sabe que estoy cabreada, y por eso mismo es por lo que se viene conmigo a darme mimos. Me siento tan decepcionada... Ni siquiera sé cómo reaccionar a esto. Jamás me hubiera esperado algo así y mucho menos por parte de alguien como Drew, quien parecía tan íntegro y bueno. Pero supongo que todo no es lo que parece ser.

May:

¿Te puedes creer que Drew ha desaparecido?

Lory:

¿Cómo, cómo?

May:

Pues lo que te digo, Lory, que se ha esfumado... Se ha largado supuestamente a por algo de comida y no ha vuelto.

Lory:

Pero de eso hace ya bastante, ¿no?

May:

Sí.

Añado un emoticono con carita triste, me duele que me haya engañado así y que ni siquiera le haya importado dejarme tirada, así, sin remordimientos, sin preocupaciones. Eso es lo que le ha importado lo que ocurrió anoche. ¿Cómo esperaba que volviera si ni siquiera le conozco? Esto me pasa por ser una ilusa y creer que todo iba a ser bonito a su lado.

—Estúpido Drew...

Dejo ir un bufido, ahora mismo solo siento rabia y tristeza, pero no una tristeza de «Me voy a morir», sino tristeza porque me hayan engañado con tanta facilidad y se haya ido de rositas.

Lory:

Qué fuerte me parece...

May:

Pues anda que a mí...

Lory:

¿Quieres que hable con Jeff? Tal vez él pueda averiguar algo.

May:

No hace falta, no quiero saber nada. Solo espero que la comida le haya sentado mal y se pase el fin de semana amargado en casa.

El teléfono empieza a sonar, es mi amiga quien me llama, por lo que sin pensarlo lo cojo. A ver qué me dice y qué idea se le ocurre a esta loca.

—Pues sí, ahí se le indigeste lo que haya comprado, o se muera de hambre.

—Ya le vale... —murmuro indignada.

—Qué fuerte me parece —dice en voz baja.

—Pues anda que a mí...

Aprieto la mandíbula, aún sin creerme que me haya podido dejar así de tirada, como a una colilla y sin comida.

—Pero ¿tan mal lo hiciste anoche?

—¡Serás capulla! —exclamo.

—Hombre... Quién sabe, a lo mejor por eso ha huido.

—Ya verás cómo te haga huir a ti, pero a hostias —gruño.

Escucho a Lorraine reírse como una loca al otro lado del teléfono, mientras acaricio a Ketty, que no deja de roncar a mi lado y se despierta cuando paro de acariciarla, es más lista que nadie.

—¡Lo decía en broma!

—Ya, claro.

—Bueno, tú no te preocupes, ya llegará un buen maromo que te sepa cuidar, además... —hace una pausa—, te lo has tirado, así que... ¡Que te quiten lo *bailao*!

—En eso tienes razón...

—Pues ya está, chica, deja de comerte la cabeza.

—Voy a ver si hago de comer... —murmuro.

Lory se queda callada, pensando en algo, y cuando ella piensa las cosas no suelen acabar del todo bien.

—¿Te apetece japonés? Estaba a punto de pedir para comer.

—Bueno...

—¡Consultorio JF al rescate!

—¿JF?

—Sí, nena, jamacucos y fluses.

—Estás como una cabra —admito.

—Lo sé, por eso me adoras.

Terminamos de hablar, por suerte aún teniendo a Victoria lejos, aquí me queda una gran amiga como lo es Lory, aunque esté loca de remate y su trabajo haya veces que se vuelva algo complicado. Miro el móvil, ni una sola

llamada de Drew, ni siquiera un WhatsApp o un SMS. Algo más de media hora después, alguien llama al timbre, y cuando voy a abrir mi sorpresa es aún mayor que la que había sentido hacía unos minutos.

—¿Qué haces aquí?

—¿Perdona?

—Responde.

Drew hace una mueca al ver que no estoy para juegos. ¿En serio ahora se presenta en mi casa esperando que le atienda como si nada? No lo comprendo, de verdad que no soy capaz de entenderlo.

—Drew, de verdad... ¿Dos horas para ir a buscar comida? ¿Dos putas horas?

—María, yo...

—Ni tú ni nada.

Entonces veo cómo Lorraine aparece al final del pasillo, con un par de bolsas colgadas de los brazos y cómo su expresión cambia cuando le ve, pasando a ser de pocos amigos. Le da un ligero empujón, lo suficiente como para hacerle a un lado y poder entrar en mi apartamento.

—Será mejor que te vayas —le dice Lory.

—Sí...

—May... Lo siento.

Y sin esperar a que diga nada más, le cierro la puerta en los morros.

Lunes, lunes, lunes... Unos días después volvemos a la floristería y, a pesar de que se me ha pasado el fin de semana como si fuera un suspiro, tengo ganas de retomar la acción, la actividad del día a día me mantiene distraída. En cierto modo podría decir que me gusta mi rutina, el levantarme, pasear a Kitty, café e irme para el trabajo, conocer a gente nueva, crear nuevas composiciones... Todo. Adoro mi trabajo y poder disfrutar de lo que hago.

Hace bastante que no sé nada de Drew, aunque la verdad es que después de lo que pasó la otra semana, no sé ni siquiera si quiero hacerlo. Pero algo me dice que él tampoco tiene muchas ganas de verme, no se ha pasado por la floristería en todos esos días. Suspiro, guardo las llaves en el bolso y sujeto como puedo la verja, a duras penas, para que no se me caiga encima, cuando creo que la reja se sujeta sola y voy a abrir la puerta, escucho un pequeño crujido que me espanta.

—¡Mierda, mierda! —grito intentando empujar la puerta—. ¡Ábrete!

Le doy con el pie pero ni así puedo conseguirlo. Empieza a bajar tan rápido que ni siquiera me da tiempo a echar la puerta abajo para poder meterme dentro, pero entonces alguien la sujeta. Haciendo que mi corazón vuelva a latir y que mis pulmones se llenen de nuevo.

—Joder... —Alargo la primera vocal.

—¿Estás bien?

Me giro, sin haber reconocido la voz, y me encuentro con un chico que se parece más a Thor que a un humano cualquiera. Le había visto en alguna que otra ocasión pero aún así no puedo evitar fijarme de nuevo en cada uno de sus rasgos divinos, es alto, rozando los dos metros, musculado, ojos claros, con el pelo a la altura del hombro y rubio como los rayos del sol. Me quedo asombrada al ver cómo sus fuertes brazos sujetan la verja.

—Eh... Sí, gracias —murmuro atontada.

Ni siquiera sé cómo me ha podido salir la voz viendo a este hombretón tan cerca de mí, ¡madre mía! Si es que podría ser modelo, deberían de hacerle incluso una puñetera estatua para que todo el mundo pudiera observarle. Bueno... Tal vez la estatua no, pero todo el mundo debería poder ver a un dios como este.

—De nada. —Sonríe, mostrándome su blanca dentadura—. Podría haberte aplastado, deberías ir con más de cuidado.

—Sí, la verdad es que sí, debería haber vigilado un poco... —me excuso—. Muchas gracias, de verdad.

—Si puedo ayudarte en algo más... Estoy allí —dice señalando la ferretería de la calle de en frente.

Le miro de arriba abajo, y cómo la camiseta le queda prácticamente pegada a sus músculos, haciendo que me entren ganas de acariciar todo su pecho y sobarle hasta que me canse.

—De acuerdo. —Sonrío—. Gracias, de nuevo.

Giro levemente, miro por el rabillo del ojo y veo cómo Drew cruza por el paso de cebra, por lo que me abrazo al desconocido inmediatamente, intentando darle celos, todo ello sin pensar en nada más. Al perderle de vista, me separo de él, quien vuelve a sonreír y se marcha.

—Eh... —murmura el dios hecho humano, sin saber qué decir.

—Lo siento —digo en voz baja al separarme de él.

Esbozo una amplia sonrisa en mis labios, sin dejar de vigilar a Drew

desde la distancia.

—Gracias por ayudarme.

—No hay de qué. —Sonríe—. Bueno, es mejor que vuelva ya a la tienda.

—Ya nos veremos.

Con la reja arriba, me meto en el local, cerrando la puerta con llave para que nadie pueda entrar, y dejo el cartel de cerrado, hasta dentro de media hora no estará abierto. Cuelgo el bolso en el perchero que hay tras la puerta del despacho, miro las plantas y riego aquellas que están en tiestos, ya que el resto las donamos, no se pueden vender cuando ya han pasado un par de días, no están frescas y al Massachusetts General Hospital no le va nada mal un poco de alegría en sus salas comunes y en las habitaciones. Todo se ve mejor cuando hay un poco de color y frescura en un sitio tan frío como lo es un sitio así.

El teléfono de la floristería empieza a sonar, qué raro... Salgo del despacho, miro el número pero no aparece, tan solo las palabras «No disponible» se escriben en la pequeña pantalla y atiendo a la llamada.

—¿Sí?

—¿María? —escucho decir a Drew al otro lado.

—¿Qué quieres?

—Hablar contigo, sé que me has visto hace un momento en la calle —murmura.

No digo nada, intento pensar en algo coherente que decirle, pero nada se me ocurre a estas horas de la mañana.

—Oh, ¿estabas en la calle?

—Sí, María... —dice con pesar.

—Y ¿qué es lo que quieres, Drew? —pregunto, intentando hacerme la dura, pero la verdad es que tan solo escuchándole, mi corazoncito se reblandece.

—Hablar contigo, quiero explicarte lo que pasó el otro día.

12

Abro la puerta para que pueda entrar, la cierra con llave y le hago pasar a través del cuarto de confección hasta el despacho. Me siento frente al escritorio, esperando que él haga lo mismo al otro lado, pero no lo hace, simplemente se coloca a mi espalda y empieza a masajear mis hombros.

—Drew...

—¿Qué, María?

Intento parecer dura, o por lo menos coger aliento para intentar serlo, aunque cuando te están haciendo un masaje no puedes tener mucha voluntad, o por lo menos a mí me suele pasar.

—Cuéntame qué es lo que ocurrió.

Suspiro al sentir cómo sus grandes manos alivian mis cargados hombros después de cargar cientos de cubos llenos de flores, macetas con distintos tamaños y plantas durante tanto tiempo.

—Cuando salí de tu casa para ir a por algo de comida, me llamó uno de mis clientes, necesitaba que fuese urgentemente a su casa —me explica—. Como comprenderás no puedo decirte de qué ese trataba la emergencia...

—No, no...

—Tuve que ir rápidamente, estuve más de una hora, me hubiera gustado avisarte, pero simplemente no caí en ello, y olvidé el teléfono en el coche al llegar allí.

—Ajá...

—Y bueno, cuando volví, ya sabes lo que ocurrió.

Bajo la vista, no me porté nada bien con él, debí haberle escuchado cuando vino a casa y no haberle cerrado la puerta en los morros.

—Lo siento...

—No pasa nada. —Me besa en la mejilla—. Es normal que reaccionaras así, yo también lo hubiera hecho —añade—, supongo.

Hace que la silla gire noventa grados, lo suficiente como para que quede frente a él, hago una mueca, algo entristecida. Me siento mal al ver cómo me comporté, debí hacerle daño al no escuchar lo que quería decirme, tenía una razón importante para no haber aparecido. Suspiro, coloca uno de su dedo índice bajo mi barbilla y alza mi rostro, por lo que no puedo evitar sonreír.

—No pasa nada. —Sonríe.

Me besa apasionadamente, haciendo que mi corazón empiece a latir cada vez con más fuerza, toma mis manos, sus besos se mezclan con el desenfreno que mi mente empieza a imaginar. Se arrodilla frente a mí, acariciando mis piernas, igual que lo hace con mis pechos, y cuela sus manos debajo de mi camiseta. Me pongo en pie y hago que él también se levante, doy un paso hacia atrás, apoyándome en la mesa. Drew sonríe contra mi boca, provocando que un escalofrío me recorra de pies a cabeza.

—¿Me perdonas?

Asiento un par de veces subiéndome al escritorio y acercándole un poco más a mí.

—¿Y tú a mí?

—Me lo pensaré. —Me guiña un ojo.

Me río, estoy segura de que encontraré alguna forma de hacer que se piense más rápido y acabe perdonándome. Fija sus ojos en mí, observándome divertido, dibujando una mueca en su rostro que hace que deje ir una carcajada. Mueve la cabeza diciéndome que no, y vuelve a besarme, callándome y haciendo que olvide todo lo que rondaba mi mente.

—Ahora ya no hay nada de qué hablar.

Se aparta ligeramente y me lanza una mirada peligrosa que me eriza todo el vello. Sube un poco la camiseta, acariciando mi vientre con mimo. Besa mi cuello, baja hasta mi hombro, dando pequeños mordiscos y resiguiendo mi clavícula con su lengua. Dejo ir un leve gemido que me delata y hace que el ataque de Drew se vuelva mayor. Se deshace de la camiseta, levanta la falda de patinadora negra y con un rápido movimiento baja mi ropa interior junto a las medias, arremolinándolas en mis tobillos. Hace algo parecido con sus pantalones y calzoncillos, dejando al aire una notable erección que clama mi atención y mi calor.

Tomo su miembro y lo guío hacia mi entrada, ansiosa por tenerle en mi interior. Antes de entrar, acaricia mi sexo, torturando mi abultado botón, viendo cómo poco a poco me deshago entre sus grandes manos. Tiro de su cintura, por lo que acaba ensartándome de una sola estocada, erizando todo mi vello.

—Quiero...

—¿Qué quieres, pequeño? —le pregunto, imitándolo.

Sonríe lobuno, con esa picardía que solo él tiene y que hace que me

parezca terriblemente irresistible.

—Hacértelo tan rápido y fuerte que no puedas dejar de gritar mi nombre.

—Pues ya sabes. —Le guiño un ojo.

Antes de que pueda decir nada más, empieza su brutal ataque, y por un momento me da la sensación de que, como no se detenga, me va a partir en dos sin que pueda hacer nada por remediarlo. Dejo ir un profundo gemido, arqueo la espalda y, aún sujeta por una de sus manos, echo la cabeza hacia atrás, dejándome llevar por todo lo que me abrumba en estos momentos. Cierro los ojos y enredo mis dedos en su pelo, coge mis caderas, apretándolas, e incluso llega a clavar sus cortas uñas en mi piel.

—Eres tan exquisita —gruñe en mi oído.

Besa mi mejilla derecha y vuelve a atacar mi boca, ansioso y salvaje, mordiendo mi labio inferior, haciendo que varios gimoteos que le divierten sobremanera salgan de mi garganta. Separa sus labios de los míos, abre un poco más mis piernas, coge como puede la silla y se sienta. Saliendo de mi interior, acerca su boca a mi sexo y lo lame con tanto furor como delicadeza. Mis piernas se tensan al notar cómo su lengua sube y baja, cada vez con más velocidad y precisión.

—Dios —murmuro.

Me tumbo sobre la mesa, mientras él me acerca un poco más hacia su boca, para volver a atacar mi pequeño abultado botón. No dejo que se aparte, paseo los dedos por su pelo y lo mantengo hasta que siento cómo todo el cuerpo tiembla, esperando a que la gran oleada de placer que se acerca acabe rompiendo, haciendo que no pueda más y cientos de gemidos se me escapen.

—Mmmm... —dice en voz baja—, eres deliciosa, María.

Le miro como puedo, sin apenas poder moverme, no tengo fuerza para nada. Se relame sin apartar los ojos de los míos, se sube los calzoncillos y los pantalones, por lo que hago una mueca.

—¿Y tú? —pregunto.

—Da igual, yo puedo esperar. —Besa mi frente.

—No pasa nada.

Me recoloco las braguitas y las medias, además de bajarme un poco la falda, estirándola para que no se quede arrugada.

—Nos vemos esta noche y me compensas, ¿sí? —Me mira seductor.

—Bueno... Vale. —Acepto.

Antes de salir me lanza un último vistazo y sonrío de medio lado,

guiñándome un ojo. Cuando se marcha del despacho, me dejo caer en la silla del escritorio, escuchando cómo el tintineo de la puerta me avisa de que Drew ha salido de la floristería. Dejo ir un suspiro a la vez que me paso la mano por el pelo, intentando devolverlo a su forma, aunque al final acabo recogéndolo en una coleta alta. Mejor así que ir con los pelos de loca con los que me he quedado después de este fugaz encuentro.

Voy a por mi móvil, buscando en el bolso, hoy Victoria ha empezado su nueva etapa en las oficinas de Cellos en Boston y me comentó que le tocaría trabajar con Alysha, una arpía de mucho cuidado. Necesitará mucha paciencia para aguantar a alguien como ella.

Después de hablar con mi amiga durante un buen rato, es hora de ponerse a trabajar. Anoche llegaron varios encargos que tienen que estar preparados para mañana a primera hora, por lo que habrá que dejarlos montados. Al ponerme de pie me doy cuenta de que en el suelo hay una tarjeta de una agencia de viajes, ¿es que Drew piensa viajar a algún lado? Alzo los hombros, tampoco es algo que me incumba a mí, pero ahora me ha dejado con la intriga.

—May —escucho como me llama alguien a la vez que golpea la puerta de la entrada.

Me asomo ligeramente, lo necesario para poder ver bien quién es. Visualizo a una mujer pelirroja a la que no creo conocer, tiene una pinta un poco... extraña. Salgo de la sala de confección, y le abro para ver qué es lo que quiere.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarle?

La mujer tiene la cara ligeramente manchada con algo oscuro que no consigo reconocer, lo que hace que mi vello se erice. Se pasa una mano por sus rizos y se pone la capucha de su sudadera negra.

—No te fíes de ese hombre, María Estévez. No lo hagas —dice mirándome a los ojos.— Aléjate —sisea.

Me coge de la muñeca con una fuerza que no me esperaba, tira de mí, lo suficiente como para que pueda oler el hedor que emana de su boca y de todo su ser. «¡Qué asco! ¡Por Dios! Creo que voy a vomitar», pienso para mí misma.

—Suéltame —le pido intentando que mis nervios no se descontroren.

—No te dejes engañar, niña —dice en voz baja.

—Eh, ¡suéltala! —escucho como grita el Thor de San Francisco que me

ha salvado de morir aplastada esta mañana cuando apenas podía aguantar la verja.

La pelirroja se gira de golpe, como una auténtica loca, para fulminarle con una mirada asesina. Al ver cómo empieza a cercarse vuelve a mirarme.

—Acuérdate —murmura—, y aléjate de él, que no te haga daño.

Sin decir nada más, y aun vigilando al rubio de la otra acera, se marcha dejándome confusa y con un mal cuerpo bastante importante, me han vuelto las ganas de vomitar, y solo puedo aguantarme. Se me ha revuelto hasta el estómago... «¿Por qué toda persona rara tiene que venir a mí?», pienso. Por alguna extraña razón, toda la gente un poco *chifli* viene a por mí, debo tener un imán o algo, si no, no lo entiendo.

—¿Todo bien? —Alza la voz Thor, desde el otro lado de la calle.

—Sí. —Levanto el pulgar.

Entro de nuevo en la floristería, vuelvo a cerrar la puerta de la entrada con llave, aprovecharé para adelantar el trabajo hasta que venga Lory, después de lo ocurrido con esa mujer, no me siento segura estando aquí sola, aunque la verdad es que Lorraine tampoco es que sea de gran ayuda, pero por lo menos serviría de testigo.

El móvil suena, nuevo email, probablemente un nuevo pedido. Abro el mensaje y me encuentro con lo que esperaba, lo apunto en mi pequeña agenda para que no se me olvide nada. Últimamente todo el mundo pide rosas, de estos tres nuevos pedidos que tengo hoy, dos de ellos piden esa misma flor. Al final nos quedaremos sin existencias.

Escucho cómo alguien intenta entrar, de nuevo, golpeando la puerta con fuerza, haciendo que dé un bote que casi toco el techo con la cabeza del susto que me doy. ¿Quién demonios es? Y ¿por qué le da con esa violencia?

13

—¡Por Dios! —grito al verla aporrear el cristal—. ¡Para ya! ¡Estás loca!
¿Qué mierda te pasa en la cabeza, Lory?

—Pensaba que te había pasado algo —grita desde el otro lado.

—¡Pero tampoco es para ponerse así!

—¡Quieres abrirme la puerta de una puñetera vez!

—Vale —digo alargando la primera vocal.

Cojo las llaves y le dejo pasar, haciendo una mueca, aún no me he quitado el susto de encima que me ha dejado la otra mujer y que ahora ha reavivado Lory. Suelta el bolso sobre el mostrador y se deja caer en la silla que hay al otro lado de este.

—Qué cansada estoy —murmura a la vez que se pasa una de sus manos por el pelo.

—¿Cansada? —pregunto—. ¿Tú?

—Sí, ¿por qué?

La miro alzando una de mis cejas, «¿en serio está diciendo que ella es la que está cansada?». No lo entiendo, esta chavala siempre está cansada, si por ella fuera se pasaría la vida entera en la cama, durmiendo o lo que no es dormir.

—Guarda el bolso, anda.

—Voy —dice alargando la vocal.

Me mira, me saca la lengua y luego me hace la burla, como ha hecho cientos de veces y que cada vez me saca más de quicio.

—Déjate de tonterías, anda.

—No veas cómo te has levantado hoy, ¿eh?

—Mejor de lo que crees.

—Uy, uy, ¿y eso?

Guarda el bolso en el armario de la sala de confección y vuelve a salir corriendo a donde estoy para que le explique qué es lo que ha pasado esta mañana para que esté así.

—No es nada.

—¿No?

Niego con la cabeza, Lory es una buena amiga, pero también es cierto que

no siempre me apetece contarle todo lo que pasa en mi vida, con quien me acuesto o cuando lo hago.

—¿Segura? —insiste.

Asiento dos veces, mientras sigo revisando mi agenda.

—Venga, no seas así de rancia, cuéntame qué ha pasado para que estés así.

Le digo que no con la cabeza, y es cuando recibo un WhatsApp de Drew, por lo que me es imposible no sonreír de oreja a oreja.

Drew:

Te paso a buscar esta noche a las ocho, te esperaré frente a la portería de tu apartamento a esa hora.

Sin pensármelo dos veces, respondo de inmediato.

May:
Perfecto.

Drew:

No te canses mucho durante la mañana, ya te cansaré yo por la noche.

Añade un emoticono que me guiña un ojo, lo que hace que el ansia porque llegue esta noche crezca cada vez más.

May:

Espero que así sea.

Releo el último mensaje y le añado una carita que mira seductoramente y otra que le lanza un beso.

—¿Drew? —pregunta la voz de Lory de fondo.

—¿Cómo lo sabes?

—Por esa sonrisilla tonta que se te ha dibujado en la boca.

Deja ir una sonora carcajada que hace que mi gesto cambie por completo y pongo los ojos en blanco.

—No me seas así, anda —murmura—, ese hombre te gusta, ¿eh?

—Sí.

Mis mejillas se sonrojan, Drew tiene algo especial, un toque de misterio, de dulzura y de sensualidad que me hace perder la cabeza. Todo eso a pesar de lo que ocurrió el otro día, aun así me gusta demasiado como para ignorar las señales del destino. Tal vez sea él, el hombre que quería en mi vida.

—¿Cuánto te gusta?

—Bastante.

—Entonces...

—¿Qué?

Algo me dice que lo que va a salir por su boca va a ser una tontería tan grande como todo el sistema solar. No sé cómo se le pueden ocurrir

semejantes gilipollecés, ni cómo su cerebro es capaz de dejarlas ir así como así.

—No me lo puedo... beneficiar, ¿no?

—¡No! ¡Claro que no! —exclamo.

Pensaba que iba a ser algo grande, pero lo que ha soltado ha sido aún más de lo que me esperaba, lo peor es que se ha quedado tan pancha. No puede tener las piernas cerradas, parece que le es imposible, tendrá que pegárselas con Super Glue.

—Vaya... —dice mordiendo el capuchón de un bolígrafo.

—Déjate de tonterías —gruño—, prepara los dos encargos pendientes que hay apuntados en la agenda.

—De acuerdo.

Frunce el ceño, odia que le corte el rollo, pero es lo que me toca, soy su jefa no solo su amiga y si no soy yo la que pone orden, ¿quién lo hará? Ella estoy segura de que no.

—Oye, May —me llama—, la cuerda de yute no está en el primer cajón, ¿dónde la has guardado?

«¡Mierda! ¡Ya no me acordaba!», ayer terminamos la cuerda y no se me ha ocurrido reponerla, ahora me tocará ir a por un rollo.

—Ahora te la traigo.

Cojo el monedero y salgo de la floristería, ¿dónde demonios puedo ir a comprar el yute? Siempre lo hemos comprado por internet, no tengo ni idea de dónde pueden venderlo, miro para todos lados y es cuando recuerdo que en la acera de en frente está la ferretería en la que trabaja el Thor de San Francisco, por lo que me voy de cabeza allí. ¡Así aunque sea me alegro la vista!

Cruzo la calle de mala manera, no debería de haberlo hecho, pero no puedo perder el tiempo esperando a que un semáforo se ponga en verde. Alzo la vista y me encuentro con un gran rótulo que pone: Ferretería Brown. Al entrar, me encuentro a un hombre de avanzada edad, con una barba frondosa y sentado frente al mostrador, el cual me sonríe al verme.

—Buenos días, chiquilla. —Me saluda.

—Buenos días. —Le devuelvo la sonrisa.

El local es un poco antiguo, con altas estanterías y poca luminosidad, se nota que lleva toda la vida aquí.

—¿Qué necesitas?

—Estaba buscando cuerda de yute.

—Ajá.

Mira hacia uno de los lados, pero no parece encontrar lo que necesita, por lo que intenta ponerse en pie.

—Carter —llama a alguien—, Carter, ven aquí.

—Voy, abuelo —escucho cómo le contesta.

Dos minutos después aparece el joven rubio de cuerpo hercúleo y de apariencia divina que me ha ayudado esta mañana, con varias herramientas en la mano, un lápiz sobre la oreja izquierda y con algo de alambre colgando de una de las trabillas del vaquero, cosa que no comprendo del todo pero que me hace gracia, por lo que esbozo una sonrisa.

—Oh —murmura al verme—, hola.

—Hola.

—May, ¿verdad?

—Ajá —contesto a la vez que asiento.

No puedo dejar de observar cada uno de esos músculos que dibuja su estrecha camiseta gris y que hace que no pueda dejar nada a la imaginación. ¡Vaya cuerpo tiene! Alzo la mirada cuando escucho que carraspea, y por un momento siento mis mofletes volviendo a sonrojarse, «¡por Dios, qué vergüenza!», pienso.

—¿Qué necesitas? —pregunta cordial.

—Quería un ovillo de cuerda de yute.

—De acuerdo, ahora te traigo lo que tenemos —contesta amablemente—. Espérame en la mesa de allí. —Señala el final del mostrador.

Asiento y con la mano me despido momentáneamente del hombre, quien sigue mirándome con los ojos brillantes y alegres como jamás había visto. Me guardo el móvil en el bolsillo trasero, ya que lo llevaba en la mano.

Miro todo lo que me envuelve, este lugar parece estar lleno de tesoros, no solo es una ferretería, tiene cosas de todo tipo, incluso algunas cajas de hojalata usadas para la publicidad, otras tremendamente preciosas con grabados que las hacen únicas, o por lo menos lo son ante mis ojos.

—Aquí llego —dice Carter.

Lleva varios ovillos en las manos y aguantados contra su pecho. Son todos de yute, pero con diferentes diámetros de la cuerda, o eso supongo. Los deja sobre la mesa y trae un metro, aquí parece que todo se hace a mano.

—Mira, tenemos varios tamaños de cuerda, además de diámetro, y

también he encontrado una imitación al yute que tal vez pueda interesarte — me explica—. Aunque mi favorito es este —dice tendiéndome un trocito de cuerda.

Corta un trozo de cada uno de los rollos que ha traído para que pueda ver la diferencia que hay entre ellos, y especialmente con el que es una imitación que parece de plástico.

—¿Para qué lo necesitas?

—Es para adornar los ramos de la floristería.

Asiente un par de veces y mira tres de los trozos que tiene entre las manos. Una mueca se dibuja en sus labios.

—Si fuera tú, me llevaría o la de dos milímetros o la de tres, aunque si no quieres que quede nada basto, llévate la de dos.

No puedo apartar la mirada de él, realmente parece un dios nórdico bajado desde el mismísimo cielo, creado para dejarse ir y perder la cabeza a su lado.

—Perfecto —consigo decir.

Inconscientemente me muerdo el labio inferior, sin dejar de observar esos fuertes brazos que tiene y que es imposible disimular bajo la camisa que lleva. Cojo aire, intentando calmar el fuego interno que me pide que salte el mostrador y le plante un beso en esos carnosos labios.

—¿Te llevas la de dos?

—Ehm... —murmuro—, sí, creo que esa me irá genial.

—Bueno, si no es así solo tienes que venir. —Sonríe.

Durante unos segundos permanezco embobada, esa blanca sonrisa no hace más que empeorarlo todo, ¡es irresistible!

—Te la cambiaremos sin ningún problema —añade.

—Muchas gracias, Carter.

—¿Nos vemos luego? —pregunta.

—Claro.

Después de haber dejado el yute en la floristería, me acerco a una de las panaderías que hay por la zona, quiero comprar algo para desayunar, y así de paso agradecerle a Carter lo que ha hecho hoy por mí, me ha salvado dos veces, la primera de morir chafada como un mosquito, y la segunda, de tener que decirle a Lorraine que se esperara para hacer los ramos. Lo que supondría haber tenido un retraso bastante importante como para después poder salir adelante con normalidad y llegar a la fecha.

Compro un par de bolsas de cruasanes, una con diferentes variedades, por

si no les gustan los normales, y otra con unos cuantos de chocolate para Lory y para mí, que la pobre debe de estar hasta el moño de montar los ramos a la perfección, porque a pesar de que muchas veces se distrae, siempre saca el trabajo perfecto, cuando se pone, claro está, hay otras en las que se le va el santo al cielo.

—Vaya —exclama—. ¿Y esto?

Me mira extrañada, igual que supongo que hará Carter, pero bueno.

—Es un premio por el buen trabajo.

—Voy a tener que trabajar siempre así de bien, entonces —dice con medio cruasán ya en la boca.

—Eres una ansias...

—Lo sé —contesta nada más comérselo—, pero ya sabes que no puedo resistirme a la bollería, es mi perdición, como los hombres.

Niego con la cabeza, esta chica no tiene remedio, pero bueno, habrá que quererla igual, aunque sea un desastre con patas, algo positivo siempre sale de ella.

—Ahora vengo.

Sin decirle nada más, salgo de la floristería y me encamino hacia la ferretería de los Brown, estoy segura de que se llevarán una grata sorpresa. Abro la puerta y me encuentro a abuelo de Carter con los ojos muy abiertos y agarrándose el pecho. ¡Le está dando un ataque!

—Carter, Carter —le llamo—. ¡Carter! —chillo.

La bolsa de cruasanes se me cae al suelo, pero ahora nada de eso importa, saco el teléfono y, tan rápido como puedo, intentando que no se me caiga también, marco el número de emergencia para que vengan lo más rápido posible.

14

La ambulancia no tarda en llegar. Por suerte, Carter ha sido capaz de ayudar a su abuelo gracias a los conocimientos básicos de primeros auxilios con los que cuenta, si no, no sé qué habría pasado con él. Lo más seguro es que Emmett hubiera muerto.

—Joder... —gruñe Carter entre dientes.

Está muy nervioso, se sienta donde se encontraba antes su abuelo, se pasa una mano por su pelo dorado y deja ir un profundo bufido. Cierra los ojos con fuerza, enterrando su rostro entre las manos. Me agacho frente a él, apoyándome en sus rodillas. Aún no sé nada de él, ni siquiera sé su edad, pero no me importa, hay algo que me hace estar a su lado, sentir la necesidad de no separarme de él. Mi interior se ha vuelto invadido por una pena terrible, verle así de derrotado, me duele.

—¿Estás bien?

Alza la cabeza, su gesto es serio y triste. Carter es un hombre duro, o eso aparenta, pero estoy segura de que hay un enorme corazón escondido bajo ese fuerte y musculado pecho.

—No, la verdad es que no, mi abuelo lo es todo para mí.

—Tranquilo, ya verás como pronto se recuperará.

—Ya... Bueno, en realidad sé que es un gran luchador y que no se dejará menguar, pero ya es mayor y el tiempo pasa para todos por igual —contesta con dolor.

—Se mejorará pronto, todos podremos verlo.

—Eso espero...

Le doy un par de golpecillos en el hombro y me pongo de pie, igual que lo hace él cuando me ve. Sus ojos claros brillan aguantando las lágrimas contenidas que no logran escaparse.

—¿Quieres que te acompañe?

—No es necesario, May. —Hace mueca—. Te lo agradezco, además, tendrás tu trabajo y no quiero que pierdas el tiempo.

—No es problema...

Niega con la cabeza, pero no parece que vaya a cambiar de opinión así como así.

—No te preocupes. —Intenta sonreír—. Solo necesito una cosa.

—Claro, dime.

—Necesitaría que cerraras la ferretería y que guardaras las llaves hasta que yo vuelva a por ellas.

«¿Qué le guarde las llaves?», me extraño. No entiendo cómo realmente es capaz de confiar en alguien que no conoce como para dejarle la llave de su negocio así como así, es raro. A mí me costaría hacerlo, pero, bueno, cada uno es distinto a los demás.

—Claro, tranquilo, yo me encargo.

Me besa en la mejilla derecha, sonrío levemente y coge la bolsa de bollos que les he traído.

—Los cruasanes me los llevo, por si acaso.

Dejo ir una carcajada, por lo menos es capaz de tomarse con un poquito más de tranquilidad lo que ha pasado.

—Por cierto, soy Carter Brown.

Me guiña un ojo antes de salir de la ferretería, robando parte de mi corazón y haciéndome sentir algo confusa. Miro atontada cómo se marcha en la ambulancia junto a su pobre abuelo.

Cuando desaparece de mi vista, mezclándose entre los cientos de coches que cruzan las carreteras de San Francisco, me quedo ahí paralizada, hasta que decido que no puedo seguir aquí como una tonta, cierro la ferretería y me voy para mi adorado trabajo, aún sin entender muy bien lo que acaba de pasar.

—¿Dónde estabas? —pregunta Lory curiosa al verme entrar.

—El abuelo de Brown ha sufrido un ataque.

Tuerce el gesto y poco después alza las cejas.

—¿El de la ferretería? —pregunta extrañada.

—Ajá. —Asiento.

—¿El que tiene un nieto que está para mojar pan? —pregunta en una exclamación—. Está para mojar pan y cualquier cosa, porque no veas...

—¡Qué sí! Ese, ya te lo he dicho, ese es.

Niego a la vez que dejo ir un bufido. Cojo un cruasán y me lo meto en la boca, por suerte me ha guardado un par, aunque es raro que no se los haya comido todos de golpe nada más traerlos, conociéndola.

—Pues vaya, pobre hombre.

—Ya ves...

—Y pobre nieto, ¿no necesitará a alguien que le consuele? Porque yo iba encantada, con lo bueno que está...

Esta chavala no tiene remedio, hay veces que con sus comentarios me saca de quicio, es incapaz de cerrar la boca y acaba haciéndose incluso pesada.

—Tengo ojos, Lory.

—Así que a ti también te parece irresistible, ¿no?

—No sé si diría irresistible.

—Claro que lo dirías.

—Venga, Lory, calla ya y vuelve al trabajo.

Dejo las llaves sobre el mostrador y es cuando ella se percata de que están allí y de que no son las mías. Las mira de un modo extraño, las coge y les da la vuelta para poder ver qué pone en el llavero.

—¿Y estas llaves?

—Déjalas donde estaban —digo alzando la vista de la pantalla del móvil—, son de Carter.

—¿Brown?

—Sí, Carter Brown —afirmo—. Me ha pedido que le haga el favor de cerrar la ferretería mientras él iba al hospital.

—Es que ahora Carter el buenorro ferretero Brown es amiguito de mi María, ¿no?

—No del todo, la verdad.

—Espera, espera... ¿Cómo favor? Yo sí que le iba a hacer un buen favor, o cincuenta si quisiera.

—¡Lorraine! —grito.

Varias horas después, ya estoy más que preparada para ir a cenar con Drew, me siento ansiosa e incluso emocionada, aunque no dejo de pensar en que habrá pasado al final con los Brown. Carter no se ha pasado por la floristería a por sus llaves, ni siquiera ha llamado.

Busco en internet el teléfono de la ferretería, o algún número de contacto con el que poder hablar con Carter o, aunque sea, con Emmett, y saber cómo ha avanzado la cosa. Encuentro un teléfono fijo, el cual apunto, no tengo muchas esperanzas de que nadie lo coja, pero por intentarlo no pierdo nada. Un ligero cosquilleo empieza a nacer en mi vientre, ¿lo cogerá o no lo cogerá? Se escuchan varios tonos y cuando estoy a punto de desistir, descuelga.

—Brown.

Al escucharle, mi voz se apaga, apenas puedo hablar de los nervios que me recorren por dentro.

—¿Carter?

—¿Quién es?

—Soy María. May, la chica de la floristería.

Durante unos segundos que a mí se me hacen minutos, permanece en silencio, escuchando cómo alguien le habla, y poco a después me contesta:

—Oh, ¡hola, May! —exclama sorprendido—. No te había reconocido, además, no esperaba tu llamada.

—Ya... Es que... Bueno, como no te habías pasado a por las llaves pensé que tal vez tu abuelo había empeorado o algo.

—No, tranquila, iré a por ellas mañana a primera hora.

—Te... ¿te apetece que desayunemos juntos?

—Claro, ¡por qué no!

Sonrío, no sé por qué, pero hay algo en él que me gusta, y no solo porque esté tremendo, sino que puedo ver en su rostro que es muy buena persona y a mí eso ya me tiene ganada.

—Por cierto, ¿cómo está tu abuelo?

—Bien, ha sido solo un pequeño susto, de todas formas tiene que quedarse en observación por si volviera a ocurrirle, necesitará reposo y seguir tomando su medicación.

—Suerte que solo ha sido eso y ya va a mejor.

Siento un gran alivio y me alegro al escuchar que el pobre hombre ya está algo recuperado y pronto podrá volver a hacer su vida.

—¿Nos vemos mañana entonces? —cuestiona.

—Sí, mañana nos vemos.

—Hasta mañana, guapa.

Cuelgo y al hacerlo una sonrisa tonta se dibuja en mi boca. Sé que puede ser extraño, pero Carter ha conseguido que todo mi vello se erice sin ni siquiera tener que intentarlo. Suspiro, debería dejarme de tonterías, de pensar en ese hombre y centrarme en el que realmente tengo, a Drew. Es tan misterioso, sensual y arrollador, que jamás sería capaz de despegarme de él. No sé cómo un hombre como él ha podido entrar en mi vida así.

Escucho cómo el motor de una motocicleta, la cual parece una Harley, empieza a retumbar por toda la calle. «¿Es que la gente no se da cuenta de

que no son horas de ir haciendo tanto ruido?», pienso molesta. Miro el reloj, es cierto que son las ocho, pero a esta hora hay niños que ya duermen.

Me asomo a la ventana y es cuando me doy cuenta de que el motorista se detiene en la puerta de mi edificio, lo que me hace sospechar. El individuo que la conduce va vestido con una chaqueta de cuero negra y unos vaqueros oscuros con algunos rotos en las rodillas. No me gusta el ruido que hace, pero el rollo que lleva él me gusta demasiado. Se quita el casco, dejándolo sobre el asiento de esta y, es ahí cuando descubro quién es el que conduce la dichosa moto. ¡Es Drew!

15

—¿Me abres? —pregunta al verme asomada por la ventana—, ¿o bajas tú?

—Bajo.

Cojo el bolso rápidamente, la chaqueta y salgo de casa, cerrando con llave. Ketty se ha quedado gruñéndole por una de las rendijas que quedaban abiertas. Esta cachorra no tiene remedio, parece que la ha tomado con él después de lo ocurrido y no va a volver a ser agradable nunca más. Debe de habersele quedado grabado en la memoria perruna que tiene, o algo así.

—Estás guapísima —me dice nada más verme aparecer tras la puerta.

Sonrío colocándome un mechón tras la oreja, a la vez que le observo de arriba abajo. Su *look* me gusta aún más de lo que creía cuando le he mirado desde la ventana. Se coloca el casco en el brazo y de una mochililla que cuelga del manillar, saca otro precioso, de color rojo brillante con una rosa blanca dibujada en la parte superior.

—Vaya, ¡qué bonito!

—Es para ti, exclusivamente para ti. —Sonríe.

—¿Para mí? —pregunto alucinando—. ¿De verdad?

Asiente fijando sus ojos en los míos, son tan profundos y oscuros que hacen que sienta incluso un escalofrío.

—Es precioso... Yo...

—Me apetecía hacerte un regalo. —Sonríe—. Para compensar lo ocurrido el otro día con la comida, ya sabes. —Me guiña un ojo.

—Muchas gracias, de verdad, me encanta. —Le agradezco—. Pero, no... No puedo aceptarlo, Drew.

—¿Cómo que no puedes? —pregunta alzando el tono.

Su voz cambia, tornándose ligeramente grave y dura, más de lo que ya lo era. Un escalofrío me recorre de pies a cabeza, parece que no le ha sentado nada bien lo que le he dicho.

—Eh...

—¿Qué?

—Me sabe mal que te hayas gastado el dinero en un casco tan bonito como este para que vaya contigo en la moto... No sé.

—No es ninguna molestia, María —contesta tajante.

Suspiro, este hombre me va a volver loca de un momento a otro, pasa de estar fenomenal a enfadarse en un microsegundo. Niego con la cabeza, espero que se tranquilice o la cena no va a ser muy agradable.

—¿Es que acaso vas a rechazar el regalo que te estoy haciendo? — cuestiona entre dientes.

—No, ¡claro que no!

Aunque tampoco me queda otro remedio. Hace que me sienta mal, pero no puedo evitar ser sincera y decirle lo que pienso, si me callara acabaría estallando. No puedo guardarme las cosas así sin más.

—Entonces, nos vamos.

Me da un casto beso en los labios, me guiña un ojo y se pone el casco, esperando a que haga lo mismo. ¿Cómo puede cambiar su humor así como así? Los nervios empiezan a tomar el control de mi cuerpo. «Nunca he montado en moto, y espero que no sea la última», pienso. Dejo ir un bufido, intentando encontrar la valentía que ahora mismo se ha disipado, y que no encuentro.

—Vamos allá —se escapa de mi boca.

Recojo el pelo en una coleta muy baja, lo suficiente como para que no se me vaya para todas partes. Me pongo el casco y cruzo la cinta de mi bolso para que no salga volando y se caiga. Subo a la moto, veo cómo Drew me observa por el retrovisor, no aparta los ojos de mí. Le doy un golpecillo en el hombro y es cuando la moto empieza a rugir como un león.

Veinte minutos más tarde llegamos frente a la puerta del restaurante, creo que nunca había pasado tanto miedo yendo a ningún lado. Cojo aire por primera vez con tranquilidad, por fin mis pies tocan tierra, y no los reposapiés que lleva la moto. Drew conduce bien, pero es demasiado temerario, va deprisa sin importarle nada más, hemos tenido suerte de llegar sanos y salvos. Me bajo con un nudo en la garganta, desabrocho el casco y como puedo me lo quito.

—¿Todo bien? —pregunta preocupado.

—Sí, claro, tranquilo.

Bien no sé, lo único que me importa ahora es no haber muerto en el intento de haber llegado al restaurante. Dejo ir un suspiro que me sienta como si me hubiese quitado de encima una gran losa de hormigón, ¡por Dios! Solo de pensar que luego tenemos que volver en la moto se me quitan hasta las

ganas de cenar. Quito la goma que sujetaba el pelo y lo revuelvo levemente para acabar de deshacer los nudos que se habían hecho por culpa del aire. Al levantar la vista me encuentro con uno de los restaurantes más famosos de todo San Francisco, prestigioso y caro como él solo.

—¿Has cenado alguna vez en el Boulevard?

—No, la verdad es que no he venido nunca —admito.

¿Cómo voy a haber venido a un restaurante en el que la cena sale mínimo a cien dólares por persona? ¡No tengo dinero como para pagar algo así! Bueno, en realidad sí que lo tengo, pero veo tontería gastarme semejante cantidad en comer cuando puedo ir a otro lado y ponerme las botas con comida quizá más buena que la que preparen aquí. Dejo ir un suspiro, mirando hacia otro lado, intentando que no se dé cuenta.

—Por cierto, esta noche invito yo.

Me guiña un ojo, toma mi mano y tira de mí hacia el interior del restaurante, con una sonrisa en los labios. Parece que ya se le han pasado los nervios del casco, supongo que por eso ha ido tan rápido. Al entrar nos encontramos con un hombre algo mayor, vestido de traje y bastante alegre.

—Buenas noches. —Nos saluda—. ¿En qué puedo ayudarle?

—Veníamos a cenar.

—Oh... Me temo que si no tienen reserva, va a ser imposible —dice mirando la agenda que hay sobre algo parecido a un atril de madera.

Drew me mira, asiente y vuelve a clavar sus oscuros ojos en los del hombre.

—Reed, a las nueve y media.

El hombre se pone las gafas para poder ojear lo que hay escrito en las hojas, al releer el nombre de la reserva abre los ojos como platos, carraspea y vuelve a mirarnos.

—Por Dios, señor Reed, no le había reconocido —se excusa.

¿Reed? Hago una mueca, pero no le doy mucha importancia, por el momento, supongo que se habrá equivocado, ¿no? Niego con la cabeza, no pueden haber tenido un fallo así en un restaurante tan sofisticado como este.

—Drew... —digo en voz baja.

—¿Sí? —pregunta.

—¿Cómo que Reed?

Mira hacia otro lado, antes de encaminarse hacia donde nos guía el hombre.

—Contesta.

—Ahora te lo explico.

Nos hace pasar al largo salón, en la parte de la izquierda de este hay una larga barra acompañada de taburetes sofisticados con un toque *vintage*, y la zona de la derecha se llena de mesas distribuidas a la perfección. Hay bastante gente, pero aún quedan varias mesas vacías, lo que me hace pensar que todo el mundo no ha llegado.

—¿Les gusta esta mesa? —pregunta.

—Sí, gracias.

—Ahora vendrá Robert a tomarles nota.

—De acuerdo —contesta Drew.

Se acerca a mí, retira mi silla para que pueda sentarme y me da un beso en la mejilla que me sienta como un pellizco en el estómago, tras eso da la vuelta a la mesa y se coloca en su sitio.

—Todo tiene una explicación, María —se apresura a decir.

—Pues espero escucharla rápidamente.

Coge aire y fija sus ojos en los míos.

—Mi madre trabajaba aquí, y su apellido era Reed, por lo que siempre que vengo reservo con él.

Asiento, sin darle más importancia al tema del apellido.

—Entonces... ¿Has venido mucho por aquí?

—Pues...

Antes de que pueda decir nada más, el tal Robert aparece para interrumpir nuestra conversación. «¡Qué rápido! Ni siquiera Flash podría haberse acercado con tal rapidez», pienso.

—Buenas noches, aquí les traigo las cartas.

Nos ofrece las dos carpetillas a la vez que saca un pequeño bloc de notas en el que poder apuntar lo que pidamos.

—¿Qué van a querer tomar para beber?

—El mejor vino de la carta —contesta Drew antes de que pueda responderle.

—De acuerdo —lo apunta—, en unos minutos lo traigo.

—Gracias.

Cuando Robert desaparece tras la barra, miro a Drew directamente a los ojos.

—¿El mejor vino de la carta? ¿Qué es lo que hay que celebrar?

—Qué estamos juntos, mi pequeña y delicada rosa, que disfrutamos de estar día a día.

Siento cómo mis mejillas se enrojecen al escuchar esas bonitas palabras. Sonríe a la vez que veo que extiende el brazo para acariciar mi mano con la suya, hasta que la coge y la besa.

—Entonces sí que hay algo que celebrar.

Después de una maravillosa cena acompañada con el buen vino que había pedido Drew, llegó el momento de volver a casa con la dichosa moto. Por suerte, ha pasado rápido y ya estamos aquí. Lorraine se ha quedado con Ketty para que no haya ningún problema con Drew, ya que tenía más que claro que iba a subir a casa.

—Estaba todo buenísimo —digo a la vez que me giro para poder cerrar la puerta de la entrada con llave.

—Sí, pues...

—¿Qué? —pregunto deseosa de escuchar cómo de su boca sale algo más... atrevido.

—Ahora queda lo mejor —murmura en mi oído a la vez que se pega a mi espalda.

—Ah, ¿sí?

Besa mi cuello, le da un mordisco y de un solo movimiento me da la vuelta para, acto seguido, cogerme en brazos. Me lleva hasta mi habitación, dejándome sobre la cama a la vez que me mira. Me tumbo, expectante, sin apartar los ojos de los suyos, me muerdo el labio inferior esperando ansiosa a que el juego empiece. Me muero de ganas de sentir sus manos recorriendo cada milímetro de mi piel. Mientras, observo cómo me desnuda con la mirada, tan salvaje como sugerente.

—¿Vas a darme el postre que no hemos tomado en el restaurante? —pregunto.

—Eso mismo voy a hacer.

Se deshace de la ropa que llevaba, dejando al aire sus fuertes músculos y unos calzoncillos que quedan completamente ceñidos a su duro miembro. Me relamo al verlo, no puedo estar más deseosa de sentirle, en todos los sentidos de la palabra. Sonríe de medio lado, canalla, esperando a que sea yo quien me deshaga de los bóxers que lleva. Y eso es lo que ocurre, me arrodillo frente a él, sobre el colchón, y con dos dedos voy bajándolos hasta que la tela deja de cubrir su sexo, haciendo que una revolución se cree en el mío al ver cómo se

yergue, imponente.

—Creo que me debes algo, ¿verdad?

—Tal vez —contesto mordiendo la punta de mi dedo índice, seductora.

Pasa sus manos por mis hombros, a la vez que acabo de bajar sus calzoncillos. Vuelvo a morderme el labio inferior, recoge mi pelo a un lado y, no sé de dónde, aparece un bote de lubricante de vainilla.

—¿Te gusta la vainilla?

Asiento, y sin pensarlo dos veces lo abro para echar por todo su miembro, aunque antes permito que algunas gotitas transparentes del gel caigan en mi lengua. Deja ir un gruñido que me hace desear ser la más perversa de todas y provocar esos cientos de gemidos que saldrán de su boca.

16

Las cosas con Drew no dejan de mejorar, han pasado unos meses desde que empezamos nuestra andadura. Cada vez me gusta más, y ha sido por eso por lo que le he hablado de su existencia a Victoria.

—Buenos días, cielo —me dice, dándome un beso en la mejilla.

Se pone su cazadora de cuero negra y sus gafas aviador, se pasa una mano por su revoltoso cabello, peinándolo, me lanza una última sonrisa y coge las llaves del coche. Es hora de irse a trabajar.

—Pasa un buen día, María.

Me besa por última vez antes de salir del piso.

—¿Nos vemos esta noche? —pregunto en el momento justo.

—Claro.

Cierra la puerta, por lo que aprovecho para volver a hacer mis cosas. Abotono la camisa blanca que me estaba poniendo y la remeto ligeramente por dentro del pantalón. Vuelvo a la habitación, para acabar de estirar la manta y que quede algo más recogido de lo que está, o por lo menos que no parezca que ha pasado un huracán por aquí. Pero, entonces, me doy cuenta de que ya lo ha hecho él. Sonrío, este chico es un caso. Coloco bien las zapatillas a los pies de la cama, donde me encuentro una tarjeta, otra vez esa dichosa tarjeta de la agencia de viajes.

—Traveling to Paradise, Boston. —Leo en voz alta—. S. Price.

«¿Quién demonios es S. Price? Y ¿qué hace Drew con una tarjeta de una agencia de viajes de Boston?» No entiendo nada, no soy capaz de hilar la información que tengo y eso me fastidia. «¿Estará preparando una sorpresa?», me pregunto, tal vez sea eso por lo que no me ha dicho nada.

Desde que esto empezó a ir en serio que he tenido algo descuidadas a mis amigas, ya ni siquiera salgo con Lorraine y Megan, apenas hablo con Victoria, y solo algunas mañanas me paso por la cafetería de Rachel a saludarla y desayunar con ella. Drew ha cambiado mi vida, ahora hacemos muchas cosas juntos, aparte de en la cama y de ir a cenar. Es un hombre prácticamente perfecto.

Mi móvil suena varias veces, lo que llega a estresarme, ¡demasiados mensajes para un solo minutos!

Victoria:

¡Buenos días! ¿Cómo te va la vida?

Añade poco después, sin que me dé tiempo a contestar:

Victoria:

Hace mucho que no se de ti... Estás más perdida que yo qué sé qué...

Leo rápidamente los mensajes que me ha ido mandando, y no tardo en responder, echo de menos esas conversaciones hasta altas horas de la madrugada.

May:

La verdad es que bastante bien. He estado... ocupada.

Dejo ir una carcajada y le pongo un emoticono de un monito tapándose la boca.

Victoria:

¿Ocupada?

Me contesta a los dos segundos.

Victoria:

¡Tú lo que has estado es con el maromo!

Dejo el móvil sobre la encimera, mientras me termino el café, me pongo la chaqueta y abrocho los zapatos. ¡Tengo que salir ya de casa! Suspiro, no puedo dejar a Victoria así, me sabe fatal no contestarle, por lo que decido llamarla.

—Hombre... La desaparecida.

—Bueno... Ya sabes... —Me intento excusar.

Hay veces que simplemente no me doy ni cuenta, me envía mensajes o me llama, y entre una cosa y otra soy incapaz de responderle.

—¿Drew? —pregunta.

—Ajá.

Se queda callada durante un momento y suspira. Me conoce, sabe cuánto trabajo tengo encima con la floristería y las chicas, si a eso le añades a Drew, y por qué no... A Carter. Hace que todo se vuelva incompaginable. Estoy segura de que ahora mismo estará negando con la cabeza. ¡Cómo si la viera!

—Es encantador —añado con una sonrisa—. Drew es... ¡Fantástico! Es tan bueno, dulce, y no sé.

—¿Qué no sabes, May?

—Hay veces que me parece demasiado bueno para ser real.

—Me alegra mucho saberlo. —Puede escuchar una leve risa.

—Es que... Es un hombre esplendido, provocador, agradable... La verdad es que me encanta, estoy muy feliz de haber encontrado a alguien como él. —Sonrío—. ¿A ti como te va con Samuel?

—Pues lo cierto es que Samuel es distinto, desde el principio se mostró dulce y agradable, pero parece que algo ha cambiado —dice con pesar—. Hay veces que me hace sentir confusa.

Después de una larga conversación que dura hasta casi llegar al trabajo, y tras escuchar todo lo que me ha dicho, veo que las cosas con Samuel no van nada bien. Victoria parece haberse desilusionado, y eso no es buena señal. En realidad, después de todo lo que pasó, y de que ese atractivo y misterioso señor Benavente empezara a hablar con Vic, no creo que Drew y ella vuelvan a estar juntos. Es lo mejor, así se dejará de estar mal.

—¡Buenos días! —exclama Lorraine cuando me ve aparecer.

—Buenos días, Lory.

Abro la puerta de la floristería y me ayuda a levantar la persiana metálica para que no me pase nada, como la otra vez. Cuando entra ella me doy cuenta de que Carter también está entrando en su negocio, por lo que no dudo en saludarle. Me guiña un ojo, haciendo que algo me recorra de pies a cabeza, hay algo en él que es capaz de despertar un nerviosismo especial en mí.

—¿Cómo ha ido el día? —pregunta con entusiasmo.

—Bien, todo bien, bueno...

Dejo el bolso en el armario dejando mi contestación a medias y lo cierro a la vez que me pongo mi pequeño mandil, para no ensuciarme los pantalones mientras montemos los ramos y centros.

—¿Bueno? —pregunta Lory.

—Ketty no acaba de llevarse bien con Drew, le tiene un odio impresionante.

—¡Qué mal!

Asiento un par de veces, no comprendo cómo después de todo este tiempo no se ha acostumbrado a su presencia.

—Ya verás que todo mejorará dentro de poco.

—Eso espero —suspiro ante su comentario.

Miro en la agenda para ver qué es lo que tenemos que preparar durante el día de hoy y a qué hora pasaran a buscar los encargos. Lory se la llevó anoche para acabar de organizar todo para que no se nos escapara nada. El teléfono empieza a sonar y es ella quien atiende al cliente mientras yo acabo de ojearla. Antes de que pueda necesitarla, se la doy para que pueda apuntar lo que pida la persona que llama. Al colgar, alzo la vista del móvil y me encuentro con esos dos cielos azules que tiene Carter por ojos. Me saluda y

abre la puerta.

—Buenos días.

—Hola. —Le saludo con una sonrisa.

El teléfono vuelve a sonar, cosa que me extraña, ¡sí que hay encargos! Normalmente no suelen llamar tan seguido.

—¿Cómo estás? —me pregunta alegre.

—Bien, organizando el día, ¿y tú?

—Pues... iba a por algo para desayunar, he pensado que tal vez te gustaría acompañarme y tomar algo conmigo, ¿vienes?

Miro a Lorraine, quien mueve la mano, diciéndome que me vaya. No debería salir, pero mi estómago no deja de rugir con fuerza, hambriento, el café no ha sido suficiente como para calmarlo.

—Tráeme algo —me dice mediante gestos y mímica, sin emitir ni un solo sonido.

Alzo el dedo pulgar, dándole el «Ok». Nada más salir de la floristería, Carter se acerca peligrosamente a mí, me da un beso en la mejilla y un fugaz abrazo. Desde lo ocurrido con su abuelo que hemos estado viéndonos en algunas ocasiones, disfrutamos el uno de la compañía del otro. Carter está hecho de otra pasta, es tan diferente a todo lo que me había encontrado que hay veces que no sé cómo reaccionar o cómo sentirme al estar con él. En algunos momentos me hace estar confusa respecto a Drew. Carter, desde el primer momento, ha hecho que me cuestione todo lo que ha ido pasando desde que les conocí.

—¿Dónde quieres ir? —pregunto.

—He pensado en ir a la cafetería que hay en la esquina, me apetece un cruasán de esos que hace Jen.

—Genial, pues vamos allí. —Sonrío.

Durante unos segundos me quedo embobada mirándole, por lo que me coge de la mano y tira de mí, hasta que consigue cogermelo por la cintura, colocándose a su lado. Un cosquilleo nace en la parte baja de mi vientre y desciende hasta que se instala en mi sexo, acelerando mi corazón. Por alguna razón, solo Carter es capaz de hacer que un huracán me sacuda por dentro, y reordenarlo después con una de sus hermosas sonrisas.

Entramos en la cafetería y nos sentamos en una de las mesas más cercanas a la puerta, no sé por qué, pero Carter tiene esa manía, necesita no estar lejos de las salidas, tiene una extraña obsesión con eso. Me fijo en cada uno de sus

rasgos, en ese cabello, en sus ojos claros, en cómo sus varoniles facciones se marcan aún más cuando aprieta la mandíbula. Se está dejando barba, lleva varios días sin afeitarse, los cortos pelos empieza a relucir tan rubios como los rayos del sol. Un dios nórdico bajado de los cielos para ser una dulce tentación para cualquier humana.

Dejo ir un suspiro, debería ser delito que existieran hombres así, pero claro... Luego está Drew, que también es impresionante, tanto en la cama como cuando estamos fuera de ella. No debo caer en la tentación, Carter no es más que un simple amigo, y eso es lo que debe seguir siendo. Pero, desde que lo conozco, algo me grita que me deje abandonar en sus manos, pero eso no puedo dejar que ocurra.

17

Suspiro, aún perdida en esos dos pozos claros que me observan.

—¿Cómo está Emmett?

—Mucho mejor, la verdad es que poco a poco está volviendo a ser lo que era.

—Claro que sí, solo necesita volver a habituarse y terminar de recuperarse del todo.

Sonrío, pero veo que en su boca solo hay una triste mueca que no me gusta ni un pelo.

—Tranquilo, Carter —poso una de mis manos sobre las suyas—, todo irá bien.

—Sé que le costará un tiempo volver a como estaba antes, supongo —dice en voz baja.

—Si no le costara sería un superhombre —intento quitarle hierro al asunto—, Emmett es más que eso, se pondrá bien, ya verás.

Baja la vista, fijándola en sus manos, niega con la cabeza a la vez que un gesto de disgusto toma el control de su rostro.

—Me alegra saber que está mejor.

—Emmett es demasiado importante para mí como para perderle... Si lo hiciera, yo —su voz acaba quebrándose— no tengo a nadie, ha sido como mi padre, ha sufrido conmigo lo que no está escrito, y si se marchara así... Sin que pudiera hacer nada por ayudarlo.

—¿Y tus padres?

—Ellos —murmura—. Digamos que no recuerdo mucho sobre cómo eran.

—Vaya...

No quería hacerle sentir mal, tal vez no tenía que haberle preguntado eso, pero hay veces en las que la curiosidad me puede y soy incapaz de callarme.

—Lo siento, Carter —me apresuro a decir—, no quería herirte.

—No te disculpes, May, no tienes por qué hacerlo.

—Claro que sí.

—Tampoco sabías qué iba a decir.

Antes de que pueda añadir nada más, aparece la camarera, quien apunta lo

que queremos tomar y se vuelve a marchar.

—Háblame un poco de ti —me pide.

—Pues, como ya sabes, tengo una floristería donde trabajo con dos desastres llamados Megan y Lorraine, a las que adoro pero a veces tendría ganas de matar —le explico—. Pero, no podría vivir sin ellas, la verdad sea dicha.

—¿Y qué hay de tu familia?

—¿Vas a contarme qué ocurrió con la tuya?

Traga saliva y le da un sorbo al café que acaba de traer la camarera.

—Gracias —le dice a la muchacha.

—¿Entonces? —pregunto cuando esta se marcha.

—Te lo contaré si accedes a cenar conmigo esta noche.

¡Dios! No necesitaba poner ninguna condición para que cenara con él, lo haría con los ojos cerrados, y eso haré esta noche. No pienso perder la oportunidad de conocer más a fondo al hombre que se esconde tras esa apariencia de vikingo.

—¿Aceptas?

—Claro que acepto.

La noche ha caído como un suspiro y mis nervios no me han dejado trabajar en paz. A cada segundo que pasaba más me acordaba de Carter, y más ansiaba que llegara la hora de salir de la floristería para ir a cenar con él. Ahora había llegado el momento de descubrir lo que aún no había conocido. En un pequeño *break* que hice, fui a una de las tiendas que había junto a la floristería a comprarme un vestido con el que poder deslumbrarle esta noche. No sé por qué, pero hay veces que me siento realmente bien cuando pienso en él, cuando está a mi lado, o por el simple hecho de saber que en poco tiempo le veré. Y eso solo me lo hace vivir él, ni Drew, ni nadie antes lo había conseguido, y en cierto modo me aterra no saber cómo manejar la situación.

—¿Preparada? —escucho como dice a mi espalda, mientras cierro con llave la puerta de la entrada.

Me doy la vuelta y sonrío como una tonta, embobada, sin saber qué contestarle porque ni siquiera las palabras me salen. Le miro disimuladamente de arriba abajo, él también se ha cambiado, ahora lleva una camisa de color gris, algo desgastado que le sienta demasiado bien como para no babear delante de él, esta la ha acompañado con unos vaqueros oscuros algo rotos a la altura de las rodillas y unas zapatillas negras. Trago saliva y

cojo aire.

—Eh... Claro.

Cuando voy a bajar la persiana metálica noto cómo una de sus grandes manos se posa encima de la mía, le miro de reojo.

—¿Me dejas que lo haga yo? —pregunta—. No quiero que te aplaste, no sería la primera vez que tengo que salvarte.

Dejo ir una sonora carcajada y asiento, suerte que la otra vez estuvo para ayudarme, sino a saber qué habría ocurrido.

—Sí, gracias.

—No hay de qué.

Me aparto para que pueda hacerlo sin correr el mismo riesgo que corrí yo, y así cerrarla bien. Sus fuertes músculos se marcan a medida que sujeta la pesada persiana y va bajándola. Madre mía, quién fuera camiseta para tocar esos fuertes brazos y ese pecho marcado.

—Hay que...

—Sí, tranquila —responde—, es como la mía.

Suspiro, sintiendo cómo un profundo ardor nace en mi sexo. ¡Este hombre debería estar prohibido por provocar deshidratación! Entre las babas, los sudores y demás... Mirarle tendría estar considerado deporte de riesgo, de un momento a otro puedes acabar con una taquicardia, y si ya le ves sin camiseta, tienes que tener una ambulancia cerca para una posible reanimación.

—¿Vamos?

—Sí, vamos.

No tengo ni idea de a dónde quiere que vayamos a cenar, pero sinceramente, no me importa si le tengo cerca. Niego con la cabeza, no debería estar pensando estas cosas, pero me es imposible no hacerlo teniéndole tan cerca.

Caminamos durante unos minutos hasta llegar al final de la larga calle, y giramos a la izquierda, dejando atrás nuestra zona. Carter me explica un problemilla que ha tenido con uno de los proveedores de la ferretería, aunque, para ser sincera, ni siquiera he estado escuchándole, solo puedo fijarme en esa llamativa boca que tiene.

—¿Dónde cenamos?

—He reservado en el Glory's.

Asiento.

—¿Sabes dónde está?

—No, la verdad es que no.

Pocos segundos después, alza una de sus manos y señala el cartel luminoso que hay al otro de la calle.

—¿Es allí?

El local parece pequeño y poco iluminado, al menos desde la distancia. Cruzamos a la otra acera, corriendo antes de que salieran los coches del último semáforo.

—Quiero saber más de ti —le digo nada más sentarnos en la mesa.

No quiero fijarme en el interior del restaurante, nada me importa, mi atención está centrada en él, en lo que va a contarme. Antes de contestar le da un largo trago a la cerveza.

—Cuando no era más que un crío los servicios sociales me sacaron de mi casa, mi padre murió por culpa de la droga.

—¿Sobredosis?

—Así es —contesta—, murió cuando tenía seis años, apenas recuerdo nada sobre ellos.

—Y ¿qué ocurrió con tu madre?

—Ella... —murmura en voz baja.

Puedo ver la pena en sus ojos, el dolor e incluso el rencor acumulado durante años, pero también el perdón y el abandono.

—Se suicidó poco tiempo después de saber que mi padre había muerto.

—¿Ella también...?

—Sí, ambos comerciaban con la droga, a pequeña escala —me explica—. Durante unos meses estuvo en terapia, internada en un psiquiátrico, parecía rehabilitada, pero un día su adicción fue a mucho más, se le escapó de las manos y acabó encontrando otra vía para liberar su ansiedad.

Mis ojos se llenan de lágrimas al notar la pena en sus palabras, ha sufrido, pero no por ello es un hombre distinto, ha conseguido perdonar y acabar con el dolor que le ha roto por dentro durante años. Estiro los brazos, hasta que mis manos rozan las suyas. Alza la vista fijándola en la mía, y por un momento puedo ver brillar algo en ella.

—No les culpo —resume.

18

—Lo siento mucho, Carter.

—No lo sientas, May —dice en voz baja—, Emmett es el padre de mi madre, no tuvo más hijos, tampoco yo tuve hermanos, por suerte para ellos.

—Emmett adopto el rol de padre —murmuro.

Vuelve a darle un largo sorbo a la cerveza, dejándola casi a la mitad, a la vez que coge aire para seguir hablando:

—Así es —contesta—, Emmett ha sido el padre que nunca he tenido, fui afortunado por haber tenido a alguien como él.

La chica nos trae la comida que habíamos pedido nada más llegar, ha pasado ya un buen rato desde entonces, pero tanto hablar hace que pierda la noción del tiempo.

—Porque sí, para mí, el único padre que he tenido ha sido él —prosigue.

—¿Y no tenéis más familia?

Me dice que no moviendo la cabeza, a la vez que coge una patata frita y se la mete en la boca. ¡Y qué boca! No puedo dejar de mirarla, esos carnosos labios me ruegan en silencio que los bese pero, joder... No está bien.

—Estamos solos.

—No estáis solos.

Cojo aire, sintiendo cómo algo en mí se ha resquebrajado al ver que no cuenta conmigo. Aunque en realidad está en su derecho, apenas me conoce como para confiar en mí, pero aún así lo ha hecho, me ha contado su historia, o parte de ella, lo más oscuro de sus capítulos.

No aparto la mirada de la suya, a pesar de todo lo que ha vivido, aún sigue luchando por ser un gran hombre, ha dejado a un lado lo que ocurrió para crear su propia historia.

—Te tengo a ti... —añade.

Un ligero cosquilleo nace en la parte baja de mi estómago, recorriéndome de pies a cabeza, acelerando mi corazón y humedeciendo mi sexo.

—May, yo...

Coge aire, desvía la vista y, cuando vuelve a alzarla la fija de nuevo en la mía, abrumándome con esos pozos azules que tiene.

—¿Si?

El nerviosismo crece a pasos agigantados, acelerando mi corazón sobremanera, creando un cosquilleo en la palma de mis manos.

—Me alegra mucho que te hayas cruzado en mi camino.

Sus ojos han pasado de la oscuridad y la pena a brillar como una noche llena de estrellas. Tiene la mirada más hermosa que jamás he visto, clara, pura y llena de bondad.

—A mí también.

Coloca una de sus manos sobre las mías y la acaricia con mimo.

—Eres una mujer maravillosa, tu novio es muy afortunado de poder contar con alguien como tú a su lado.

Siento cómo mis mejillas se enrojecen ante sus bonitas palabras, pero... ¿Realmente Drew y yo somos pareja o tan solo es una tontería? Suspiro, Drew es maravilloso, dulce y agradable, pero dar me cuenta de que no he pensado en él en casi todo el día me hace cuestionarlo, además de que cuando Carter está cerca todo se me olvida, solo puedo centrarme en lo que dice y en cómo lo hace.

—Pero, ahora —murmura— no quiero seguir hablando de mi pasado, May. —Sonríe con tristeza.

—Pues no lo hagamos.

Bebo un poco de mi cerveza, desviando la vista hacia el exterior del bar-restaurante, ya que nuestra mesa queda junto a un gran ventanal desde el que puedo observar todo aquel que pasea por la calle.

—Hay tanto que hacer... —susurra.

Fija sus ojos en los míos, haciendo que un escalofrío me recorra de pies a cabeza, hay pasión y ferocidad en ellos, lujuria contenida.

—Y lo harás —digo en voz baja, sintiéndome al borde de una taquicardia.

Algo en la acera de en frente llama mi atención, entrecierro los ojos, intentando enfocar mejor. Es la misma mujer pelirroja con la que he hablado en varias ocasiones y que me ha advertido sobre un hombre, Drew. Mi vista se pierde al otro lado, igual que la de la mujer, quien no aparta los ojos de los míos.

—¿Estás bien?

—Eh... Sí, es solo que he visto a alguien.

—¿Sí? ¿A quién? —pregunta curioso.

Hago una mueca, por un momento pienso en si decirle de quien se trata o no, pero termino por contárselo.

—Hace unos días que la mujer pelirroja que no deja de revolotear por las zonas en las que estoy.

—¿Aquella que te agarró el otro día?

—Esa misma.

—¿Dónde está?

Levanto uno de mis dedos y la señalo. Cuando esta se da cuenta, se esconde en el interior de uno de los portales cercanos junto a los que estaba.

—¿La has visto? ¿O son imaginaciones mías?

—Sí, la he visto.

—No sé qué demonios esconde, pero no me gusta ni un pelo.

—Habrá que averiguarlo.

Después de una larga cena llena de risas e historias, toca acabar con el postre, y quién sabe lo que nos deparará el resto. Carter no ha dejado de sonreír durante todo el rato, cosa que me encanta y me enamora.

—Por cierto, hay algo que no me has contado, ¿qué hay de tu familia?

No quiero que se sienta mal, pero tampoco puedo evitar hablar sobre mi familia durante toda la noche. Me meto un trozo de *coulant* de chocolate en la boca, acompañándolo de un poco de helado.

—Pues, la verdad es que he tenido suerte con la familia que tengo, mi padre y mi hermana viven aquí en Boston.

—¿Y tu madre?

—Bueno, ella... —digo en voz baja, tragando saliva—, simplemente no está, se largó cuando éramos unas crías, pero, bueno, soy afortunada de tener a un padre jodidamente maravilloso que cuidó de nosotras, desviviéndose por sus hijas.

—Vaya...

—Rachel tiene una cafetería no muy lejos de la floristería, donde hace unas pastas y unos bocadillos riquísimos. Es la mejor hermana mayor que jamás podría haber tenido. —Mis ojos se llenan de lágrimas, llenos de emoción—. Es buena, dulce, pero muy cabezona, aún así no la cambiaría por nadie.

—Vaya, tendremos que ir un día a merendar. —Sonríe.

—Cuando quieras —le correspondo—. Y bueno, mi padre, tiene una pequeña tienda de reparación de electrodomésticos.

—Está bien.

Coge un trozo de mi *coulant* y no puedo evitar quedarme con cara de

tonta a la vez que niego con la cabeza.

—¡No me robes el postre! —Río.

—¿Ah, no? —pregunta—. ¿Y qué puedo robarte?

—Tal vez un beso —se me escapa.

Rápidamente me tapo la boca, las palabras han salido de ella como si hubieran sido escupidas a la fuerza de mi interior. Mis mejillas se encienden como dos semáforos en rojos. Sonríe de medio lado, erizando todo mi vello, y poco después vuelve a coger un trozo del postre

Un poco más tarde, salimos del bar-restaurant, tras terminarnos el postre y tomar un par de chupitos de licor de melocotón a los que nos ha invitado un conocido de Carter que trabaja allí. Caminamos en dirección a la floristería, hasta que se Carter se ofrece a llevarme a casa.

—Gracias, la verdad es que me harías un gran favor.

—Decidido entonces.

Sonríe a la vez que siento cómo sus ojos se posan en los míos. Durante el trayecto hasta mi apartamento nos quedamos en silencio, hay tensión en el ambiente, una atracción que se nota sin necesidad de tener que rozarnos. Mi cuerpo ha sido capaz de notar al suyo desde el primer momento, se enciende, contaminado por su energía, tan pura, tan especial y llena de lujuria.

Desvío la mirada por la ventana, intentando calmar a mi acelerado corazón, al final acabará dándome una taquicardia. No tardamos mucho en llegar frente al edificio en el que está mi pequeño piso, por lo que Carter detiene el coche en la puerta. Así que, bajamos del coche para así podernos despedir bien.

—Bueno... Ehm... —murmuro.

—¿Si?

—Gracias por la cena, por la cita —contesto nerviosa—. Por una tarde y noche distinta.

—Gracias a ti, May, por aceptar. —Sonríe—. Pero sobre todo por escucharme cuando no tenías por qué.

—Claro que tenía. —Alzo la voz.

Me apoyo en el coche, a la vez que él se pone frente a mí, mirándome desde las alturas, o mejor dicho, disfrutando de las vistas. Tiene una media sonrisa en los labios que consigue hacer que algo en mí se resquebraje, una muralla invisible que le deja entrar en lo más profundo de mi ser. Inconscientemente me muerdo el labio inferior, al ver cómo sus ojos se llenan

de deseo. Carter desvía la mirada, cogiendo aire, pero poco después, alza una de sus grandes manos y la coloca sobre mi mejilla derecha, acariciándola con dulzura. Me observa detenidamente, hasta que sus ojos se fijan en mi boca.

—Me muero por besarte, mi rosa.

Durante unos segundos su voz resuena en mi cabeza como un eco sin sentido que acaba volviéndose realidad.

—Hazlo.

Acuna mi rostro entre sus manos, lentamente va a acercándose, hasta que sus esponjosos labios rozan los míos y acaban uniéndonos en un dulce beso que me deja sin palabras.

19

Un mes después...

Hace días que no sé nada de Carter o, mejor dicho, semanas. Aquel dulce beso nos unió, pero también nos separó. Aunque la verdad es que lo mejor será dejar un poco de espacio entre nosotros, o no podré controlar a esta bestia salvaje que me grita que me abandone entre sus brazos.

Al cerrar la floristería, me cuelgo el bolso del hombro derecho y guardo las llaves en este, a la vez que termino de bajar la persiana metálica para que nadie pueda entrar. Apenas queda gente en la calle, y eso que tan solo son las siete y media de la tarde, aunque lo más seguro es que todos estén preparando ya la cena, cosa que debería estar haciendo yo también. Antes de alejarme de la floristería, alguien me sujeta del brazo, con fuerza, y al girarme me encuentro con la mujer pelirroja a la que vi hace un tiempo.

—No te fíes de ese hombre, María... No lo hagas —repite.

—¿De quién no debo fiarme? ¿Quién es usted?

¿De qué conoce a Drew? ¿O tal vez hable de Carter? Hay tantas cosas que no comprendo y otras tantas que se me escapan... Hago una mueca, no sé por qué, pero esta mujer me hace replantearme algunas cosas, aunque sea durante unos segundos. ¿Por qué iba a venir a decirme estas cosas si no fueran ciertas?

—No hace falta que sepas quien soy... Solo recuerda lo que te he dicho.

—¿Cómo puedo confiar en lo que me dice? ¡Ni siquiera la conozco!

—Ni lo necesitas, haz lo que te digo, corres peligro.

Trago saliva y, antes de que pueda decir nada más, me suelta el brazo, da media vuelta y se adentra en uno de los callejones cercanos a la floristería. Dejo ir un profundo suspiro que me deja vacía y que me siento como un cubo de agua fría. Miro en dirección a donde se ha marchado, debería de olvidarme, dejar esto a un lado aunque sea durante esta noche. Pero ¿cómo voy a dejar de pensar en algo que me reconcome por dentro? ¿Es que acaso esa mujer le conoce? Resoplo, no puede estar hablando de Carter, fue él mismo quien me ayudó cuando vino el primer día. ¿Por qué ha venido a advertirme dos veces? ¿Qué más le da a ella? ¿Realmente habla de Drew, o es por eso por lo que Carter la alejó de mí? Niego con la cabeza, son

demasiadas preguntas las que no dejan de atormentar mi mente desde que la pelirroja se ha ido. Tengo que averiguar qué es lo que ocurre.

Necesito hablar con alguien, contarle lo que me está pasando y que me diga que no solo me lo estoy imaginando, que no estoy loca. Cuando saco la mano del bolso la pequeña tarjeta que encontré hace un tiempo junto a la cama, se cae al suelo.

—S. Price —murmuro observándola.

Busco en internet el nombre de la agencia, pero no sale nada, lo que me resulta aún más extraño. Hago una mueca, tal vez hayan cerrado, hace un mes desde que la encontré y pueden haber pasado mil cosas. Mi móvil suena, es él, puedo verlo por el color del led que hay en la parte superior, sobre la pantalla.

Drew:

Buenas noches, preciosa, ¿cenamos esta noche?

May:

Claro, te espero a las ocho y media en casa, ¿sí?

Drew:

Ansioso estoy por verte, pero sobre todo por ese maravilloso postre que estoy seguro que me prepararás.

Dejo ir una sonora carcajada, ¡mira que le gusta jugar! ¿Cómo un hombre como él iba a mentirme como dice la mujer? Debe de estar equivocada.

Al llegar a casa me encuentro con Ketty tumbada en el sofá, ni siquiera se levanta, tan solo alza la cabeza para que vea que está viva. Voy a ver qué puedo hacer para cenar, en la nevera me encuentro con una nota que me ha dejado Drew pegada a la puerta.

Deja que el cava se enfríe, esta noche es solo para nosotros dos.

Te quiero, May.

Sonrío como una tonta, adoro a Drew. Ha dejado todo listo para la cena, no tengo que hacer nada, ¡a eso se refería! Solo tengo que preparar «el postre». Siento mis mejillas encendiéndose, me muero de ganas de que llegue la hora en la que entre por esa puerta.

Me doy una ducha, algo extensa, necesito relajarme para poder estar perfecta esta noche para él y para mí misma. Alguien llama al telefonillo de abajo, lo que me parece extraño, corro a ponerme un vestido cualquiera y voy a ver quién es.

—¿Sí?

—Le traigo un paquete.

—¿Un paquete? —pregunto extrañada.

—Sí.

Hago una mueca, le abro la puerta de la portería y me preparo para ver qué es lo que trae. Lo más raro es que no he pedido nada a nadie como para que tengan que subirme un paquete. Unos minutos después, el repartidor llama al timbre y haciendo que Ketty se vuelva loca, ladrando cada vez más, por lo que la encierro momentáneamente en la habitación. Al abrir, me encuentro a un hombre bajito con un ramo de rosas rojas enorme, que me suena demasiado.

—Aquí tiene. —Me lo da.

—¿Quién lo envía? —cuestiono.

Mira un pequeño papel en el que lleva todos los datos apuntados. Hace una mueca y niega con la cabeza.

—No pone nada, lo siento.

—Vaya...

Le firmo el papelito que miraba anteriormente y, nada más dárselo, se marcha como si nada. Observo el ramo, el cual me resulta terriblemente familiar. Me siento en el sofá, y rebusco algo que me diga quién ha enviado estas flores. Pero no la encuentro por ningún lado, hasta que veo una diminuta tarjeta de color burdeos, doblada por la mitad. La desdoble y leo:

Ni siquiera esta hermosa rosa es tan bella
como lo eres tú.

Disfruta de ella, pequeña rosa.

No lleva firma, solo eso escrito. Está hecho a mano, cosa que me agrada, ¿habrá sido Drew? Miro el lazo que sujeta las flores, y es entonces cuando me doy cuenta de que lo hemos preparado nosotras esta mañana en la floristería. ¿Quién ha comprado las flores? Corro a por la agenda, por suerte me la he traído para acabar de apuntar los encargos para mañana. Busco entre las hojas el día de hoy, pero no hay nada. Ningún nombre, ningún encargo con las características del ramo. Chasqueo la lengua, ¿cómo puede ser que hayamos preparado algo tan bonito y que no haya ninguna nota al respecto? Cierro la agenda, guardándola en el bolso, pongo las flores en agua y las observo, habrá sido Drew, ¿si no, quién? Habrá hablado con Lory para que no me enterara de la sorpresa. Me meto en la habitación para volver a cambiarme y me pongo un vestido precioso, entallado, de color negro.

Oigo cómo la puerta se abre justo cuando termino de ponerme los

pendientes. Salgo al salón y veo a Drew dejar su chaqueta de cuero sobre una de las sillas, al verme fija sus oscuros ojos en los míos, hasta que de detrás de su espalda aparece una hermosa rosa blanca y pura.

—Vaya... ¿Y eso?

—Un pequeño regalo. —Sonríe.

Le miro perpleja, «¿otro?», pienso para mí misma. Saco la botella de cava que había comprado y dos copas, las llevo a la mesilla frente al sofá.

—¿Es que un ramo de rosas rojas te parece poco? —pregunto.

Alza una ceja, sin entender muy bien de qué hablo. Hace una mueca y es cuando ve el superramo, a la vez que sonrío de oreja a oreja.

—Es precioso, ¿verdad? —murmura observándolo—. No pensaba que fuese a llegar a tiempo.

Se pasa una mano por la nuca, acerca su rostro al mío lo suficiente como para poder besarme en la mejilla y se deja caer en el sofá a mi lado. Sonríe al sentir una de sus manos sobre las mías.

—Son demasiado bonitas. —Mis labios se curvan.

Dejo ir un suspiro, le doy dos golpecitos en las manos y vuelvo a mirarle a los ojos como hacía hace apenas unos minutos.

—¿Hay algo que te preocupa?

—No...

Intento evitar los pensamientos que me invaden al recordar las palabras de aquella mujer.

—Eso es que sí —sentencia.

Abro la botella, sirvo un poco del líquido burbujeante en ambas copas y le doy la suya para que podamos brindar.

—No te preocupes.

—Bueno, claro que me preocupo, María, ¿cómo no iba a hacerlo?

—Esta noche es para nosotros, no la estropeemos con tonterías.

Tal vez solo sea eso, tonterías que se han metido en mi cabeza y que debería dejar que se marcharan para poder seguir viviendo con tranquilidad. Niega con la cabeza, algo me dice que no va a ser fácil que se olvide de lo que me pasa o deja de pasarme.

—Venga, cuéntame.

—Te lo cuento solo si preparamos la cena juntos.

—Claro.

Tampoco hay mucho que preparar, la verdad sea dicha, pero por lo menos

lo mantendré entretenido. Sacamos todo lo necesario para hacerla, dejamos las copas sobre la barra de la cocina, y es cuando me hace a un lado para que le deje a él hacerla.

—A ver, cuéntame.

—No es nada, en serio. —Esquivo el tema de nuevo.

Me mira haciendo una mueca, por lo que decido explicarle parte de lo que me ocurre, pero no todo.

—Es Victoria, me tiene un poco preocupada.

—¿Tu amiga de San Francisco? ¿Aquella a la que visitaste hace poco?

—La misma.

Empieza a cortar algunas de las verduras que habíamos seleccionado y las va dejando en un plato, para no tenerlas por esparcidas por la encimera.

—¿Qué le pasa? —se interesa.

—Cuando llego a San Francisco conocí a un hombre, a primera vista parecía perfecto pero resultó ser un auténtico capullo.

—Vaya, qué marrón.

—Sí... Hace un tiempo que conocí a José, un hombre bastante importante en el tema empresarial, se están conociendo y bueno... A pesar de que parece que todo va bien, me da miedo de que este pueda hacerle algo como el hijo de perra de Samuel.

—¿Samuel se llama? —pregunta, curioso.

Asiento un par de veces, sin apartar la vista del cuchillo, le doy un sorbo al cava y sigo observándole.

—Y ¿qué le hizo para convertirse en un capullo?

—Bueno, tampoco ha querido contarme mucho, pero vamos, que la dejaba tirada cada dos por tres sin dar explicaciones, la engañaba... Un completo gilipollas.

—Vaya... Pues ya le vale. —Suspira.

—Pues sí, si lo cogiera... —Cierro las manos en puños y niego con la cabeza.

—Si lo cogieras, ¿qué?

—Lo ahogaría con mis propias manos —sentencio.

Deja ir una sonora carcajada que me saca de quicio, estoy hablando completamente en serio, si pudiera darle una buena tunda, se la daba, no iba a quedarme callada delante de un cabrón como él.

—Anda, anda...

—Te aseguro que lo haría —digo en voz baja—. Por cierto.
Alza la vista de lo que estaba cortando para fijarla en la mía.

—¿Te importaría que algún día quedáramos con ellos?

—¿Con tu amiga y su novio?

Asiento.

—No, claro que no, yo encantado.

Sonrío, «¡si es que no puedo tener más suerte!», pienso. Me alegra tener a mi lado a un hombre como él, ahora solo queda ver cómo avanza la cosa entre José y Victoria.

20

El día ha llegado, Drew no sabe nada, le he querido pillar por sorpresa, por lo que le llevaré sin que sepa a donde nos dirigimos.

—¿Estás preparado?

Se pasa una de las manos por la cara, anoche nos acostamos terriblemente tarde, y al final se nos han acabado pegando las sábanas. Por suerte el despertador estaba puesto para que no acabáramos quedándonos en la cama en vez de ir a buscarles al aeropuerto. Victoria me ha dicho que José hace una exhibición de sus fotografías durante este fin de semana en Boston, lo que me alegra mucho. Todavía no conozco al famoso y misterioso Señor Benavente, y me pica la curiosidad, quiero verle y que no sea simplemente en fotos.

—Más o menos.

—Pues espero que sea más y no menos. —Río.

Me pongo un vestido ligero con unas sandalias planas, espero poder caminar mucho y durante todo el día sin tener que sufrir volviendo a casa a cambiarme. Me miro en el espejo, recojo mi pelo en un moño desenfadado y vuelvo a entrar en la habitación. Drew aún no ha terminado de vestirse, suficiente he conseguido con que se tomara el café y se aseara en menos de media hora.

—¿Qué es tan importante para que tengamos que correr así?

—Ya verás —exclamo.

Alguien llama al timbre de casa, por lo que voy a abrir, pero cuando lo hago me encuentro con que no hay nadie, solo un sobre frente a la puerta. Lo abro, saco lo que contenía y me encuentro una fotografía de un hombre terriblemente parecido a Drew, ¿es él? Trago saliva algo confusa, ¿cómo puede ser tan similar a él? No lo entiendo.

—Estás preciosa —dice apoyado en el marco de la puerta.

—Gr... Gracias —murmuro.

—¿Quién era? —pregunta.

—No era nadie —escondo la fotografía y el sobre a mi espalda—, cuando he abierto no había ninguna persona.

Alza las cejas, asombrado.

—Qué raro, ¿no?

—Se habrán equivocado.

Asiente dos veces, vuelve a meterse en la habitación y, poco después, aparece de nuevo con su chaqueta ya puesta y mi bolso colgando de su brazo derecho. Se acerca a donde me encuentro, me da un beso en los labios, tan casto como fugaz, y sonrío.

—Eres tan hermosa, María... —dice en voz baja y vuelve a besarme—, pero te faltan los labios pintados. —Me guiña un ojo.

—Oh, claro, bien visto.

Me encierro en el baño, mirándome al espejo, dejo ir un profundo suspiro que me deja con mal cuerpo y me pinto los labios. Será mejor que no tarde, no quiero inquietar a Drew.

Llegamos al aeropuerto justo a tiempo, Victoria y José acaban de desembarcar, por lo que en nada los tendremos fuera de la terminal, preparados para ser abrazados. No me puedo creer que al final Victoria haya aceptado venir algo antes a Boston con José, pensaba que no podría disfrutar de ella los pocos días que iban a estar aquí, por suerte pudo adelantar el trabajo que había en Cellos. Los nervios me llenan por dentro, haciendo que un ligero cosquilleo me recorra de pies a cabeza y acabe posándose en mi estómago.

—¿Estás preparado? —le pregunto.

—Eso creo. —Sonríe de medio lado.

Espero que reaccionen bien, no les he avisado de que iba a estar él, tampoco sabía nada hasta hace apenas unos minutos. Va a ser una gran sorpresa, lo único que está fallando en el plan es que su avión va con un retraso algo importante, pero bueno, mientras lleguen... Todo lo demás carece de valor. El móvil emite un leve sonido, un mensaje, supongo que suyo.

—¿Vas a decirme qué hacemos aquí?

—No, claro que no. —Río.

—Genial... —refunfuña.

Suspiro, me da un poco de rabia no haber podido encontrarme con Victoria y José antes, siendo una de sus mejores amigas debería de haberle conocido la primera, o al menos hace ya un tiempo. Supongo que al no llevar mucho tiempo, Vic tampoco ha querido hacerse muchas ilusiones y es por eso por lo que no me lo ha presentado.

—Viene Victoria. —Sonrío—. Era una pequeña sorpresa que tenía

preparada, por fin vas a poder conocerla.

—Vaya...

—¡Me hace tan feliz! Espero que te caiga bien.

—Estoy seguro de que así será, ya lo verás.

Acaricia mi espalda con delicadeza, lo que me hace que sonrío, siempre me hace sentir mejor. Antes de que pueda decir nada más, vuelvo a tirar de él hasta que llegamos a la puerta de la terminal y veo aparecer a la pareja feliz, cogidos de la mano y alegres como los que más. Me gusta verle así, ya era hora de que se olvidara del pedante de Larry, no se merecía a alguien como él. Lo perdió prácticamente todo por culpa de ese gilipollas, estuvo destrozada, y solo yo fui capaz de permanecer a su lado a pesar de los menosprecios y las tonterías de él. Aún no comprendo cómo Victoria no pudo darse cuenta de todos y cada uno de los engaños de ese sinvergüenza, hizo con ella lo que quiso y más. No puedo apartar la mirada del atractivo rostro de José, de ese porte que tiene.

—Oh, mira, es Victoria— exclamo—. ¡Sorpresa!

Nada más vernos, Victoria hace una mueca, algo falla, ya que su mano deja de hacer fuerza y se le cae la maleta, por lo que me acerco a ayudarla.

—¿Estás bien? —le pregunta José.

—Ehm —murmura—. Sí, sí, claro.

Parpadea rápidamente, mientras fija sus ojos en Drew como si hubiera visto un fantasma. José se agacha para coger la maleta, sujeta a Victoria por la cintura durante unos segundos hasta asegurarse de que no le pasa nada más.

—¿De verdad estás bien? —le pregunto preocupada.

—Sí, tranquila.

Coge un poco de aire, cerrando los ojos, y al abrirlos se fijan en los míos. Una enorme sonrisa se dibuja en sus labios y acaba por lanzarse a mis brazos.

—¡Cuántas ganas tenía de verte! —exclama.

Su mirada se desvía hacia otro lado, hace una ligera mueca que me suena demasiado, hay algo que no le gusta, cosa que me extraña.

—¿Y ese?

—¿Quién? —pregunto dándome la vuelta ligeramente.

—El chico —sisea.

—Es Drew.

Sonrío, me aparto ligeramente de ella y voy a por mi amado caballero de

reluciente armadura, cojo una de sus manos, tiro de él hasta que se planta frente a mi amiga y su pareja.

—Chicos, este es Drew Jones.

—Drew Jones... —repite Victoria, sin apartar los ojos de él.

—Encantado, es un placer conoceros, por fin.

Le tiende la mano a José e intenta besar a Victoria en una de sus mejillas, pero esta se aparta antes de que pueda hacerlo.

—Yo soy José Benavente —dice galán el acompañante de mi amiga.

—Me alegra mucho poder saber de ti y poder ponerte cara.

Asiente, a la vez que fija sus bonitos ojos en los míos, puedo sentir su calidez, lo buena persona que parece ser, y eso me gusta. Mi móvil suena, pero ni siquiera le hago caso, ahora no quiero prestar atención a nadie que no sean ellos.

—¿Cómo ha ido el vuelo? —pregunta Drew.

—Bien, bueno... Supongo que ya sabrás que hemos tenido un par de problemillas antes de embarcar.

—¡Vaya! —exclama.

El móvil vuelve a sonar, por lo que ya no dudo en ir a por él, tal vez le haya pasado algo a Lory o Megan, o puede que a Carter o a Emmett. Me alejo un poco de donde se encuentran mis amigos, para así poder ver qué es lo que ponen los mensajes.

Carter:

Tengo que hablar contigo, es urgente.

¿Qué habrá ocurrido? No tengo ni idea de lo que puede estar pasando.

Carter:

De verdad, María, necesito que nos veamos y hablemos.

May:

No será para tanto.

Carter:

¿Puedo llamarte?

May:

Claro.

Victoria

—Ese tío no es quien dice ser, José —digo bajando la voz para que no puedan escucharnos.

Le agarro con fuerza del brazo, para alejarlo ligeramente.

—¿Qué dices, cielo?

Niego con la cabeza, no me puedo creer que no se haya dado cuenta de que Samuel no hace más que interpretar un puto papel como el mejor de los actores. ¡Me parece muy fuerte que esté haciendo esto! ¿Y May? ¿No se ha dado cuenta de que es más falso que yo que sé qué?

Creo que me va a dar algo, aún no puedo asimilar que Samuel ahora se esté haciendo pasar por ese tal Drew, y estoy segura de que solo quiere hacerme daño, o lo que es peor, tal vez quiera hacerle daño a ella, y eso sí que no lo voy a consentir.

—¿Todo bien? —me pregunta May con una sonrisa de oreja a oreja.

—Sí, claro, pero...

—¿Pero? —me interrumpe—. ¿Qué puedo hacer para que desaparezca ese claro?

—Necesito hablar contigo.

Ladeo un poco la cabeza, alzando las cejas, para que se dé cuenta de que necesito de verdad hablar con ella. ¿Es qué no se ha dado cuenta?

—Bueno, ¡ya habrá tiempo para hablar!

—May, alguien llama a tu teléfono —le dice Drew.

—Voy.

Se aleja de nosotros para poder hablar, pero poco después vuelve. Qué raro... Supongo que como ha dicho, no tiene ganas de hablar, y es hora de disfrutar, aunque teniendo a «Drew» con nosotros algo me dice que va a ser un poco difícil pasarlo bien, por lo menos para mí.

—Oye, May... Necesitaría ir al hotel a dejar las maletas y cambiarme, tengo un poco de calor.

—Claro, ahora mismo vamos. —Sonríe.

Poco después entramos en la habitación, por suerte los dos hombres se

han quedado en el bar del hotel tomando algo mientras nosotras subíamos, así podré hablar tranquilamente con May de lo que ocurre.

—¿Qué es lo que te pasa? —me pregunta—. Llevas con el morro torcido desde que te has subido en el coche.

—Tengo que hablar contigo.

Se sienta en el borde de la cama y me mira, esperando a que le diga qué es lo que me ocurre.

—María, de verdad te lo digo... Drew no es quien crees que es —le suelto sin más.

—¿Ah, no? Y según tú, ¿quién es? —pregunta a la defensiva, poniendo los brazos cruzados bajo sus pechos.

—Es Samuel.

—Pero ¿tú estás loca? ¿Cómo va a ser Samuel? —exclama—. Será que hace mucho que no lo ves y te has confundido.

—María, me he acostado con ese hombre, sé quién es.

O por lo menos sé quién es el personaje al que interpretaba, porque a la vista está que en realidad ni Samuel era Samuel, ni Drew es quien dice ser. Me siento en una de las sillas que hay en la habitación.

—Ese hombre quiere hacerme daño, María —admito.

—¿Por qué dices eso? —pregunta preocupada—. No lo comprendo.

Niego con la cabeza, sé muy bien lo que ha hecho con ella, cómo se ha metido en su mente, igual que lo hacía Larry conmigo, ha sabido jugar esa baza y al parecer le ha salido de maravilla. Miro con pena a mi amiga, estoy segura de que hay algo detrás de Drew, de Samuel, o como puñetas quiera llamarse, algo que me ayude a demostrarle a May que estoy en lo cierto y que ambas corremos peligro.

—María, de verdad, te hará daño, igual que quiere hacer conmigo.

—¿Por qué iba a querer hacerte daño a ti? —pregunta confusa—. Precisamente a ti —escupe—. Vic, de verdad, no sé qué es lo que estás tramando, ni qué te he hecho para que ataques a Drew así.

«¡Por que no es Drew, es Samuel!», grito para mis adentros. Cojo a mi amiga por los hombros y empiezo a zarandearla, necesito que por primera vez en su vida piense con la claridad suficiente como para darse cuenta de que lo que está ocurriendo es muy real.

—¡María! —Alzo la voz, intentando hacerle entrar en razón—. He estado en su casa, he entrado en su casa de San Francisco, ese hombre está chalado.

Niega con la cabeza, si creer lo que le estoy diciendo. Tendría que haberle hecho fotografías a todo lo que encontré, podría habérselo enseñado, me habría creído y se alejaría de ese energúmeno.

—De verdad, está loco, créeme.

—No sé cómo puedes decir esto... —dice en voz baja—. Para una vez que encuentro el amor, y solo haces que intentar joderlo.

Y sin decir nada más, sale de la habitación, hecha una furia, decepcionada y con los ojos llenos de lágrimas. ¿Qué se supone que debo hacer yo ahora? ¿Ir detrás de ella y decirle que tiene razón, qué Drew es el hombre de su vida? No puedo quedarme callada y fingir que nada de esto ocurre. Me tapo la cara con las manos, tengo que hablar con ella, tengo que hacer algo para que ese capullo no le rompa el corazón. Por suerte, conmigo no lo consiguió y por eso ahora ha ido a por ella.

—¡Victoria! —escucho gritar a Samuel al otro lado de la puerta, mientras la golpea salvajemente.

—Mierda, mierda, mierda...

Como May no había acabado de cerrarla, entra de golpe y sin que pueda hacer nada por evitarlo. Corro hacia el baño, pero antes de que pueda cerrar la puerta con el pestillo, la abre, me mira con rabia, sus ojos están llenos de algo que ni siquiera soy capaz de descifrar.

—¿Qué cojones le has dicho a María?

—Eso no es cosa tuya, Samuel —lo llamo por su nombre.

—¿Te crees muy lista? —Deja ir una sonora carcajada—. Jamás te creeré, ya me encargaré yo de ello.

May

Salgo del hotel tan deprisa como puedo, siento un terrible vacío en mi interior, lo que ha hecho Victoria no está nada bien, ¿cómo mi mejor amiga ha podido hacer algo así? ¿Es que acaso no tiene corazón? Niego, aún no me lo puedo creer. Mi móvil suena y es ella, pero no pienso hacerle caso. Me meto en el interior del coche, me tapo la cara con las manos y lloro, sin pensar en nadie más, ahora mismo solo existo yo. Cojo aire como puedo, hasta que alguien da varios golpes en la ventanilla por lo que me sobresalto, y mi corazón se acelera. Es Drew.

—¿Qué haces aquí, pequeña? —pregunta preocupado tras sentarse en el

sitio del copiloto.

—Nada... Yo...

Hace un gesto con el labio, sabe que hay algo que no funciona. Pasa uno de sus dedos por mis mejillas, llevándose consigo mis pequeñas lágrimas de dolor y amargura.

—¿Qué te pasa?

—Victoria —dejo ir mediante un murmullo.

Suspiro, intentando aguantar las lágrimas que no dejan de emanar de mis ojos, no soy capaz de contenerlas, ahora mismo me siento fatal.

—¿Qué ha hecho?

—Te ha confundido, cree que eres Samuel.

—¿El capullo del que me hablaste? —pregunta extrañado.

Asiento sin decir nada, metida en mis pensamientos, ¿cómo demonios puede pensar que yo puedo estar con alguien tan repulsivo sin enterarme? Es más, ¿qué le hace pensar que Drew podría engañarme?

—No me lo puedo creer... —espeta.

—Ni yo.

—Eso es que está dolida, María.

—Está celosa de que haya encontrado a un hombre maravilloso, eso es lo que le pasa —me sincero—. No soporta la idea de que solo ella pueda ser feliz junto al hombre de sus sueños.

Me abraza, y no puedo evitar dejar ir un quejido que me parte en dos, por suerte a mi lado está él, para cuidarme cuando no puedo hacerlo yo sola.

—No pienses eso, pequeña... Seguro que solo ha sido un malentendido.

—Que no, Drew...

—¿Crees que está celosa?

Asiento con los ojos llenos de lágrimas y el corazón encogido. Aún no me lo puedo creer. . Aún no soy capaz de creerme esta situación, ¿cómo puede haber arremetido así contra Drew? Es un buen hombre, pero eso a ella no le importa, hay veces en las que su cabezonería juega en su contra.

—Tal vez sí que lo esté —admite.

Suspiro, será mejor que deje que pase el tiempo hasta que vuelva hablar con ella, para que todo se calme y las aguas vuelvan su cauce.

—¿Quieres que volvamos a subir?

—No lo sé, la verdad...

Durante unos segundos vuelvo a taparme el rostro, intentando calmarme,

me ha sentado muy mal que haya dicho eso, y cuando hable con ella espero que reaccione, no puede ser que vaya así por el mundo. Jamás pensé que fuese a ponerle zancadillas a mis ruedas, no lo esperaba de ella.

—Necesito que me dé un poco el aire.

Saco el móvil del bolso, y me encuentro con cinco llamadas de Victoria, y una de Carter, pero no solo eso, mi amiga, además, me ha escrito.

Victoria:

María, por Dios, no puedes irte así, vuelve.

May:

Sinceramente, no tengo ganas de volver a hablar del tema. Piensa lo que quieras.

Victoria:

Yo ya te he advertido.

May:

Si subo a la habitación, que sepas que es por José, no por ti.

Dejo ir un bufido, no sé qué me hace más daño, sí que ella no se dé cuenta de las cosas, o ser yo quien no le habla bien. Después de todos los años que llevamos juntas, no dejaré que nuestra amistad se rompa por algo así, pero si no le cae bien Drew, tendrá que vivir con ello.

22

Llegamos a casa unos minutos después, necesito desconectar aunque sea durante un momento, por lo que aprovechamos que ellos quieren darse una ducha y cambiarse para volver a mi piso.

—Ahora voy —le digo a Drew, deteniéndome en los buzones.

Abro el mío y me encuentro con un sobre, es igual al que me han dejado esta mañana frente a la puerta. No miro lo que hay dentro, directamente me lo guardo en el bolso, si es lo que creo que es, será mejor que Drew no lo vea.

Al subir al apartamento, dejo el bolso en el recibidor, aunque guardo los dos sobres bajo el vestido, intentando que no se caigan y que él no se dé cuenta de lo que llevo. Saco cada una de las fotografías y las dejo encima del mármol, hay algo escrito detrás de cada una de ellas, pero no soy capaz de descifrar. Intento ponerlas en fila, una tras otra, hasta que consigo ordenarlas. No – Te – Fíes – De – Él

Rebusco dentro del sobre, en el primero de ellos no hay nada más, pero en el segundo sí. Desdoble una pequeña nota que había pasado desapercibida nada más sacar las fotografías.

Aléjate, no es quien dice ser. Hay quien te está advirtiéndote y tus oídos son sordos a sus palabras, márchate tan lejos como puedas, huye.

Trago saliva, asustada, pero por una parte extrañada. ¿Quién demonios sabe esas cosas de él y por qué?

Apenas ha pasado un día desde que llegó Victoria, no hemos vuelto a hablar del tema, aunque tampoco quiero. Le doy un largo sorbo a mi cerveza y veo cómo Carter entra en el bar. Llega pronto, a pesar de que son pasadas las ocho de la tarde y la noche ya se cierne sobre San Francisco. Nada más verme, una sonrisa se dibuja en sus labios, se acerca a donde me encuentro, me abraza con fuerza, hasta que al separarnos nos quedamos a escasos centímetros. Puedo ver sus hermosos ojos claros fijos en los míos, nuestros rostros están tan cerca... Tanto, que puedo incluso el perfume que adorna su cuello.

—¿Cómo te encuentras? —se interesa.

—Bien, algo cansada y agobiada, pero bueno, ya se me pasará.

Se sienta a mi lado y le pide al camarero que le sirva una cerveza como la mía, a la cual le da un largo trago. Coge aire y desvía su mirada hacia el hombre que hay a mi espalda, quien nos observa.

—¿Le pasa algo? —pregunta Carter al susodicho en cuestión.

—No, no... —murmura la persona a la que no veo todavía.

—Pues entonces no esté pendiente de lo que hablamos.

Me giro para poder mirarle también, por unos instantes ha abandonado su asiento y se ha pegado a mi espalda tanto que era incluso incómodo sentirle tan cerca.

—Tal vez sería mejor que saliéramos fuera —murmura Carter—. Tengo el coche ahí aparcado.

Señala la puerta y veo cómo un reluciente vehículo rojo brilla bajo las pequeñas gotas de lluvia que aún permanecen tras haber estado toda la tarde cayendo agua.

—Sí, tal vez sea mejor —afirmo.

—Antes nos acabamos esto.

Alzo mi vaso para poder brindar, me alegra haber conocido a Carter, aunque es extraño, sigue habiendo algo en mi interior que se vuelve loco al verle, ni siquiera soy capaz de aguantarle la mirada y eso me hace sentir débil.

—Por nosotros. —Sonríe.

—Sí, por nosotros —repito.

Le damos un buen sorbo a la bebida y poco después nos las terminamos, no sé cómo ha podido bebérsela tan deprisa, yo llevo por lo menos quince minutos mirando el móvil y tomándomela. Será que ni siquiera tengo sed.

—¿Vamos? —pregunta, invitándome a levantarme.

—Claro.

Al salir del *pub* nos metemos en el coche, Carter conduce bien, algo rápido, pero eso ahora no importa. Unos minutos más tarde se detiene junto a un parque desértico que servirá perfectamente para que podamos hablar con tranquilidad. Salimos del coche, quedándonos frente a él, apoyados en el edificio que hay en la misma acera.

—¿Qué es lo que tanto te preocupa? —me pregunta.

—Todo —admito—. Ha venido Victoria y se ha inventado de todo sobre Drew, acusándolo de ser alguien que no es —bufo—, y encima ha tenido el morro de decirme que va a hacernos daño, que quiere herirla, y a mí lo

mismo.

Durante unos minutos permanece en silencio, cosa que no me gusta, hay algo que ronda en su cabeza, pero no acaba de decírmelo.

—¿Qué pasa, Carter?

—¿Sinceramente? —pregunta.

—Claro.

Baja la vista, fijándola en mis manos, y al alzarla me mira a los ojos.

—Victoria está en lo cierto —murmura—. No sé quién es Drew, pero hay algo que esconde y que no me gusta nada.

—A ti lo que te pasa es que estás celoso.

—Pues sí, lo estoy, me corroe por dentro saber que él está en tu cama, que puede ver esa hermosa sonrisa cada mañana —reconoce—, pero no por ello te mentiría sobre él.

Deja ir un gruñido que hace que mi cuerpo se estremezca, siento cómo sus fuertes manos se posan encima de mis brazos, haciendo que mi espalda quede pegada a la fría pared, acelerando mi corazón como si fuera a salirse del pecho.

—Me gustas, May, más de lo que jamás pudieras imaginar —admite—, pero no es por esto por lo que te he hecho venir, ese tío es un capullo, un mentiroso y un rastrero.

—¿Acaso tienes pruebas de ello?

—Tú misma las tienes, las llevas en el bolso guardadas, sé quién te las ha estado dejando, porque yo también las tengo —murmura

Trago saliva, ¿y si todo lo que me dijo Victoria era real? Tal vez Carter y ella tengan razón, y Drew no sea quien dice ser.

—He intentado cuidar de ti, pero él no me ha dejado —me explica—. Incluso las flores...

—¿Qué flores?

—Ni siquiera esta hermosa rosa es tan bella como lo eres tú —recita—. Disfruta de ella, pequeña rosa.

El corazón deja de latirme durante unos segundos, el pecho se me encoge y me falta la respiración, todo lo que creía real se me está viniendo abajo. Mi móvil suena, desbloqueo la pantalla y allí está, un mensaje suyo.

Drew:

¿Dónde estás?

May:

He salido, no tardaré en volver.

Cierro los ojos, y noto las pequeñas lágrimas agolpándose en mis pestañas, preparadas para salir.

—Es él, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabes? —Le miro.

—Porque solo quiere controlarte y controlarte.

Niego con la cabeza, él no ha sido así en ningún momento, ¿por qué iba a serlo ahora?

Drew:

¿Con quién has salido?

May:

Con Lory.

Dejo ir un suspiro, le he mentado.

—¿Ves?

—Él no es así. —Sentencio.

—Pero lo está haciendo, lo puedes ver tú misma, solo relee los mensajes.

Hace un pequeño gesto, a la vez que deja ir un quejido, se acerca un poco más a mí, colocando una de sus manos en mi cintura. El calor de su piel contra mi ropa hace que todo mi ser se encienda de una forma especial que nadie había conseguido jamás.

—May, solo voy a pedirte una cosa.

Desvío la mirada, no puedo aguantarla, esos ojos que tiene son capaces de hacer que el nerviosismo nazca en la parte baja de mi vientre y trastoque todo lo que siento. Un escalofrío me recorre de pies a cabeza. Una de sus manos sube por mis brazos hasta llegar a mis mejillas, acaricia una de ellas, igual que lo hace con mi cuello. Vuelvo a mirarle, tiene los ojos brillantes, pequeñas lágrimas se agolpan en ellos, y no entiendo por qué.

—¿Qué vas a pedirme? —consigo decir.

—Qué dejes que cuide de ti, aléjate de Drew.

—Sé cuidarme sola, Carter.

—Lo sé, pero... También he visto las pruebas, han demostrado que no es quien dice ser, y eso no me gusta ni un pelo —añade—. No me fío de él.

Dejo ir un profundo suspiro que me vacía por dentro y deja que la desolación se asome a mi alma.

—Descubre al monstruo con el que te acuestas —gruñe.

—¡No es un monstruo! —me molesta su comentario.

—Habla con Victoria, ella lo sabe todo —me dice—. Aunque lo más

seguro es que ya lo hayas hecho y no hayas querido escucharla.

Niego con la cabeza, aun a sabiendas de que tiene razón. No he querido oír a mi mejor amiga, y ahora hago lo mismo con él. ¿Y si realmente están en lo cierto y Drew no es quien dice ser?

—Vino a verme, May... Me amenazó con que te haría daño si volvía a acercarme a ti, cuando supo lo de las rosas se volvió loco, perdió la cordura que le quedaba y por poco acabamos en el hospital.

—No, no... No puede ser.

No puedo entender lo que me dice, suena todo tan confuso, tan diferente a lo que yo he visto, que me parece mentira.

—May —posa su dedo índice en la parte baja de mi barbilla y la alza para que le mire directamente a los ojos—, como se le ocurra ponerte una mano encima, lo lamentará, no volverá engañar a nadie, ni siquiera a andar —ruje enfadado.

Algo en mi interior cambia, un pequeño chip que no había acabado de accionarse, lo hace. Las manos me arden, igual que todo el cuerpo, las meto en los bolsillos de su cazadora vaquera y tiro de él hasta que queda completamente pegado a mí. Mi corazón me dice que le haga caso, me ruega que me escape de la jaula de Drew para marcharme libre a su lado.

—Carter, yo...

—¿Tú qué, mi rosa?

Pasa una de sus manos por mi pelo, recolocando un mechón que caía por el lado derecho de mi rostro. Me muerdo los labios, me noto ansiosa, necesito besarle, ver qué es lo que siento cuando nuestras pieles se rozan. Ahora mismo me siento tan desorientada y perdida en la vida que ni siquiera sé qué es lo que debería hacer, por eso decido escuchar lo que me dice mi corazón.

23

Nuestras manos vuelan por encima de la ropa, ni siquiera sé cómo hemos llegado al apartamento de Carter, todo ha pasado tan rápido, tanto... Carter es tan dulce como apasionado, es capaz de hacer que mis piernas tiemblen con tan solo una mirada, que mi sexo arda en deseos de dejarse llevar por él y que nazca un cosquilleo en mis manos de las ganas que tengo de recorrer cada centímetro de su piel.

—Hace mucho que me muero por hacer esto.

Recorre mi mejilla con su dedo pulgar y, sin pensarlo ni un solo segundo más, me besa apasionadamente. Siento cómo mis mejillas se encienden al notar sus labios contra los míos, al ver la pasión que hay en ellos. Tras besarle, abro los ojos y me encuentro con dos pozos azules llenos de deseo y desesperación.

—Levanta los brazos —me dice con dulzura.

Hago lo que me pide, me quita poco a poco la camiseta y la deja sobre el sofá, paseo mis manos por su pecho, hasta que me deshago de la camisa oscura que le cubría y hago lo mismo que él.

Acaricia cada parte de mí, cada pedacito de mi cuerpo, venerándolo a cada beso que me da, rindiendo culto a mi alma y a mi corazón, cosa que me hace sentir especial y llena de felicidad. ¿Por qué esto no ocurría con Drew? Dejo ir un suspiro cuando sus manos se cuelan en mis braguitas y acaban deshaciéndose de estas. Apenas nos queda ropa que quitarnos, pero igualmente disfrutamos de cada una de nuestras caricias. Carter es capaz de transportarme a las nubes con cada una de ellas, de llevarme a un estado de paz inigualable que me envuelve y tranquiliza. Ojalá toda mi vida estuviera protegida por esta calma, no tendría que preocuparme por nada más salvo por mí misma.

—Quiero honrar cada uno de los centímetros que te recorren, mi rosa.

Suspiro, mis manos descienden por su duro vientre, acariciando su musculado pecho, hasta llegar a la cinturilla de sus calzoncillos. Me siento extasiada, si ni siquiera tengo capacidad de pensar con claridad, pero lo único que necesito saber es que esto es lo que realmente quiero, escuchar lo que mi interior me cuenta.

—Hazlo, Carter.

Pasa sus labios por toda mi piel, con una delicadeza deliciosa que me relaja hasta límites insospechados. Besa mis clavículas, mi vientre y la zona alta de mi monte de Venus, haciendo que el ansia crezca aún más.

—Lo haré, May.

Acuna mi rostro entre sus manos, me coge en volandas y me lleva hasta la cama, con cuidado. Se coloca sobre mí, dejando que todo su cuerpo se una al mío, a la vez que se aguanta sobre los codos, para no aplastarme. No puedo dejar de mirarle, de observar la belleza que le han otorgado los dioses, tan duro y tan fuerte como un auténtico dios nórdico. Lame mis labios, a la vez que yo solo puedo acariciar su espalda mientras intento besarle.

—Hoy seré yo quien rinda culto a tu piel, deja que te ame como nadie lo ha hecho nunca.

Cuela uno de sus dedos entre mis pliegues, rozando mi pequeño botón, provocando que todo mi vello se erice. Su miembro está tan preparado como lo estoy yo para que me haga perder el sentido y la noción del tiempo.

Durante unos segundos mi mente vuela hasta Drew, si realmente es quien dicen que es, haré que lo confiese, no permitiré que haga daño a nadie, y mucho menos a Victoria, ni que siga controlando mis emociones como lo ha hecho. Cuando descubra la verdad, dejaré que se marche y me olvidaré de él. No quiero tener nada que ver con una persona que hace esas cosas. Sin embargo, Carter es capaz de hacer que olvide todo lo que me rodea, por lo que dejo de pensar y simplemente me dejo llevar por lo que crea en mí.

Niego con la cabeza, Carter es tan distinto... tanto que me hace volar con tan solo el roce de su piel. Acerca su boca a la mía, uniéndonos con un beso que hace que mis piernas tiemblen y que todo mi vello se erice. Necesito sentirle como nunca antes lo he hecho, quiero saciar este deseo que me corroe por dentro hasta el punto de tener ganas de lanzarme a sus brazos cada vez que le veo.

—Hazme tuya, Carter.

—Ya eres mía, rosa —susurra contra mi oído—, solo que aún no lo sabías.

Todo mi cuerpo se ve envuelto en un escalofrío lleno de lujuria y pasión. Puede que yo no lo supiera, pero mi alma sí.

—Te necesito, Carter.

—Y yo a ti, May.

Su boca me devora, poco a poco desciende por mi cuello hasta llegar a mis senos, los cuales mima con tanta devoción y frenesí que parece una droga a la que volverse adicta. No puedo apartar la vista de él, ver cómo se relame nada más mirarme hace que mi humedad crezca, que le necesite cada vez más.

—Carter —digo con la voz entrecortada.

—¿Si, mi rosa?

—Fóllame —le ordeno.

Sonríe de medio lado, volviéndome loca de remate, encendiéndome aún más, si es posible.

—No voy a follarte —murmura—, te haré el amor, pero de mi vida entera.

Mis ojos se llenan de lágrimas al escucharle, mi corazón da un vuelco y siento que todos los nervios que había sentido por culpa de Drew desaparecen, dando paso a una oleada de amor sin igual. Las lágrimas se escabullen de mis ojos, empapando las sábanas.

—No llores, May —me pide.

—No es pena, Carter... —susurro—. Es amor.

Antes de marcharme, Carter me besa con esa dulzura tan característica que tiene y que cada vez me enamora más.

—Nos vemos pronto, ¿sí? —le digo.

—Claro. —Sonríe.

Nada más abrir la puerta, coge una de mis manos y tira de mi, volviendo a besarme.

—Ve con cuidado.

—Tranquilo, no pasará nada.

Salgo del coche con el corazón a mil. Me cuelgo el bolso del hombro derecho y cojo aire antes de subir a casa.

Al entrar en mi apartamento, me encuentro con una sola luz encendida y a Drew sentado en una de las butacas que hay al final del salón, junto a la ventana.

—Lory no está, May —me dice nada más entrar por la puerta—. Sé que se ha marchado a pasar el día fuera y que, por lo tanto, me has mentado.

Ni siquiera me da tiempo a cerrar la puerta, ya que se pone en pie y me mira con rabia. Se acerca a donde me encuentro, pasa una de sus manos por mi pelo y no puedo evitar contener la respiración. Mi corazón está acelerado

y por primera vez en mi vida siento temor a que un hombre me haga algo. Las manos empiezan a temblarme, intento coger aire para tranquilizarme y que no note lo que reamente estoy experimentando.

—Hueles a hombre, hueles... a sexo.

Acerca su nariz a mi pelo, a mis mejillas y a mi cuello. Todo mi vello se eriza ante el contacto de su piel con la mía, reacciona al miedo que tengo y al pavor de no saber qué es lo que va a ocurrir.

—Yo... —tartamudeo.

Mete una mano en el bolsillo de mi chaqueta y saca un pequeño trozo de papel, la cuenta del *pub* en el que nos hemos encontrado Carter y yo esta tarde. Hago una mueca, y dejo ir un suspiro. Está tan cerca que soy capaz de oler el alcohol que emana de cada uno de sus poros, huele a *whiskey* que echa para atrás.

—No me mientas, María, no lo hagas más —dice con maldad—. Si lo haces lo sabré.

Miro hacia otro lado, intentando no ver lo que esconden sus ojos, hay cajones abiertos, papeles revueltos, y entonces es cuando recuerdo a Ketty.

—¿Dónde está? —pregunto nerviosa.

—¿Quién?

—Ketty —gruño.

Vuelvo a mirarle a los ojos, más enfadada que nunca. A mí me puede hacer lo que le dé la gana pero jamás dejaré que lastime a mi pequeña cachorra, porque como lo haga, no habrá suficiente sitio en el que esconderse.

—Durmiendo.

—No..., no está durmiendo —espeto, comenzando a ponerme histérica.

No está en su cama, no hay ni rastro de sus peluches, no hay nada relacionado con ella.

—Has estado con ese hijo de puta, ¿verdad? —pregunta, furioso.

—¡Y a ti qué coño te importa! ¡Dime dónde está! —chillo, cada vez más alterada.

Pone una de sus manos en la parte alta de mi nuca, me sujeta con fuerza y tira de mí hasta que entramos en el pasillo, donde puedo ver que Ketty yace tumbada en el suelo, lo que dispara todas mis alarmas.

—Simplemente está dormida, así no nos molestará. —Sonríe malicioso.

Puedo ver la rabia en sus ojos, la falsedad que rebosa y llena toda la habitación. Drew alza una de sus manos, temo por mi vida, por mi integridad

física, pero antes de que pueda escaparme, me sujeta por el brazo, con una fuerza descomunal, ya no hay vuelta atrás. Cierro los ojos, intentando evadirme, alejarme de este lugar.

—Mereces que te haga sufrir, que acabe contigo... —gruñe.

La voz no me sale, ni siquiera puedo gritar. ¿Con qué clase de tarado he estado acostándome? Victoria tenía razón, la mujer pelirroja también, incluso Carter la tenía, y mi corazón lo sabía. Mis ojos se llenan de lágrimas.

Temo por mi propia vida, por todo por lo que he luchado durante este tiempo, de nada va a servir. Intento zafarme de su agarre, tiro de él, tratando que caiga al suelo, pero es imposible, Drew es demasiado grande como para que pueda hacerle algo y mucho menos si no me suelta.

—Déjala —escucho decir a Carter a mi espalda.

—¿Y si no lo hago? —cuestiona con sorna.

Vuelve a sonreír, a la vez que yo solo puedo quedarme quieta. Oigo cómo Carter da un paso adelante, lo que hace que Drew se ponga en guardia y algo más nervioso de lo que realmente está.

—Haré que la sueltes —gruñe amenazante.

—Inténtalo —le reta.

Niego con la cabeza, pidiéndole que no lo haga. No sé de qué es capaz estando en este estado, y eso me aterra.

—Será mejor que te marches —espeta mi opresor.

Carter vuelve a moverse, esta vez algo más deprisa, tanto que es capaz de golpear a Drew con un solo movimiento, haciendo que dé un paso atrás. Antes de que el rubio pueda cogerme, lo hace el otro, sujetándome con aún más fuerza de lo que ya lo hacía hace apenas unos segundos. Sin que ninguno de los dos nos lo esperemos, hace que dé media vuelta quedando mi espalda contra su pecho, saca uno de los cuchillos de la cocina, que debía tener guardado, y lo coloca sobre mi cuello. Rompo a llorar en silencio e intentando no moverme.

—Cuida de Ketty —le pido al hombre que llegó por sorpresa a mi vida y empezó a cambiarla con un simple cosquilleo.

—Lo harás tú, tranquila —me promete Carter.

Sé muy bien que Drew no se va a dejar llevar por lo que ninguno de los dos podamos decirle, ni siquiera si lo hiciera Victoria daría su brazo a torcer. «¡Joder! ¿Por qué no le haría caso?». Ahora me arrepiento, me arrepiento tanto de no haberlo hecho que empieza a reconcomerme por dentro. Aunque,

poco me durará si este loco armado acaba con mi vida antes de que vuelva a amanecer.

—O tal vez no. —Ríe Drew.

—¡Claro que lo hará! —le rebate.

Me sujeta con más fuerza, haciéndome daño en la espalda y en el brazo, el cuchillo cada vez está más pegado a mi piel, lo que me hace temerme lo peor. Se mueve por el salón, poco a poco, para tener bien controlado lo que pueda hacer Carter. Las lágrimas no dejan de empapar mi rostro, de bañarlo con el dolor y el pánico que siento ahora mismo.

—Tranquila, May —me pide.

—¡Qué bonito! —exclama Drew—. Vas a ver a tu amada morir por tu puta culpa, chaval —vocifera.

—La única culpa que hay aquí es la tuya, estás loco.

Dice que no con la cabeza, pero está más que claro que solo puede ser eso, ¿si no por qué iba a estar haciendo todo esto? No soy capaz de entender el motivo por el cual ha cogido esta obsesión conmigo. «¿Qué cojones le he hecho yo para merecerme esto?». Solo quería vivir tranquila, alejarme de los problemas y conocer al hombre que me hiciera rozar las estrellas con una sola mirada, lo peor de todo es que cuando parecía que lo había encontrado, va Drew y pierde la cabeza por completo, si es que realmente se llama así.

—¡Eres tú el culpable! Si no le hubieras mandado aquellas rosas de mierda nada de esto habría ocurrido, así que, ve buscando un buen psicólogo para cuando esto acabe, porque lo necesitarás, y mucho. —Ríe.

Da varios pasos más, alejándose de él y acercándose a la puerta. Veo cómo Carter aprieta la mandíbula con fuerza, sin apartar la mirada de mi captor, impotente por no saber cómo liberarme.

—Yo simplemente hago mi trabajo, querida —susurra en mi oído.

Tira de mí con tanta fuerza que lo único que puedo hacer es dejarme arrastrar por encima de la moqueta, hasta que abre la puerta me tira al suelo y acaba por salir corriendo del apartamento, como si nada hubiera ocurrido.

—¿Estás bien? —Se apresura hasta mi posición.

Asiento, a la vez que gateo como puedo hacia el interior de la casa, cierro la puerta y me hago un ovillo en el suelo, traumatizada por lo que ha pasado.

24

—¿Cómo te va el día? —me pregunta Carter con esa dulzura que tiene.

Me da un beso en la mejilla y se sienta a mi lado junto a la barra. Por suerte, es un hombre impresionante y ha accedido a quedarse en mi casa hasta que se me pase el temor a que ese capullo pueda echar la puerta abajo.

—Sigo alarmada por lo que pasó el otro día, pero no puedo hacer nada para que eso cambie, solo intentar pensar en otra cosa, pero ni siquiera eso me sirve.

—¿La policía aún no ha encontrado nada?

—No... —digo en voz baja.

—Tranquila, ya verás cómo lo solucionaremos todo.

—Eso espero, porque no puedo evitar asustarme cada vez que veo a algún hombre que se le parece.

—¿Quién abre hoy la floristería?

—Lory se va a encargarse ella de hacerlo hasta que esté algo más tranquila, no me atrevo a ir sola por la calle siendo aún de noche.

—Bueno, ya sabes que yo voy al mismo lugar, me da igual abrir antes o después.

Le abrazo, aunque acaba por ser él quien me cobija bajo sus fuertes y grandes brazos que tiene.

—Drew se ha ido, May, no hay nada que temer.

—Eso no lo sabemos.

—Además, hemos cambiado la cerradura, no podrá entrar por mucho que quiera.

Dejo ir un profundo quejido, me da miedo lo que pueda llegar a ocurrir, y eso que ya han pasado un par de días desde que desapareció.

—¿A qué hora has quedado con Victoria? —se interesa.

—Sobre las seis, esta tarde. Quiero pasarme por la floristería para poder hacer el cierre.

—¿Le has contado algo de...?

—No —le interrumpo antes de que pueda decir nada—. Solo le he dicho que tenía que hablar con ella antes de que se marchara, no quería asustarla.

—Bien hecho.

Cierro los ojos, me acurruco contra su pecho, algo en mi cabeza me grita que es con él con quien debo estar. Realmente no me había dado cuenta de que a Drew no le quería como tal, disfrutaba de su «amabilidad», de su «cariño», de la compañía y en ocasiones del sexo. Pero con Carter todo es tan distinto, tan puro, lo sentí desde la primera vez que su cuerpo rozó el mío y salvó mi vida, ya que gracias a él no quedé aplastada bajo la persiana metálica de la floristería. Es tan fuerte que es capaz de aterrarme el hecho de que llegue a traicionarme como ha hecho Drew.

—Gracias —musito.

—¿Por qué?

—Por quedarte conmigo estos días.

—No me las des, May.

En realidad desde que Drew estuvo aquí que no hemos vuelto a hablar de lo que ocurrió, ni siquiera de lo que pasó antes de que llegara a casa. No me ha contado cómo acabó apareciendo en mi apartamento justo a tiempo para detener a Drew y que no pudiera hacerme daño. Supongo que tras dejarme en mi coche, y a sabiendas de que a Drew se le podía ir de las manos la cosa, decidió no fiarse de él y vino por si se sobrepasaba, y así fue.

—Oye, Carter.

Gira levemente el taburete, dejando de rodearme con sus brazos y fija los ojos en los míos, a sabiendas que eso hace que me cohíba. Esos pozos azules que tiene acaban siendo mi debilidad.

—¿Si?

Ya no puedo seguir guardándome la pregunta, necesito saber qué es lo que siente para dejar de estar tan confusa respecto a todo.

—Aquello que me dijiste en el parque... —murmuro—, ¿lo decías en serio? Es decir, ¿de verdad lo sientes?

—¿Qué me gustas? —pregunta como si nada.

—Ajá.

—Claro que me gustas, me gustas muchísimo, May. —Sonríe—. Por eso cuido de ti y he hecho todo esto.

—Y...

Me mira, no aparta sus ojos de los míos, lo que hace que el pánico cunda en mí, el nerviosismo me acelere el corazón y solo piense en besar esos carnosos labios que me piden a gritos unos buenos besos.

—¿Qué va a pasar ahora?

—Que te enseñaré que todos los hombres no somos como Drew, y que todo no es lo que parece ser.

—¿Me lo prometes?

—Claro que te lo prometo.

Rodeo su cuello con mis brazos, beso sus mejillas, sus labios y poco a poco desciendo por su cuello. Me deshago del jersey de punto fino de color azul marino, dejándolo sobre la encimera. Recorro todo su pecho, sobándolo, y casi babeando al ver lo fuerte que está. Cojo una de sus manos y tiro de él hacia el sofá hasta que consigo que se siente para mí. No dejo de mirarle, se ha recogido el pelo, cosa que le sienta de muerte, se ha dejado algo más de barba y es ahora cuando realmente parece un dios nórdico de los buenos.

—Quiero que me lo demuestres ahora, Carter.

Acaricio su rostro, es tan atractivo.... Me siento a horcajadas encima de él, no separo mi boca de la suya, sus labios se mueven sobre los míos como si no hubiera nada que nos pudiera destruir. Posa sus manos en mi cintura y me sujeta para que no pueda alejarme, aunque tampoco lo haría. Siento todo mi cuerpo arder en deseos de tenerle pegado a mí, notar cómo nuestras almas se vuelven una. Me quito la camisa que llevaba cuando sus manos se cuelan debajo de esta. Acaricia mis pechos por encima de la ropa interior, los descubre y pellizca ligeramente mis pezones, endureciéndolos.

—Tengo ganas de ti.

—Pues cómeme y no dejes ni una miga. —Sonríe provocador.

Me mira desafiante, sujetando mis piernas alrededor de su cintura, eleva un poco mi falda y se levanta moviéndose por el salón hasta acorralar mi cuerpo contra una de las paredes que nos envuelven. Baja sus vaqueros negros, dejando que se arremolinen en sus pies, hace lo mismo con los calzoncillos, y con dos dedos rasga las medias negras que acompañaban a mi falda. Sus manos juegan entre nosotros, colándose entre mis pliegues, provocando una humedad aún mayor.

—Creo que jamás he visto a nadie como te veo a ti, May —susurra en mi oído.

El vello se me eriza, mi corazón se acelera y mi alma sonríe. Me sujeta con fuerza, para que no me caiga, aparta levemente las braguitas y, poco a poco, va entrando en mí, haciendo que un escalofrío me recorra de pies a cabeza. Dejamos ir un profundo gemido que llena la sala y que consigue despertar a Ketty, quien estaba dormida en su cama junto al sofá.

No puedo aguantar una carcajada que hace que Carter sonría de oreja a oreja, me agarro, rodeando su cuello con mis brazos, hasta que nos metemos dentro de la habitación para que la pequeña no nos moleste.

—Aquí mejor —digo.

—Seguro que sí.

Hace que me siento en la cama y poco después me pide que me tumbe en ella. No puedo apartar la mirada de él, de su escultural cuerpo y de esos ojos que me vuelven cada vez más loca, tan cambiantes como especiales. Se coloca encima de mí, pero sin rozar mi cuerpo, cosa que me pone nerviosa y otras cosas que no son nerviosa. Su boca empieza a acariciar mi cuerpo, primero mis pechos, mi cuello y, poco después sube hasta llegar a mis labios, los cuales lame y mordisquea hasta que le pido que me bese como Dios manda.

Paseo mis manos por su espalda, llegando a la zona de su cintura. Me siento ansiosa al tenerle completamente desnudo y no poder sentirle dentro de mí, por lo que acaricio su miembro hasta que lo coloco frente a mi entrada. Le miro sonriente, y no puede hacer otra cosa que dejar ir una sonora carcajada que me alegra la vida. Me guiña un ojo y, sin pensarlo dos veces, entra en mí de una sola estocada, haciendo que se me escape un gruñido que parece encantarle.

—Me vas a volver loco como sigas haciendo ruiditos.

—Tal vez sea eso lo que realmente quiero.

Unas horas más tarde ya estoy completamente preparada para irme hacia la cafetería de Rachel donde he quedado con Victoria. No le he contado nada de lo que ha ocurrido, ni siquiera le he hablado de Carter, espero que sepa perdonarme, aunque entendería a la perfección que estuviera enfadada conmigo, después de lo que le dije, sería lo más normal, o por lo menos si hubiera sido al revés.

—Buenas tardes. —Me saluda mi hermana nada más entrar.

—¿Cómo va el día? —Sonrío.

Ella tampoco sabe nada, en realidad solo lo sabemos Carter y yo porque éramos las personas que estábamos en el lugar, si no puede que ni siquiera él hubiera sido consciente. Me siento en una de las mesas y mi hermana no tarda en llegar.

—Pues la verdad es que está viniendo bastante gente para ser estas horas, pero bueno, ya sabes que no queda mucho para el cierre.

—Lo sé, lo sé —digo mirando el móvil—. A las ocho, ¿no?

—Sí, hoy sí.

Asiente, a pesar de que ya me ha confirmado que tengo razón.

—¿Qué vas a tomar?

—Mejor voy a esperar a Victoria, que está de camino.

—De acuerdo, voy a ver que necesitan por allí.

Miro por la ventana, esperando ver cómo mi amiga llega en algo menos de diez minutos, ya que me ha dicho que estaba aparcando, aunque por aquí no es que haya mucho sitio en el que hacerlo.

Me quedo mirando la calle durante un rato y en la distancia puedo ver a alguien que me resulta tremendamente familiar, tanto que creo que es Drew. Mi corazón deja de latir por un momento y, cuando vuelve a hacerlo, solo puedo pensar en esconderme de él para que no me vea. Saco el teléfono del bolso, nerviosa. Las manos me tiemblan, ni siquiera sé cómo soy capaz de sostenerlo. Busco el contacto de Carter con los ojos llenos de lágrimas y el miedo a flor de piel.

May:

Acabo de ver a Drew.

Carter:

¿Estás bien? ¿Te ha hecho algo?

May:

No, ni siquiera me ha visto. Estoy en la cafetería de Rachel.

Trago saliva, aún escondida, tirada encima de los asientos acolchados que hay junto a las ventanas de la cafetería. Cierro los ojos, intentando calmar a mi agobiado corazón el cual no deja de latir frenético.

—¿Estás bien? —escucho preguntar a Victoria a mi espalda.

—Eh... Sí, sí.

—¿Qué haces ahí?

—Mejor siéntate y te cuento.

25

Hace lo que le digo, se sienta frente a mí y le pide dos cafés a Rachel mientras espera a que le cuente qué hacía ahí agachada intentando esconderme. Rebusco en el interior del bolso el sobre con las fotografías que me dejaron en casa para que así las pueda ver ella también.

Le doy el sobre, dejando que se deslice por encima de la mesa hasta que chocha con su taza de café.

—¿Qué es esto? —pregunta.

—Míralo.

Coge el fino sobre, lo abre ligeramente y cuando ve las fotografías, alza la vista hasta fijarla en la mía. Hace una mueca de asombro y saca lo que hay dentro, colocándolas encima de la mesa, una a una.

—Samuel... —murmura.

—Ajá.

El móvil suena, un mensaje aparece en la pantalla.

Carter:

¿Todo bien?

May:

Sí, ya ha llegado Victoria.

Bloqueo el móvil, lo dejo en el bolso de nuevo y miro a mi amiga, quien ha dado la vuelta a una de las fotografías encontrando el texto que hay escrito en ellas. Las alinea una tras otra, hasta que consigue leer lo que hay atrás.

—Tenías razón —admito.

Deja ir un profundo suspiro, una mueca se dibuja en su rostro, parece triste o tal vez decepcionada.

—Siento haber tenido razón.

—No lo sientas... —murmuro—. Quien lo siente soy yo, te llevé la contraria, sin creer lo que me decías.

Siento ganas de llorar, y mis ojos se llenan de lágrimas. Tengo miedo de lo que pueda pasar, de lo que Drew o Samuel pueda o no hacer, pero es inevitable que me coma la cabeza.

—Estuvo en mi casa, me amenazó con un cuchillo...

—¿Qué dices? —me interrumpe.

—Por suerte, apareció Carter, acababa de estar con él, y...

—¿Carter? ¿El chico del que me hablaste? ¿El de la ferretería?

—Sí, él me advirtió de lo que estaba ocurriendo con Drew, alguien se puso en contacto con él, le envió las mismas fotos que a mí y algo más de información.

Asiente, sin apartar los ojos de las fotografías a la vez que niega con la cabeza una y otra vez. Tenía razón, ella me advirtió de todo lo que había en Drew y no me dio la gana hacerle caso.

—¿Y qué pasó?

—Carter consiguió que se marchara y no le he vuelto a ver más —le explico—. Hasta hace apenas unos minutos.

—Por eso te escondías... —coincide.

—Ajá.

No puedo dejar de pensar en aquel momento, en cómo Drew me sujetaba con fuerza para que no pudiera escaparme, en la forma en la que empuñaba el cuchillo y lo aguantaba pegado a mi cuello, dispuesto a matarme si hiciera falta. ¿Cómo alguien puede fingir así durante meses? ¿Cómo pudo acostarse conmigo y tratarme tan bien si luego pretendía acabar con mi vida? Son demasiadas preguntas sin respuesta.

—Hay tantas cosas que no entiendo. —Suspiro.

—¿Cmo cuáles?

—¿Por qué tú, Victoria? ¿O por qué yo? —pregunto—. ¿Qué ganaba con matarme?

—Tal vez solo sea un psicópata... —murmura dándole un trago al café—. Hace un tiempo, antes de la gala, entré en su casa.

De repente se tapa la boca, parece estar alucinando. Su tez cambia, igual que el gesto, se han vuelto blancos y el asombro ha tomado el control.

—¿Qué? —pregunto asustada.

—Cuando entré en su casa fue porque vi a un hombre extraño que —abre comillas con los dedos— forzaba —cierra las comillas— la entrada. Pensé que era un ladrón, el hombre se le daba un aire, pero no era él —me explica—, cuando subí a la primera planta, había decenas de fotos en las que salíamos nosotras, mi casa, la floristería, había muestras de pelo... De todo.

Abro los ojos como platos, ¡no me lo puedo creer! He estado compartiendo parte de mi vida y de mi intimidad con un loco de remate, quién sabe lo que podría haber hecho si se le hubiera ido la cabeza antes.

—Quiero saber por qué... —le digo.

—¿Y eso como lo vas a saber? ¿Vas a ir a preguntarle?

—No, ¡claro que no! ¿Cómo iba a ir a preguntarle? ¿¡Tú estás loca!?

Deja ir una carcajada, que no entiendo del todo bien y menos en la situación en la que estamos.

—A mí no me hace ni puta gracia —gruño—. Ese tío ha intentado matarme.

—Me río por no llorar.

Miramos las fotografías con detenimiento, en una de ellas hay un hombre extraño que no logramos reconocer. Es el hombre que nos llevará a donde se encuentre Drew y a las respuestas que necesitan mis preguntas.

—Mira. —Señalo al hombre.

—No soy capaz de sacar nada.

Recuerdo cuando Victoria me contó que su padre era policía en España, ojalá lo hubiera sido aquí, podríamos haber averiguado cualquier cosa sobre ese hijo de puta.

—Tú tranquila, María —me dice—. No será capaz de volver a aparecer por tu vida de nuevo.

Cojo aire, intentando calmarme, la verdad es que no las tengo todas conmigo, ni siquiera sé qué es lo que quiere ese hombre de nosotras como para que haya estado rondándonos así.

—Háblame de Carter —me pide.

—Carter es... impresionante. Pensaba que Drew era para mí, pero realmente era Carter quien estaba destinado a entrar en mi vida y cambiarla.

—Deja de mencionar a Drew, Samuel o como quiera hacerse llamar, anda.

—No puedo evitarlo, ten en cuenta que hace bastante que nos conocemos, y quieras que no...

—Pues haz lo imposible por no hacerlo.

Suspiro, en cuarenta y ocho horas ha cambiado todo tanto que creo que ni siquiera he sido capaz de asimilarlo debidamente.

—Carter es un hombre dulce, trabajador, apasionado, muy agradable y sencillo, pero al mismo tiempo igual de complejo.

—Ajá. —Le da un sorbo a su café.

—Es diferente, supongo.

—Me gustaría conocerle y que pudiéramos ir a algún lado con José, seguro que se llevarán bien, por lo que me cuentas.

—Ojalá sea así, porque algo en mí me dice que Carter va a estar conmigo durante mucho tiempo.

—Espero que así sea, María, de verdad, mereces tener a tu lado alguien que sepa hacerte feliz y que no te engañe como lo hacía el innombrable.

—Sé que es muy pronto para hablar así, conozco a Carter desde hace unos meses, y a medida que han ido pasando los días he ido sabiendo más de él, pero aún me queda mucho por descubrir y... No sé, espero estar haciendo lo correcto.

—¿Te crees que para José y para mí fue sencillo? —pregunta alzando una ceja—. Él es uno de los hombres más importantes de todo San Francisco, por no decir de Estados Unidos, y ahora de repente está con una chica que trabaja de subdirectora de una de las sedes de una empresa que, a pesar de que es muy buena —bromea—, no le llega ni a la suela del zapato a ninguna de las tuyas.

En realidad tiene razón, tuvo que ser difícil para dos personas como ellos, con un carácter tan fuerte y conociéndose tan poco, el hecho de que se pudiera llegar a hablar de su relación como ahora lo está haciendo Victoria.

—Entonces... ¿José realmente era el chico de las fotografías del parque?

—Ese mismo.

José ha sabido enseñarnos que no todo es lo que parece ser y que hay gente que, a pesar de tenerlo todo en este mundo, es capaz de darle más importancia a las cosas más sencillas de esta vida.

—Y tú, ¿cómo te sientes?

—Pues... la verdad es que aún estoy desconcertada, confusa y algo aterrada por todo lo que ha ocurrido, pero... —hago una pausa—, con Carter a mi lado estoy feliz, me siento segura, es como si nada pudiera pasarme cuando estoy a su lado, y eso me gusta.

—Me alegra de que así sea, amiga. —Coge una de mis manos y la acaricia.

—Gracias, Victoria. —Sonrío.

Miro el reloj, ya son las ocho pasadas y la floristería ya debería estar cerrada, pero entre una cosa y otra he acabado liándome. Guardo la agenda en el bolso.

Carter:

Ketty y yo estamos esperando a que llegues.

Adjunta una fotografía de ambos en el sofá viendo la televisión. Es tan

dulce que me parece imposible que pueda aparecer otro hombre más perfecto para mí, tiene dulzura y pasión en su justa medida.

—Bueno, Vic —digo, aún sujetando el móvil—, ¿nos vemos mañana y cenamos los cuatro juntos?

—Claro, nosotros encantados. —Sonríe.

—Pues quedamos así, entonces.

Me abrazo ella, siento el miedo en su cuerpo, pero debe saber que ahora ya nada podrá hacerme daño. Drew se ha marchado, y espero que no vuelva jamás.

—Ve con cuidado.

—Sí, tranquila.

Cuando me despido de ella, vuelvo a desbloquear el teléfono y contesto al mensaje que me ha enviado Carter.

May:

No tardaré en llegar.

Carter:

Aquí te esperaremos entonces. ¿Qué te apetece cenar?

May:

Cualquier cosa me sirve, no te compliques.

Carter:

De acuerdo, preciosa.

Aunque lo que más me apetece es comerte a ti.

May:

Ah, ¿sí?

Siento cómo mis mejillas se enrojecen, ¡este hombre hará que un día me dé una taquicardia con uno de sus mensajes!

Carter:

Sí, mi bella flor.

No tardes, estoy hambriento.

Sonrío, cada vez me gusta más este hombre. Cierro la puerta de la floristería y me doy la vuelta para poder bajar la persiana metálica, es entonces cuando me encuentro una hermosa rosa blanca y pura a mis pies. Miro hacia todos lados, pero en la calle no hay nadie que la haya podido dejar tirada, no comprendo cómo ha llegado hasta aquí. Frunzo el ceño, a la vez que me agacho a cogerla. De reojo puedo ver cómo alguien se acerca, por lo que mi corazón empieza a latir cada vez con más fuerza y velocidad, tanto que creo que se me va a salir del pecho. Los nervios nacen en mi interior haciendo que las manos me tiemblen y que un sudor frío me recorra de pies a cabeza, acto seguido, y sin que pueda hacer algo por impedirlo, dejo de notar

nada más que un profundo dolor que atraviesa toda mi columna, haciendo que caiga hacia adelante sin poder evitarlo.

Me siento mareada, confusa, me pesa la cabeza y ni siquiera soy capaz de ver con claridad. Todo está borroso y oscuro. Intento erguir la cabeza, aunque sea un poco, pero entonces el fuerte dolor que sentí antes de desmayarme vuelve a aparecer, atravesándome por completo. Parpadeo, pero no consigo ver mejor, solo distingo algunas formas dentro de la gran sala. Al fondo de esta hay una ventana por la que entra algo de claridad, ¿cuánto tiempo llevo aquí metida?

Trago saliva, un sabor metálico y asqueroso llena mi boca, descendiendo por mi garganta. Noto cómo todo mi cuerpo lucha por seguir viviendo, pero apenas puedo mover los dedos, todo me pesa. Tengo las manos atadas a los reposabrazos de una silla, igual que los pies a sus patas y el torso al respaldo.

Se oyen pasos sobre algo que no consigo distinguir. Cierro los ojos, esperándome lo peor, cojo aire como puedo, ya que ni siquiera mis pulmones son capaces de llenarse como lo han hecho siempre.

—Vaya, parece que ya estás despierta —escucho decir a alguien a mis espaldas.

Se cierra una puerta de metal, haciendo un fuerte ruido. Los pasos se acercan hasta que ese alguien se sienta frente a mí, encendiendo una luz que me deslumbra por completo y provoca que el dolor vuelva.

—¿Cómo estás, María? —Es Drew, estoy segura.

—Hijo de puta —gruño entre dientes.

Mis ojos se llenan de lágrimas, ¿cómo he podido ser tan idiota? Se lo he puesto tan sumamente fácil... Debería haberle pedido a Carter que viniera a buscarme, que no me dejara sola, esto no habría ocurrido.

—Es una lástima que no estuviera tu amiguita —dice con sorna—, teníamos un sitio reservado para ella.

Mira hacia uno de los lados, junto a mi hay otra silla preparada para poder atar a otra persona, a Victoria.

—Confiábamos en que estuvierais juntas, pero parece que no eres lo suficientemente importante como para no dejarte sola —escupe—. No sé cómo no la odias.

Cierro las manos en puños, lo único bueno de que haya aparecido es que

parece que he recobrado algo de fuerza, por lo menos no estoy tan dormida como antes. No aparto la vista de él, hasta que coge un cubo de algo que no sé qué puede ser.

—Vamos a jugar, ¿vale? —Sonríe.

Cada vez me da más asco, no puedo mirarle sin sentir odio y rabia, si pudiera lo golpearía tantas veces como fuese necesario para que perdiera la consciencia, para matarlo con mis propias manos.

Siento cómo algunas de las lágrimas que se agolpaban en mis ojos empiezan a descender por mis mejillas. Niego con la cabeza, no voy a permitirlo, no dejaré que ese traidor vea que algo en mí se ha roto al ver que Carter y Victoria tenían razón. Siento el dolor en lo más profundo de mi corazón, me ha traicionado sin que yo le hubiera hecho nada para merecerlo, pero ¿por qué?

—¿Por qué haces esto? —pregunto con la voz estrangulada.

—Me gusta pasarlo bien.

—Eres un capullo, Drew —rujo—, si es que realmente te llamas así.

—Quién sabe. —Hace un gesto de indiferencia.

Me siento imponente, derrotada y tan molesta como dolorida. Coge el cubo con fuerza y, sin pensarlo dos veces me echa el contenido por encima, haciendo que ni siquiera pueda respirar. Al abrir los ojos veo cómo la sangre que me acaba de echar va goteando poco a poco en el suelo. Tengo ganas de vomitar, ni siquiera puedo seguir mirando por lo que intento ladear la cabeza hacia un lado, pero no me lo permite. Se coloca frente a mí con una silla y sujeta mi rostro.

—¿Qué haces, María? ¿No te gusta? —Sonríe como un loco—. ¿Es que en algún momento pensaste que te quería?

Deja ir una sonora carcajada, esperando a mi respuesta, pero tampoco es que le importe demasiado, ya que chasquea la lengua.

—Él me pagó para que lo hiciera, nada de lo que has vivido ha sido real —resume—. Eres patética, casi tanto como tu queridísima amiga.

—¿Y las flores? ¿Y los regalos? ¿Es que no sentiste nada por un instante? ¿Qué hay de todas esas rosas que compraste?

No deja de reír, cosa que cada vez me va poniendo más nerviosa y de más mala leche. Si pudiera... ¡lo mataría!

—Mi única misión era acercarme a ti y arruinarte la vida, María —se sincera—. Tenía que llevarme a Victoria, pero la muy puta se me escapó.

Se apoya sobre la mesa y prosigue:

—Encontró algo que jamás debería haber visto, y de ser ella el objetivo, pasaste a ser tú, mi ingenua María —dice a la vez que pasa uno de sus dedos por mi mejilla.

—Das asco, Drew.

—Tranquila, esto no ha hecho más que empezar. —Sonríe—. Cuando acabe, ya no sentirás nada.

Aprieto la mandíbula, llena de ira. La rabia corre por mis venas, igual que el dolor.

Carter

Lleva desde ayer por la tarde desaparecida, ni siquiera contesta a los mensajes y llamadas. Nadie sabe dónde está, hemos entrado en la floristería, en la cafetería de su hermana, pero no hay ni rastro de ella. Me paso una mano por la cara, sin apartar la mirada de su coche, el cual ha encontrado la policía en el interior del lago Jamaica Pond, por suerte han sido rápidos y tal vez podamos encontrar algo en él.

—¿Cómo vas, tío? —me pregunta Roth.

No le respondo, ahora mismo no tengo ganas de hablar con nadie, solo necesito encontrarla, saber que está bien, qué ese hijo de la gran puta no le ha hecho nada malo y que tan solo se ha marchado a dar una vuelta porque necesitaba despejarse y no pensar en lo que ha estado ocurriendo desde que encontramos las pruebas. Pero algo me dice que no es así.

Miro a mi ex compañero del ejército, Roth, quien ahora sirve entre las filas de la policía de San Francisco. Hay algo que no le conté a May, y es que durante años fui parte del ejército de los Estados Unidos, fue lo único capaz de hacerme olvidar todo lo que mi pasado ocultaba, y me hizo crecer hasta ser Sargento Mayor.

Suspiro, nada de lo que había conseguido me ha ayudado a averiguar quién es ese capullo, ni para mantenerla a salvo de él.

—La encontraremos, sargento —me promete.

—Encuéntrala viva.

Miro a mi excompañero. Hay algo que no le conté a María, y es que durante años fui parte del cuerpo de seguridad de Boston, llegando a ser incluso sargento de mi unidad. Pero nada de eso me ha servido para averiguar

quién es ese capullo, ni para mantenerla a salvo de él.

Me siento rabioso, impotente por no haber hecho nada, por no haberla ido a buscar para ayudarla a cerrar la floristería. Desde aquel día en el que la conocí de verdad supe que iba a irrumpir en mi vida como un maldito huracán, y eso ha hecho, ha destrozado mi interior para darle una nueva forma capaz de amoldarse perfectamente a la suya. Si ahora le ocurriera algo... Parte de mi moriría con ella.

—Roth —le llamo antes de que se meta en el coche.

—¿Dime, Brown?

—Dame tu arma —le pido.

—Tío, eso no puedo hacerlo.

—Por favor, necesito encontrarla y acabar con él, como le haya hecho algo... —murmuro.

Desvía la mirada hacia su nuevo superior y luego vuelve a mirarme.

—Te lo pido una última vez —digo entre dientes.

Deja ir un suspiro, niega con la cabeza y poco después desenfunda su arma personal, no la reglamentaria. Me la da, intentando que el resto no vean lo que está pasando. La guardo tras mi espalda, cubriéndola con el bajo de la camiseta.

—Gracias, tío.

—No hagas nada que luego puedas lamentar —me dice—. Espera a que lleguemos.

Mi móvil vibra, por lo que rápidamente lo saco de mi bolsillo, desbloqueándolo, pero no es más que Jordan, otro de mis excompañeros, quien me ha enviado la información que ha encontrado sobre Drew.

—Logan Reed. —Leo—. Ese capullo la ha estado engañando desde que la conoció, o se llamaba Drew Jones... —Aprieto una de las manos, cada vez más enfadado—. No hay información sobre él, ni rastro ha dejado durante su vida.

Llamo a Jordan, quien no tarda más de dos segundos en responder.

—Tío, tenemos que encontrar más sobre Logan Reed, relaciones, familiares, todo lo que pueda decirme dónde demonios puede estar May.

—Lo encontraré.

—Hazlo, Jordan, porque como le encuentre yo, lo mataré con mis propias manos.

Asiento dos veces, es hora de seguir buscando.

May

No sé cuanto rato ha pasado desde que desperté, tal vez sean minutos u horas, se me está haciendo eterno. Drew ha desaparecido de nuevo, ha apagado la luz y ha cubierto la ventana por la que entraba claridad. Cojo aire, intentando calmar el llanto que amenaza con salir, no puedo permitir que me vea derrumbarme, tengo que ser fuerte. No moriré de rodillas, aguantaré lo que pueda.

—María, María —canturrea al otro lado de la puerta.

Cierro los ojos con fuerza y una lágrima se escapa de mis ojos. Un escalofrío me recorre de pies a cabeza, erizando todo mi vello, el cual aún está empapado de sangre. Puedo olerla, sentir cómo mis pies se enganchan al pegajoso suelo.

—¿Estás preparada para jugar?

No, no lo estoy, no quiero estar aquí, no me puedo creer lo que me está ocurriendo, jamás pensé que algo así fuese a pasar. La puerta se abre de golpe, haciendo que de un pequeño bote encima de la silla, asustada.

—Vamos a hacerlo.

Vuelve a colocarse frente a mí, pero esta vez aparta la silla para poder apoyarse en la mesa que hay tras ella. Quita lo que cubre la ventana, dejando que un fuerte rayo de luz se cuele por esta, y es entonces cuando lo puedo ver todo con claridad. Las paredes están llenas de fotografías mías, de Victoria, de José, Lory y Carter. El suelo está cubierto de rosas y pétalos, blancos y rojos.

De uno de los bolsillos traseros de sus vaqueros saca algo parecido a una pistola, la deja sobre la mesa y me mira. En sus ojos ya no veo al viejo Drew, ni siquiera sé si realmente era él, si sintió algo por mí en todos esos momentos.

—¿Quieres verla? —pregunta, maligno.

—No.

Aun habiéndole dicho que no, la coge y la gira un poco, lo suficiente como para que pueda contemplar de qué se trata, es una pistola eléctrica. Aprieto los dientes, trago saliva, todo mi cuerpo se ha tensado nada más reconocerla.

—¿Harás lo que yo te diga? —me mira con odio.

No aparto la mirada de la suya, no pienso apartarla, ni tampoco responderle, no ahora, espero poder aguantar si usa esa pistola en mí. Si tienen que hacerle algo a alguien, que se a mí y a nadie más.

—¡Responde! —grita con ferocidad.

Permanezco en silencio, fijando la vista en mis pies desnudos. Coloca la pistola pegada a la piel de mi pierna y, durante los segundos de horror, mi cabeza vuela hacia mi hogar, hacia Carter y Ketty, recordando a Victoria, a mi hermana... Daría tantas cosas por poder despedirme de ellos, aunque simplemente fuese para decirles cuánto les quiero y les echaré de menos.

Mi cuerpo deja de responder a mis órdenes, la cabeza se me cae hacia atrás y por un momento creo perder la consciencia. Siento cómo me desata, de qué manera las bridas caen al suelo rotas, para después colocarme encima de la fría mesa llena de rosas y polvo. Cierro los ojos al notar una navaja que rasga mis pantalones a la altura de mi sexo. Me sujeta por la nuca, pegando mi rostro al hierro, con fuerza. Escucho que se desabrocha el cinturón, abre la cremallera y de un solo movimiento me penetra con fiereza, forzando mi entrada.

Las lágrimas se me escapan, el dolor que siento es tan grande que me gustaría poder gritar, pero no lo haré, no me escuchará hacerlo.

—Lo siento, Carter... —susurro sin apenas fuerzas.

Carter

—Brown —atiendo al teléfono.

—He encontrado un pequeño filón que tal vez puedas usar para seguir el cabo.

—¿Y a qué coño esperas para decírmelo?

Escucho cómo teclea algo en el ordenador y, poco después, llega un correo a mi email, supongo que será la información.

—Hay una exmujer llamada Rosie, y un exsocio con el que no quedó muy bien, un tal Larry.

—De acuerdo —digo pensando en lo que me ha explicado—. Gracias, Jordan.

—Si necesitas cualquier cosa, solo tienes que llamarme.

—Lo haré.

Al colgar veo cómo Roth ya está pegado a mí, esperando a que le pase la información que acaba de enviarme Jordan, aunque no tardará en llegarle a él también, debería haberlo hecho antes.

—Rosie Thomas y Larry Evans. —Leo—. Hay que investigarlo todo sobre ellos.

Miro la fotografía de la mujer pelirroja que se adjunta en la ficha que me ha enviado, ha tenido algunos problemas con la justicia y parece que no ha habido más información de ella desde dos mil quince, cuando dejó su trabajo, perdió su casa y desapareció de la faz de la Tierra como si nada.

May

Mi cuerpo apenas reacciona, pero puedo sentir cada una de sus embestidas, cómo el dolor rompe mis entrañas con cada movimiento. Casi no puedo ni respirar, todo su ser me apresa contra la mesa, obligándome a estar aquí pegada sin hacer nada por remediarlo. Sus gruñidos inundan la sala y rompen mi alma, igual que está rompiendo mi cuerpo. No puedo dejar de llorar en silencio, perdida en la tortura que estoy viviendo, incapaz de

comprender el porqué de que esté yo aquí. Sus músculos no tardan en tensarse y sus gimoteos se incrementan, está a punto de terminar y, por primera vez en mi vida, le pido a Dios que este monstruo no deje su semilla maligna en mí, no quiero llevar en mi interior tanta maldad.

—Vas a disfrutar la manera en la que voy a correrme en ti, zorra —dice entre dientes.

Me sujeta por el pelo, tirando de este, haciendo que mi cabeza se eche hacia atrás, forzada por sus sacudidas.

—No... No, por favor —se me escapa.

—Claro, que sí, puta, —gruñe—, voy a dejar mi marca en ti para que me recuerdes hasta el día de tu muerte.

—Hijo de puta —siseo.

Acerca a navaja con la que me había roto los pantalones al rostro y clava la punta de esta en mi moflete, sin llegar a herirme.

—Vuelve a hablar y no volverás a ver.

Mis energías se agotan, igual que mi paciencia y la poca fortaleza que me quedaba, me derrumbo al sentir cómo entra en mí cada gota de su semen, cayendo después por mis muslos.

—Ha estado bien —escucho decir a otro hombre en la lejanía.

Pero ya no me queda firmeza para averiguar quién es.

Algo vuelve a empapar mi ropa, pero esta vez está más frío que el hielo. El agua cae desde todas partes, una tela cubre mi rostro, haciendo que quede pegada a mi piel, impidiéndome respirar. Muevo la cabeza como puedo, de un lado a otro, pero no sirve de nada, la llevo sujeta al cuello, siento la fuerza con la que me aprieta la brida de nuevo. Empiezo a chillar, no puedo ver nada, el agua cada vez me ahoga más, hasta que comienzo a toser. Entonces, todo para y vuelve la calma.

Drew me destapa, rasgando la tela a la altura de mis ojos hasta llegar a mi boca. Se ha cambiado de ropa, ¿cuánto llevo aquí metida?

—Ahora estás mejor.

—Capullo... —siseo como puedo.

Me sujeta por el cuello, con firmeza, estrangulándome.

—Estás tan *sexy* cuando te enfadas —susurra en mi oído—. Te follaría aquí mismo.

Sonríe lascivo, a la vez que con un solo movimiento rompe los botones de mi camisa, dejando al aire mis pechos.

—Es una lástima que quiera verte bien... —comenta—. Tal vez quiera ser él quien aproveche que estás accesible.

Pasa uno de sus dedos por la raja que le hizo al pantalón vaquero, rozando mi sexo por encima de mis braguitas. Siento unas terribles ganas de vomitar, tanto que no puedo hacer nada por evitarlo, manchando a Drew.

—¡Pero, serás...!

Le miro, aterrorizada, con el corazón a mil y temiendo lo que pueda llegar a hacer conmigo. Se baja los pantalones, ni siquiera lleva calzoncillos y deja al aire una gran erección preparada para volver a hacerme daño.

—Vas a pagarme lo que has hecho, cerda.

De un golpe mueve la silla hasta que se queda pegada a la pared, sujeta mi rostro contra la misma e intenta adentrar su miembro en mi boca, pero algo ocurre. Ha tenido suerte de no llegar a introducirlo porque le habría dado un buen mordisco.

—Logan, ya basta —le dice alguien desde la puerta.

Me mira con rabia, apretando los dientes, callándose algo que quería decir y no suelta por alguna extraña razón.

—Esto no queda aquí —me amenaza.

Miro hacia el lugar de donde proviene la voz pero no puedo reconocer al hombre que se esconde tras el marco, aunque algo me resulta muy familiar, demasiado diría yo. Drew, o mejor dicho, Logan, coge la silla girándola y la arrastra hasta sacarme fuera del sitio en el que me encontraba.

Está todo tan oscuro que ni siquiera soy capaz de ver con claridad, los cambios bruscos de luminosidad hacen que me duela la cabeza. Logan sigue arrastrándome, hasta que de repente me veo frente a la mesa, otra vez delante de esa maldita mesa. Aprieto la mandíbula, cierro los ojos y le ruego a un Dios en el que ni siquiera creo, que no deje que vuelva a aprovecharse de mí.

—¿No sabes quién soy? —pregunta el hombre.

Niego con la cabeza, hay algo en él que me resulta tremendamente familiar, pero no consigo saber el qué.

—Vas a mandarle un mensaje a tu querida amiga Victoria, para que se vea contigo mañana, ¿entendido?

No digo nada, permanezco callada mirando a Logan. Siento tanto mal ahora mismo que no soy capaz de asimilarlo. Muevo la cabeza, diciéndole que no voy a hacerlo, no pondré en peligro a Victoria.

—Lo harás.

Logan acerca la navaja a mi muslo derecho, casi a la altura de mi ingle. Un escalofrío me recorre de pies a cabeza, aunque no termina, sino que se deshace en el momento en el que clava la hoja en mi piel, rasgándola. Cierro los ojos, mi respiración se acelera y el dolor toma el control de mi cuerpo. Aguanto como puedo lo que siento, no voy a darles el placer de escucharme gritar.

—Hazlo —gruñe a mi espalda.

—No.

Logan deja ir una sonora carcajada, coge un bote del interior de uno de los cajones que, supongo, tiene la mesa, y se acerca a mí de nuevo, con esa sonrisa burlona que me saca de quicio y que incita mi parte más animal. Sin pensárselo, derrama parte del líquido en la herida y no puedo evitar ahogar un grito que me rasga la garganta. ¡Es alcohol! Escuece tanto que incluso necesito clavar mis uñas en los reposabrazos y apretar los labios por no dejar ir decenas de improperios.

—¿Ahora lo vas a hacer?

—No. —Consigo que mi voz salga alta y clara.

Mi cuerpo tiembla con tan solo imaginar a lo que pueden llegar estos dos con tal de que haga lo que quieren.

—Claro que lo harás, María.

Entonces su nombre viene a mi mente, su voz concuerda directamente con el hombre al que había visto en decenas de ocasiones. Larry.

Carter

—¡Carter! —me llama Victoria, gritando.

—¿Qué ocurre?

—Me acaba de mandar un mensaje de audio María.

Me siento a su lado, frente a José. Tomo su teléfono y lo conecto al portátil, para que así podamos escuchar bien qué es lo que dice.

—Vic... Hermana —su voz suena entrecortada, débil—, lo siento, lo siento tanto que ni siquiera sé cómo decirte algo así. Me he dado cuenta de que solo he utilizado a Carter —hace una pausa—. De que no ha servido de nada.

Mi corazón se parte en mil pedazos, parece tan real, tan convincente que durante unos segundos creo que es verdad lo que está diciendo.

—No enseñes este audio a nadie, por favor —le ruega—, y mucho menos a Carter, no le digas donde estoy, ni siquiera que has hablado conmigo. Quiero desaparecer, huir y que nadie sepa dónde estoy.

No es capaz de aguantar el llanto por lo que un pequeño gemido se le escapa, rompiendo mi alma.

—Necesito que nos encontremos a las afueras de Boston —le pide—. En Forest Hills, antes de llegar al cementerio, mañana por la mañana —concreta—. Mi pequeña rosa, te quiero...

Al escuchar eso último siento cómo el fuego interno que ya ardía en mí se vuelve más feroz de lo que ya era antes, mataré a ese hijo de puta, le haré sufrir y pagará lo que le está haciendo a May.

—Lámala en dos minutos —le ordeno.

Aviso a Jordan para que pueda interceptar la llamada y así poder localizar el lugar en el que la tienen encerrada.

—Pero, Carter... Ya has oído lo que ha dicho —susurra Victoria, al borde del llanto.

—La están obligando a ello —le explico—. Escucha.

Vuelvo a reproducir el audio que ha mandado, donde si te fijas, de fondo se oye como a alguien se le cae algo y otro lo recoge. Es prácticamente imperceptible, pero después de haber estado durante tanto tiempo investigando casos, es fácil percibir cosas que el resto no encuentra.

—Escuchad bien —les pido de nuevo.

De fondo se oye una vía del tren, habrá que investigar dónde demonios se encuentra y qué le está haciendo para que diga eso. Estoy seguro de que sabía que Victoria me lo enseñaría, por eso se ha despedido así.

—La encontraré —le digo a Ketty, acariciando su cabeza.

Al día siguiente

Logan no deja de observarme, la sangre no deja de salir, de caer gota a gota en el suelo, empapándolo, creando un pequeño charco bajo mi pierna, hace horas que ha vuelto a cortar por el mismo lugar, provocando que la herida sea aún mayor. Los párpados me pesan y el cuerpo no me reacciona.

—No vas a salir de aquí, pequeña. —Sonríe.

—¿Quién es él? —cuestiono débil, intentando averiguar si realmente estoy en lo correcto.

—Eso lo sabrás a su debido tiempo.

Y como si nos estuviera escuchando, la puerta se abre de golpe, pero mi cuerpo ni siquiera tiene fuerzas como para sobresaltarse del ruido que provocan los metales chocando entre sí.

—Logan, sal.

Asiente y, como si fuera un perro faldero, obedece a sus órdenes, sin rechistar ni una sola vez. Enciende la luz, dañando mis ojos, escucho cómo Logan desciende la escalera que sube hasta el cuarto en el que me encuentro, y es entonces cuando veo de quién se trata.

—Larry... —murmuro.

Sonríe, triunfador. Parpadeo rápidamente, no me lo puedo creer, estaba en lo cierto, era él. ¿Cómo ha podido organizar algo así? ¿Por qué? ¿Qué tiene que ver con lo que ha estado haciendo Logan con nosotras?

—¡Tachán! —exclama.

—A mí no me hace ninguna gracia —contesto entre dientes.

—A mí sí, me ha encantado ver cómo Logan te humillaba, cómo, una vez más, te has abierto de piernas para él sin rechistar, eres una buena puta. —Sonríe de nuevo—. Lamento eso. —Señala la herida—. Bueno, en realidad no, tal vez te hagamos otra a conjunto si Victoria no aparece.

Cada vez me siento más confusa y rabiosa, lo mataría. Lo haría ahogándole, provocándole el mismo sufrimiento que he sentido yo durante las horas o días que llevo aquí. No sé cuánto ha pasado desde que vi a mi amiga, ni cuánto más podré aguantar cada una de las torturas que me han hecho.

—Estás loco...

—Tal vez —se sienta en la mesa—, pero no sabes cuánto estoy disfrutando de esto.

Niego con la cabeza, cientos de imágenes cruzan mi mente, pero hay una que permanece y no es otra que el momento en el que Larry vino a atacarme estando en la floristería. Todo estaba organizado, era él quien orquestaba los golpes, era él quien mandó a «Drew» para que se interpusiera, también fue él quien le ordenó que me siguiera hasta San Francisco.

—¿Sabes el dicho ese de pagan justos por pecadores? —pregunta como si nada.

Fijo mis ojos en los suyos, que no dejan de brillar. Seguro que el muy hijo de puta está hasta cachondo de ver cómo están saliendo las cosas, pero esto no se quedará aquí, porque como salga... Se arrepentirá.

—Pues tú estás pagando por lo que hizo ella.

—¡Escoria! —grito— ¡La abandonaste! —chillo con los ojos llenos de lágrimas—. ¡La maltrataste! ¡Le engañaste! ¡La alejaste de toda su gente! —Siento tanto dolor en mi interior, que no soy capaz de cerrar la boca—. La alejaste de mí, cabrón, la alejaste de todo, y luego te fuiste...

Antes de que pueda seguir hablando, uno de sus puños impacta contra mi rostro, haciendo que mi cabeza quede inclinada hacia atrás. Me siento mareada, pero aún no he acabado.

—Pero ¿sabes? —espeto—, ahora ella es feliz, y tú jamás lo serás. Estás podrido por dentro, no sabes lo que es el amor, ni lo sabrás. Te morirás solo y despedido por haber perdido a la única mujer que te ha querido en esta vida.

No dice nada, solo me observa, cada vez más enfadado.

—Ni siquiera tu madre te quería, Larry. —Dejo ir una risilla—. Eres un desecho humano que no sirve para nada.

Niega con la cabeza y le propina un fuerte golpe a la mesa que hay frente a mí, hiriéndose a sí mismo.

—Eso no es verdad —vocifera.

—¿Por qué has hecho todo esto, Larry?

—¿Que por qué? —pregunta— ¿No será por quién?

Parece haber perdido toda la cordura que le quedaba, y eso que no era mucha. En su mirada puedo ver cómo la locura ha tomado el control de todo su ser, pero, sobre todo, de esa mente perversa.

—Por Victoria, ¿por quién si no? —Ríe mientras niega con la cabeza—.

Rosie ya me lo hizo, y no iba a permitir que ella volviera a despertar los fantasmas del pasado, María. —Se golpea la cabeza con el mango de la pistola que sujeta en su mano derecha—. Antes de que eso ocurriera, la mataría, la ahogaría con mis propias manos hasta que soltara el último aliento. Y no dudes que lo haré... Victoria vendrá a por ti, y la mataré por haberse marchado.

—No iba a quedarse aquí esperando a que tú volvieras con una nueva lista —digo entre dientes.

—Tendría que haberme esperado.

—¡Oh, sí! ¡Claro! —exclamo con la poca fuerza que me queda.

—Te vas a pudrir aquí, María Estévez.

—Tal vez lo hagas tú —consigo decirle.

Un fuerte estruendo resuena por el interior de todo lo que me supongo que es una casa, ¿quién demonios ha hecho eso? Miro hacia un lado, algo más de luz entra por la ventana, y poco después se vuelve a escuchar otro golpe muy fuerte. Larry coge un *walkie talkie* que colgaba de su cinturón hace apenas unos segundos.

—¿Qué cojones está pasando por ahí, Logan?

Escuchamos el sonido del *walkie* de Logan resonar al otro lado de la puerta, pero no responde.

—Mierda... —gruñe.

Con un rápido movimiento hace que la silla gire sobre las patas traseras, sujeta la pistola con la que se golpeaba y la coloca sobre mi sien. La puerta se abre como por arte de magia, no hay nadie al otro lado, cosa que nos extraña a ambos.

—¡Sal! —grita Larry.

Pero antes de que pueda hacer nada más, una bala atraviesa su frente, llenándome de sangre y restos de ese ruin. Trago saliva, parpadeo varias veces, mareada, e intento moverme, salir de aquí. Veo cómo una cabeza se asoma por detrás del marco de la puerta, los ojos se me cierran y dejo de sentir nada.

—Tranquila, mi pequeña rosa, todo saldrá bien.

Epílogo

«Quisiera amanecer como antes, desnudo contigo,
curando el amor, rompiendo el reloj
a golpe de calor y frío
y respirar lo que nos quede».

Noto cómo Carter me coge en brazos sin importarle nada de lo que estoy manchada, escucho cientos de sonidos que me hacen sentir confusa. Los párpados me pesan sobremanera, pero intento mantenerme despierta, aunque apenas lo consigo.

—May, por favor, abre los ojos —oigo cómo me dice Carter.

Ni siquiera soy capaz de sentirle cerca, es como si estuviera a diez metros y me hablara desde allí. Lo único que noto es el calor de su cuerpo contra el mío, por un momento me siento en casa. Acaricia mi rostro con dulzura. Una pequeña gota cae sobre mi frente, haciendo que abra los ojos, encontrándome con esos dos pozos azules enrojecidos por el miedo.

—Mi rosa, has perdido mucha sangre —murmura en voz baja—. Tienes que seguir despierta, ¿sí?

—C...Car... Carter —consigo decir.

Siento frío, mucho. Puedo escuchar música, a gente hablar a mí alrededor y un estresante pitido que no deja de repetirse una y otra vez. Intento abrir los ojos, cuando lo consigo, me encuentro con una habitación de hospital blanca y a Carter sentado junto a mí, con el rostro tapado con las manos.

—C... Carter —consigo decir.

Tiene parte de la ropa manchada de sangre, ¿le han herido? No recuerdo nada de lo que ocurrió, solo de haber visto cómo alguien aparecía y después... Todo se fue, lo tengo en blanco.

—May —dice desesperado.

Se abalanza sobre mí, besa mi frente, mejillas, sus lágrimas empiezan a empapar mi rostro. Por primera vez desde que me cogieron, me permito llorar con tranquilidad, sin reprimirme.

—¿Estás bien? —pregunto—. ¿Qué es esa sangre?

—No te preocupes, May, yo estoy bien.

Una enorme y hermosa sonrisa se dibuja en sus labios. Coge mis manos, las besa y las acaricia con mimo.

—¿Qué pasó?

—Abatí a Larry y a Logan —dice con una frialdad que no conocía.

—¿Cómo?

—Hay mucho que debo contarte, pequeña. —Sonríe con pena—. Pero lo único que ahora importa es que estás sana y salva.

Levanto la sábana blanca, en busca del corte que me hizo Logan en la pierna, la cual está cubierta por una ancha venda.

—May —murmura—, no permitiré que te vuelvan a hacer daño, cuidaré de cada una de las heridas que ese hijo de puta te ha hecho, mi rosa.

—¿Siempre?

—Sí, May —contesta rotundo—, para siempre. Tenía tanto miedo... Tanto... No te haces una idea. —Lloriquea—. Pensé en tantas cosas, que ni siquiera era capaz de dormir por las noches —me explica—, imaginaba a ese malnacido hiriéndote, haciéndote Dios sabe qué, y me moría por dentro.

—Pero ahora ya estoy aquí, Carter —contesto con el alma hecha pedazos—. Contigo.

Hace una mueca, baja la mirada al suelo del hospital, pero hago que me mire a los ojos, alzándole el rostro con un dedo.

—De verdad, Carter, olvida eso —le pido—. Olvida todo el mal, suficiente has tenido ya.

Paseo mis dedos sobre su hermoso rostro y sonrío, intentando que esboce algo que no sea un gesto de pena.

—¿Les has matado? —pregunto—. ¿Cómo me has encontrado?

—Yo... —empieza a hablar—, no te lo conté —murmura—. Cuando mis padres murieron estuve en varias casas de acogida ya que Emmett no podía hacerse cargo de mí. Cuando tuve la mayoría de edad me alisté en el ejército, pensé que así podría salvar las vidas que la droga no había salvado, ser el héroe de esos niños que habían perdido a sus padres, como lo había hecho yo.

—Estando allí llegué a Sargento Mayor.

Del interior de su camiseta saca una pequeña chapa que le cuelga del cuello, se la quita y me la pone con delicadeza. Paso mis dedos por ella y leo lo que pone: Sargento Mayor Carter Brown.

—Así que Sargento Brown... —digo en voz baja.

—Sí, mi rosa.

—Entonces, ¿has acabado con sus vidas? —repito.

—En realidad, solo con la de Larry —me explica—. Logan ha sido

abatido por Roth, un excompañero del ejército, quien me ha ayudado a encontrarte.

—Tendré que agradecerle a Roth su trabajo.

—Ya tendrás tiempo para ello.

—Una vida entera. —Sonrío—. La que pienso compartir contigo, Carter.

Fin

Sobre la autora

R. Cherry, nacida en una pequeña ciudad a veinte minutos de Barcelona llamada *Cerdanyola del Vallès*, es estudiante de preimpresión digital. Los libros y la escritura llevan siendo su pasión desde que tenía once años, fue entonces cuando empezó todo. Es escritora de varios relatos, sin mucha importancia, y redactora del blog *Una valkyria perdida en el Midgard*, dónde se pueden encontrar reseñas, crónicas, críticas, eventos y mucho más. Tras varios intentos de escribir una buena historia, llegó su hora y, es autora de; *Mi Dulce Locura (2.015)*, *Mi eterna locura (2.016)*, los cuales se convirtieron en súper ventas y ganaron el premio a la mejor portada en el evento Book's Ladder. *Mi Vikingo (Mo Vikingr) (2016)*, *Una fotografía para Victoria (2017)*, *Mi dulce tentación (2017)*, y ahora nos trae *Una rosa para May*.

